



AÑO 10.º

NUM. 109.

LA  
ESPAÑA MODERNA

PERTENECES A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

**Director: JOSE LAZARO**

—  
**ENERO 1898**  
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,

*Calle de Blasco de Garay, núm. 9.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# CAMILO LEMONNIER

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONES

Siendo Camilo Lemonnier desconocido en España, consideramos oportuno extrartar algunos párrafos de los juicios que varios escritores han emitido acerca del ilustre novelista belga en uno de sus últimos números de la *Nouvelle Revue Internationale*.

Siendo Camilo Lemonnier desconocido en España, consideramos oportuno extractar algunos párrafos de los juicios que varios escritores han emitido acerca del ilustre novelista belga en uno de los últimos números de la *Nouvelle Revue Internationale*.

Camilo Lemonnier es, ciertamente, uno de nuestros novelistas de más vitalidad y poderío, y ha trabajado ya mucho. Hay que honrar grandemente en él al pintor de verdad y de arte.

EMILIO ZOLA.

En un tiempo en que las palabras pierden su significado, se desfondan y se oxidan por un torpe uso, complázcome en decir que Camilo Lemonnier es un admirable escritor, que ha hecho hermosísimas novelas.

ALFONSO DAUDET.



que han aparecido desde hace veinte años. Por un instante (lo confieso) temí que este escritor, tan luminoso dentro de la fuerza, de esencia tan francesa en medio de su substancia flamenca (cual la de Flambert después de haber mirado mucho á Rubens), sacrificase en aras de las falsas energías de un estilo voluntariamente rebuscado y excesivo en las palabras. Pero, con motivo del último libro de Camilo Lemonnier, he saludado á la admirable manera cómo se ha recogido, saneado y amplificado en serenamiento de su idea, cada vez más elevada, y de su forma, cada vez más majestuosa.

ARMANDO SILVESTRE.

*El macho* es una de las obras maestras de la época. Las cualidades que en toda ella resplandecen, son: una pasmosa fortuna de inspiración y de poesía, la sinceridad, la paciencia y el vigor de la observación, el encanto de la fábula, contornos de seres rústicos admirablemente vivos y movientes, lo patético dentro de lo primitivo de las sensaciones, el amor manifiesto en matices llenos de emoción, todo junto, áspero y conmovedor á la vez.

J. H. ROSNY.

Conforme pasa el tiempo, este poderoso ingenio se dilata con más magnífica y más opulenta exteriorización. Nótase en él con evidencia el signo característico del genio: *la abundancia en grandes cosas*. Este fenómeno de producción incesante, que estalla, y va creciendo y creciendo, inspira el convencimiento de que no ha llegado á la más alta cima adonde sus vuelos han de elevarle, y de que aún debemos esperar obras más admirables, y se verán realizadas. Y es que á su asombrosa fuerza parece ir unida esa respetuosa timidez para con el Arte, timidez que dió á tantos grandes artistas la gracia de los gigantes, que se inclinan y tiemblan ante la belleza. Desde Rubens acá, nunca tuvo un heraldo tan magnífi-



co el *alma belga*, esa mezcla armónicamente sabrosa de latinidad y germanismo.

EDMUNDO PICARD.

Camilo Lemonnier es para todos los conterráneos que piensan, leen y admiran al maestro, ante el cual se inclinan, el amigo seguro é íntimo, al que vuelven sus ojos cuando se sienten solos; en el hombre dulce admiran, como dice Bossuet, «el consentimiento» de la vida y de la idea.....

MAURICIO MAETERLINCK.

Considero á Camilo Lemonnier como uno de los escritores más robustos de nuestro tiempo, y también como un artista; pero un artista en continua evolución hasta ahora, es decir, en perpetuo rebuscamiento de una forma de arte que le satisfaga.

Esto fué, de seguro, un pecado para con el público en general, á quien desorientó esa apariencia de variaciones; quizá se lo echen en cara los escritores que supieron crearse pronto un molde inmutable, donde luego fueron fundidas todas sus obras. Yo, al contrario, tengo por cosa admirable el tormento intelectual que eso revela; y en ello, con el interés que inspira un documento sincero, encuentro á la vez el reflejo del hombre mismo y de las modificaciones que ha podido sufrir por influjo de la edad y de las circunstancias de la vida.

JUAN REIBRACH.

Regocíjame harto el esplendor de sus escritos para analizarlos, y quiero en demasía á Lemonnier como hombre para resignarme á la frialdad de una crítica literaria.

La primera vez que ví á Camilo Lemonnier, sentí una impresión aún más viva de su cuarto de trabajo que de él mismo. Ese gabinete atestado de libros; esas sillas donde rimeros de volúmenes se sostenían á duras penas en equilibrio; esos alféizares de ventanas convertidos en tablas de biblioteca; el olor



á pipa y á papel; esa mesa de escribir manchada de tinta; esas cuartillas esparcidas y garabateadas de tinta fresca; los periódicos arrugados y hechos una pelota, apenas leídos y tirados á escape á un rincón; esas chucherías acá y allá, vestidas con fina camisa de polvo; la atmósfera de trabajo íntimo y diario, ávido de soledad y de ligero desorden; esa labor tenaz y luminosa en el fondo de un antiguo barrio, extramuros que la ciudad iba á devorar casa por casa, pero por donde aún pasaban en aquella época delante del último mesón los pesados carrromatos brabanteses con sus caballos flavos y sus carreteros llenos de barro..... evocaban el arte amplio, robusto, enérgico, carnoso y señorial del maestro ya notorio. El medio explicaba al hombre. Pero, en las visitas subsiguientes, él era quien explicaba su medio. Al oírle animar con palabras apretadas y abundantes, áureas y rojas, aquel depósito de libros, dotaba de vida precisa y personal el balbuceo (ó mejor dicho, el confidencial silencio) de todas aquellas cosas. Hacíaslas existir intensamente, y sólo quedaban en la memoria sus gestos, su mirada, su voz, su arte, los adioses cambiados.

¡Cuán hermosas las horas que pasamos juntos, ya á solas con un libro recién publicado, ya alrededor de una mesa de amigos donde ocupaban un puesto, en compañía de los dos grandes artistas Xevier Mellery y Constantino Meunier, todos los escritores belgas jóvenes y principiantes! Mientras pudo mantener en apretado haz las amistades hoy desparramadas, Lemonnier lo intentó siempre. Era algún tanto el consejero de todos, y se aquietaban ante él; su mano, que apretaba la de todos los odios, unía también las que ya se apartaban unas de otras.

Era el tiempo de las alegres francachelas, de las comilonas flamencas, de los manjares pesados y abundantes de la tierra. ¡Oh qué corros en torno de los platazos humeantes! ¡Oh regocijado y devorador apetito de los veinte años!

Las discusiones, caldeadas por el vino, subían de tono. Abofeteábase la estupidez hinchada y fofa de los belgas; se



molía á sarcasmos á los poetas laureados y oficiales; se forjaban planes de campaña, soñando con libros justicieros; nos proveíamos de valor y de confianza, separándonos solidarios á causa de los odios comunes.

En esta ingrata Bélgica, de suelo erizado de guijarros, de aire ennegrecido por el carbón y el humo, al menos él ha sido el jardinero atento y cuidadoso de un puro jardín del arte. Dejándonos cultivar nuestras flores y nuestros árboles á nuestro antojo, nos ha mostrado los escasos rincones buenos donde luce el sol al medio día. Ama el pasado de su país; celebra sus pintores y sus héroes; canta sus leyendas, sus aldeas, sus fiestas, sus costumbres. Ha encarnado menos Flandes que el Brabante.

EMILIO VERHAEREN.

Profeso á Camilo Lemonnier no sólo una real amistad, sino una ya antigua admiración. Hánmelo hecho querer lo flexible de su talento enamorado del arte proteiforme; su furia sensual, que de pronto vuela al más allá y al ensueño; su sabor flamenco de epítetos redondos, profundos, parecidos á esas mujeres de Rubens por él cantadas; su independenciam de las camarillas. Su lugar está entre los que los artistas buscan y tratan de conservar; es de su país, altiva y enérgicamente. Esto es una garantía de vivaz duración. Sólo las plantas arraigadas en su suelo nativo tienen esa savia abundante y siempre renovada, ese olor potente, ese brillo intenso en que se ha acumulado el tesoro del sol de la patria. Pero en Lemonnier veo más que nada á la Flandes ruda y opulenta, la buena tierra adentro fecunda, sin parsimonia, y el mar violento, bárbaro, cantante.

JULIO BOIS.

Lemonnier es un escritor de raza, atrevido, audaz; hay en él savia generosa, potente imaginación, raros dones creadores.



En cuanto al hombre, contra las costumbres literarias del día, nunca olvidaré que fué uno de los primeros en tenderme la mano..... y no le guardo rencor por ello.

GABRIEL MONREY.

El nombre de Camilo Lemonnier me sugiere la idea de una fuerza, una fuerza poderosa, bella, inagotable, indómita; una fuerza instintiva cual una fuerza de la naturaleza; una fuerza que obra como un elemento.

Camilo Lemonnier se me representa entonces como un macho intelectual, un vigoroso é infatigable y soberbio *macho*. Verdaderamente se le aplica el título dado por él á uno de sus libros más personales.

Algunos minutos de reflexión, y esta idea de fuerza se detalla en cualidades de equilibrio, de salud, de nobleza, de rebeldía. Otro poco más de atención, y serían menester muchas páginas para explicar lo que sugiere este poderoso escritor con sus complicaciones de moderno, su encanto de artista, su sensibilidad.

MAURICIO\* LEBLANC.

Desde el banquete que se le ofreció en 1883, Lemonnier ha conquistado su puesto entre nosotros, donde figura entre los capitanes generales en el estado mayor de las letras francesas; pero ha conservado en Bélgica una elevada supremacía.....

Su origen es complejo, como su talento lo es en carácter y en tendencia. Atraído por todas las formas de la vida, renovando en cada libro su forma y cambiando su campo visual, es flamenco por su colorido potente, craso y violento, por su sentido panteista de las cosas, por su inclinación al símbolo; pero sus atavismos, una abuela italiana y antepasados españoles, le dan esa aristocracia de forma que revela el influjo del arte latino.

FRANCISCO DE NION.



En lo alto de la escalera interior, cuyas paredes están llenas de dibujos, acuarelas, aguafuertes y pinturas, leída mi tarjeta, me recibe el dueño de la casa. En el gabinete de trabajo se amontonan bastidores colgados, chucherías encima de los aparadores, libros y revistas ilustradas esparcidos sobre el sofá y las sillas. La animosa hombría de bien del trabajador, su cordialidad por nada interrumpida, no se molestan por la intrusión de un visitante á quien guía la amistad literaria, no la pueril curiosidad indiscreta. A menudo me ha convidado á esta excursión. Cojo por los cabellos una fortuna excepcional. Le sorprendo en flagrante delito de composición. Pluma en mano, acaba de abandonar el alto pupitre donde escribía junto á la pared y á la puerta de su cuarto. Firme de hombros, con el claro mirar de un gallo, de bigotes rojos, suelto el cuello, se adivina que es capaz de resistir una faena considerable, seriamente documentada, con gran copia de caminatas largas y repetidas. En efecto, su producción es múltiple, variada, apoyada en una estética muchas veces desconcertante y brutal, pero personalísima, nueva y voluntaria.

Después del apretón de manos dado en el umbral de la puerta, mientras se vuelve á poner otra vez á trazar líneas y me fumo algunos cigarrillos hojeando álbums, no puedo menos de pensar en la fuerza física que exige la labor artística, tan inmaterial para el vulgo.

La sesión de escritura toca á su término. «Ahora, á estirar las piernas,» como dicen jadeantes los obreros cuando van á dar las doce. A semejanza de los leñadores serios (aparte del prodigioso Balzac, de la fácil y límpida Jorge Sand y de algunos otros hermanos mayores), éste consagra la mañana á la tarea literaria. En las primeras horas, aun en los más realistas, parece que el pensamiento participa aún del sueño por su fluidez, por su ligereza en hacerse frase: el cerebro no volverá ya á encontrar durante el ardoroso día esa frescura que, con el rocío, le baña de entusiasmo y de esperanza.

La mujer del escritor, la muy artista sobrina del estatua-



rio belga Constantino Meunier (la cual, entre paréntesis, se impone la ardua y meritoria faena de poner en limpio los manuscritos de su marido, indescifrables para los mejores cajistas), acércase á nosotros vestida con un elegante traje de casa, de color de azufre, que sienta á las mil maravillas á su carnación de morena, y nos invita al almuerzo, la grata refacción en la intimidad de todos los días, con las dos niñas graciosas y delicadas de mi huésped, afinadas en actitudes y expresiones por el aroma de arte difundido en todo el hogar doméstico.

Tomamos asiento á la sombra de un árbol luego de dar una vuelta por el enzarzado huerto—verdadero salón de obrero de las letras, para quien el campo fué la principal ambición, si no la única, y en quien hay exuberancia de vida como en las plantas silvestres—cortijo rústico, de flores y hortalizas revueltas, formando un conjunto imprevisto de formas y colores. A un lado cantan los gallos y arrullan las palomas de la granja dependiente de la hacienda, arrendada á unos colonos. El humo de nuestros cigarros sube formando espirales hasta el quitasol de las ramas bajas, á las cuales se agarra y se rompe en ellas; lo mismo es nuestra conversación mano á mano. La señora de Lemonnier emprende una ligera labor de costura y la criada trae el café hirviendo.

¡Qué delicia, qué sibaritismo hablar de asuntos literarios, sorbiendo su media taza en un jardín al final del estío; cambiar, con arreglo al temperamento propio, algunas apreciaciones acerca de nuestros colegas (los vibrantes, los robustos, los atormentados por la enfermedad del estilo), acerca de los procedimientos de ejecución, acerca de los deliquios experimentados ante la Naturaleza, no dejar nunca arrastrarse la conversación con las vulgaridades de los asentimientos en masa, presentarse prismas nuevos para contemplar las cosas!

De quince ó diez y ocho años data mi simpatía por los libros de ese talentudo del Norte, cuyo lenguaje evoca con frecuentes vocablos walones el último parentesco que le une con nuestro francés antiguo, nuestro picardo actual. Han aumentado su



contingente estudios al aire libre ó de costumbres enfermizas en el encierro de las ciudades, hechos con toque rudo, áspero, atrevido, proclamando siempre la vida, la vida intensa y desbordada. Presentábanse sin orden á mi memoria muchos títulos: *Teresa Mónica*, ese tierno comienzo, y *La histérica*; y esas páginas casi de combate *Zampa-carne*, *El fin de los burgueses* y *Damas voluptuosas*, colección de novelas cortas al agua fuerte; y esa *Bélgica*, monumento de patriotismo ilustrado, obra filial y definitiva del artista de amplios vuelos. Hoy para hacer una enumeración completa, convendría recordar *El poseso*; ese «ramillete de esencias urbanas» que es *Claudina Lamour*; esa psicología del adulterio burgués que constituye *La falta de la señora Charvet*; ese «Diario de una mamá», sublime de abnegación, libro conmovedor, sincero y sencillo, que se llama *El arca*, y, por último, la serie *La leyenda de la vida*, inaugurada por la simbólica *Isla Virgen*. Y aun así, hay olvidos en mi enumeración; pues esto no es una crítica en tres puntos, que exigiría páginas y más páginas, sino simplemente el cariñoso reflejo de horas pasadas con harta rapidez en su lectura.

Charlábamos..... Todo se volvía proyectos, ideas lanzadas al vuelo..... Corrían los minutos, acercando el instante de la marcha. Y entre tanto, mariposas del color de su vestido claro revoloteaban en derredor de la señora Lemonnier, como diáfanos jirones de la tela animados por el viento de su abanico japonés.

LEÓN DUVANCHEL.

¡Camilo Lemonnier!..... Hace mucho tiempo ¡ah! que no he apretado su sólida y enérgica mano..... Decididamente no nos vemos lo suficiente. El arte es largo, la vida difícil y breve, y no hacemos la décima parte de lo que quisiéramos hacer..... Pero le he querido en la hora tumultuosa de los comienzos. Su *Macho* es uno de los buenos recuerdos de nuestra juventud literaria. De tiempo en tiempo leo algunos días páginas de esa obra, cuando atacándome de pronto la nostalgia



de la naturaleza siento la necesidad de pasearme por los bosques, de oír cantar libremente las aves, de aspirar los olores de las hojas. No tengo á mano los montes y las selvas, al paso que la obra maestra de Camilo Lemonnier los evoca para mí, haciéndome pasar una hora deliciosa..... Desde entonces cada uno se fué por su lado: yo al teatro, y él, quizá, ha hecho una evolución dirigida á algo que confina con el simbolismo.

PABLO ALEXIS.

Tengo á Camilo Lemonnier por uno de los más apasionados artistas de hoy; téngole entre los pocos poseedores efectivos del licor ideal con que nuestras almas pueden satisfacerse. Es posible que nuestra debilidad conlleve mejor el ingenioso trabajo de algún sutil analizador cuya verbosidad, harto enfermiza para suscitar la visión directa de las cosas, prefiera salmodiar, de una manera aún inédita, reflejos y refracciones. Pero, tanto peor para nuestra debilidad; y, en último término, nos es preciso reconocer la majestad de un ingenio que concentra en sí toda la luz para gastarla generosamente sin omisiones ni derroches imprevistos.

Las virtudes artísticas de Lemonnier son poco comunes entre los escritores actuales; y el secreto del esplendor de su nombre está menos en la semejanza del modo de ver con quienes le quieren, que en la variedad y nobleza pasmosas de su talento, prescindiendo de lo que es puramente accidental, la generosidad ardiente que le hace comulgar con cualquier esfuerzo del arte, por ínfimo que sea.

Los elementos de la especificación de su genio pueden quizá resumirse en estos dos términos: su fe y la frecuencia de su sensibilidad.

Sí, Lemonnier es ante todo un creyente: no le espanta el esfuerzo, nada le aparta de su entusiasmo productivo. ¿Y no es esto un motivo de edificación para nosotros, que nos hastiamos de la obra al punto de haberla concebido?

ADOLFO FRÈRE.



Si Camilo Lemonnier fuese uno de esos fabricantes de novelas de *enredo*, delicia de las porteras y de las lavanderas, novelas que los maestros del género escriben á docenas ó hacen escribir por secretarios famélicos, la palabra «fecundo» sería casi vulgar.

Pero, estamos frente á un artista poseído por el amor de su arte; y los que como él cuidan de la dignidad literaria, saben cuán difícil es el alumbramiento de una obra, y cuántos trabajos y afanes se necesitan para hacerla bien y darle vida larga. Flaubert empleó diez años para escribir *Madama Bovary*. Zola, Daudet, Huysmans, trabajan con lentitud. Cladel, pulía y limaba sin cesar, cincelador impenitente, nunca satisfecho de la joya acabada. Por eso nos asombra y admiramos la potente fecundidad del autor de tantas obras magníficas y de géneros tan variados.

Después de las siniestras reliquias de las matanzas humanas, vienen idilios y epopeyas walones que se desarrollan en medio de los esplendores telúricos, con un colorido de maravillosa intensidad. Unos en pos de otros pasan por sus cuadros los arrobamientos del alba, los ardores del medio día, las calígenes y los zumbidos de los crepúsculos; horas claras y alegres, sombrías y lúgubres, silencios y confusos clamores de las soledades.

Y los galopes de las bestias en los bosques, las comilonas y borracheras de las *kermesses*, el celo genésico de los hombres y de los animales montaraces igual ante el dios Pan, entre los follajes agitados por el viento, las ondulosas sábanas de los trigos maduros y los altos plantíos de lúpulo; las regocijadas alquerías flamencas, llenos los establos, ahítas las bestias y las gentes; las alegrías bullangueras, los deseos jadeantes y las languideces de las mozas enamoradas, cuando con los mordiscos del sol y los espolazos de la carne miran si viene el esperado amante, mientras conducen el ganado que se mete por el vergel.

Todo vive, palpita y ama, inundado de frescura campestre,



rebosando juventud y savia, en medio de las margaritas «que estrellan los recuestos», en la ruidosa fiesta vespertina donde saltan los mozos y las mozas, chillan los violines, corre el vino, chascan los besos y llueven puñetazos.

Una de las pruebas del múltiple talento de Camilo Lemonnier es que, como escritor de raza, sabe cambiar su forma y su aire según el asunto de que trata.

Sería interesante, á la vez desde el punto de vista del arte y de la influencia del medio, conocer las causas que han impedido á un escritor á hacer tal ó cual libro; por ejemplo, á escribir *El muerto*, ese drama fúnebre, y *El macho*, ese idilio soleado. Y acerca de esto rogaré al autor de la *Leyenda de la vida* me permita concluir citando lo que tuvo á bien confiarme.

«Mi *Muerto* fué escrito en poquísimos días, poco tiempo después de *El macho*. En el triste mes de Noviembre ví en una aldea de la campiña del Brabante á un idiota con cabeza de hidrocéfalo barrer la puerta de una choza destrozada por los vientos y las lluvias, é hice mi dramita por esa rápida impresión..... En cambio, escribí *El macho* en Abril de 1879, en plena primavera, bajo los manzanos en flor. Y no hay más razones para explicar la diferencia entre ambos libros.»

Creo que nada puede explicar mejor el tan múltiple talento de Camilo Lemonnier, y por eso he citado estas líneas.

HÉCTOR FRANCE.

Cuando se piensa en la labor literaria de Camilo Lemonnier, una cosa hay que choca muchísimo: la fecundidad de este escritor, fecundidad absolutamente *genial*. La obra es enorme y frondosa, abundantemente florida; es incesante: los libros se amontonan y forman una biblioteca.

Pero, en su grandeza, como todas las cosas enormes (Vitor Hugo ¿no tomó de Shakespeare, de Goethe, de los españoles?), esa labor ha sido influida por Dickens, Daudet, Zola y en alguas de sus partes hasta por los decadentes y los simbolistas.



Su patria no le ha agradecido las hermosas obras con que la ha dotado. Lemonnier (como Jorge Eckhoud, ese otro robusto y gran escritor) debiera ser en Bélgica un maestro venerado. ¡Ay! para recompensarle por haber magnificado á su país, los Tribunales belgas intentaron hacerle condenar por delito de imprenta. Por fortuna, un veredicto absolutorio, saludado por los aplausos de todos los que se avergonzaban de ver á nuestra literatura presa de los rencores de la justicia, ha hecho que se dediquen á tareas más dignas los que se atrevieron á esa persecución. El buen Jurado brabantino arrancó de las garras de los agrios procuradores al magnífico cantor de nuestras provincias, á nuestro suntuoso y glorioso escritor.

EUGENIO DEMOLDER.

Lemonnier es en este siglo el hombre que, por sus obras y, sobre todo, por su excepcional naturaleza esencialmente panteísta, representa mejor una de las tendencias más fuertes de la vida actual.

Barrès y Lemonnier pueden tomarse como los dos tipos (tipos contradictorios) del doble movimiento que se efectúa actualmente entre nosotros. Barrès, que desciende en línea recta de los grandes individualistas septentrionales y de algunos místicos, encarna nuestro deseo de precisar y determinar entre nosotros las diferencias que nos separan, de especificar y hasta intensificar todo lo que á unos de otros nos distingue. Lisonjea hasta el más alto punto nuestra necesidad de análisis, tiene el sutil poder de aislar los seres y las cosas, le atrae todo lo que es único y raro.

Lemonnier, por el contrario, no sólo tiene la noción sino el constante goce de la vida general que anima el universo. Piérdese en el Todo, por ingénita simpatía. No sabe de un modo preciso dónde acaba y dónde principia la Naturaleza.

—¡La Naturaleza!—me decía una vez, con ese acento enérgico y esa palabra rápida, vibrante, que en su cuarto de trabajo le dan el aspecto de un tribuno metido en una jaula.—

E. M.—*Enero* 1898.

2



¡La Naturaleza! ¡Si la siento prolongarse por la punta de mis dedos!

I. WILL (M. MALI.)

Camilo Lemonnier me parece lo que antes se llamaba un escritor regional, y este carácter es un elogio. Son hoy tan numerosos los autores sin raíces en el suelo natal, sin profundas impresiones de la infancia, que es preciso aplaudir el encuentro de los pocos cuya labor impersonal permite adivinar la nación á que pertenecen, su origen, hasta su religión; éstos son escritores de raza, los otros son cronistas callejeros. En Camilo Lemonnier veo siempre al walón flamenco, pintor filial de los negros hormigueros del Borinage, como de las tupidas praderas de Flandes. Precisamente, si algo pudiera yo echarle en cara, sería el no ser bastante belga, el haber mirado harto á menudo hacia París y el haber pensado, para pintar una *kermesse*, en Zola, teniendo á Rubens. Pero cuando no se lo ha impedido el afán por la literatura de moda, y ha pintado los espectáculos familiares que con tanta facilidad sentía, ha hecho notabilísimas obras. Tiene una pintura del Viernes Santo en una aldea flamenca, que es una página magistral, y esta página no es una excepción en sus obras.

ENRIQUE MAZEL.

Es preciso *admirar* á este poeta por la hermosura de su prosa, una de las más fastuosamente enérgicas que existen. Sus palabras son fuertes, de color, áureas, y al mismo tiempo tienen á veces una gracia deliciosa, enteramente femenina. Cada una de sus frases tiene intensa vida individual: son organismos, algo así como hombres ó mujeres, sanos y fuertes, y apasionados.

Y sus libros son masas vivas, briosamente talladas y de admirable unidad.

Pero también hay que *amar* á este poeta, porque ha expresado con fe y con corazón nuestras pasiones, nuestros ins-



tintos, nuestras mudanzas y nuestras renovaciones. Algunos cándidos extrañan su variedad de asuntos. Les parece chocante y poco sincero eso de pasar de *El macho* á *Las damas voluptuosas*, y de *La falta de la señora Charvet* á la *Leyenda de la vida*. Pero los tales no han comprendido la íntima conexión entre Camilo Lemonnier y los hombres que le rodean; no han visto que su alma ha seguido siempre la evolución del alma colectiva, y por eso es uno de los más magníficos instrumentos de música, uno de los más suntuosos órganos con los cuales la humanidad se haya cantado á sí misma.

Por ese motivo, al pensar en la forma de sus libros me dan tentaciones de llamarle *el Macho*; pero al pensar en su alma, quisiera, como á todos los grandes escritores, llamarle *el Hombre*.

ENRIQUE VAN DE PUTTE.

Mi opinión acerca de Camilo Lemonnier, el potentísimo autor de *El macho* y de *Zampacarne*, es que es el mejor escritor belga de Francia, donde los mejores escritores franceses son innegablemente los belgas.

RACHILDE.

Libro de rebelión y de odio, tal vez, pero ante todo libro social, es este *Hombre en amor* cuya febril brutalidad se compensa por la tesis sostenida respecto á una mejor educación del niño. Camilo Lemonnier toma aquí el vicio en el momento de infiltrarse en la sangre del hombre; lo toma, lo pulsa, lo denuncia, y proclama á gritos la mancha que deja en el fondo de nosotros, á pesar nuestro, á pesar de todos. La biblioteca de las historias morales y edificantes comprende un tomito titulado *Emilio ó los malos ejemplos*, de conmovedora sencillez de forma y de pensamiento, donde los «malos ejemplos» se reducen á picardigüelas enteramente pueriles. Parece como si Lemonnier se hubiese propuesto rehacer ese libro infantil, para uso de las personas mayores, aportando á la obra, junta-



mente con procedimientos de naturalismo artístico, esa amplitud sólida de concepción y ese colorido de estilo tan rebuscado, que constituyen la originalidad del escritor.

El protagonista de *El hombre en amor* no es más que un símbolo: representa aquí la sed de los sentidos, ¡sed inextinguible! Cada vez más violenta y menos razonada, hincha las venas del paciente y hace hervir su sangre cual si fuese savia. Apodérase de él casi en la cuna y no le abandona sino al borde del sepulcro. La obsesión no cesa. Si quiere apartarse la pesadilla, parece, irritada, hacerse más feroz. Y en la vida todo procede de esa sed maldita que abrasa el corazón y las entrañas como un hierro enrojecido, y entrega el espíritu al apetito loco de las satánicas *misas negras*.

A los torrentes no se les pone dique, se les canaliza. El alcance social del último libro de Lemonnier se funda precisamente en una canalización del amor, entrevista como paliativo de ese furioso desencadenamiento de los sentidos, del cual nos describe las etapas y los estragos. Y esa canalización se funda á su vez en una revolución en nuestras costumbres, fomentada por todos aquellos en quienes ruja el odio á esa hidra siniestra, viscosa de ponzoña, que se llama «la hipocresía».

ENRIQUE CHARRIAUT.



# LA CARNICERÍA

(SEDAN)

---

Este libro se escribió poco menos que entre sangre. Por eso nada tiene de extraño que sea rojo por la forma y por el fondo. Por otra parte fué escrito con reflexivo horror de la guerra.

Hoy que hay sosiego en los espíritus, se considerará como una curiosidad dolorosa. El autor no pretende reavivar las antiguas heridas: no caben los odios en su mente. Presenta no más la guerra, tal como hace á los vencedores y á los vencidos.

## I

—¡Vaya por cincuenta francos!—dijo el posadero, yendo á la cuadra.

Dos días llevaban ya sin descansar, en junto, tres horas los caballos; y de sus cinco bestias, sólo quedaban amarrados al pesebre con ronzal un penco pequeño y paticorto y un rucio viejo ardenés, peludo como una vaca.

Sacóse del establo al rucio y al rocín y se les enganchó á un pesado armatoste puesto sobre cuatro ruedas, que al girar hacían un ruido como de loza entrechocándose.



Luego restalló el látigo; bajamos al trote [de los jamelgos, con estrépito de herraduras, por la gran calle de Neufchâteau, que desemboca en el campo.

Ibamos á Bouillon.

En la primera revuelta del camino, junto á una extensa granja donde unos soldados jugaban á la tângana, cruzó el fusil un centinela, y dijo gritando:

—¿Quién vive?

Eran los puestos avanzados belgas. Cuatro hombres y un cabo se escalonaban de trecho en trecho é iban replegándose á sus alojamientos en villas y aldeas, á medida que se relevaban.

Respondimos:

—¡Bélgica!

El cabo subía al estribo, metía la cabeza por la ventanilla, miraba si había contrabando de guerra, exclamaba «¡bien!» y las bestias volvían á arrancar mientras el centinela colocaba otra vez el arma al brazo.

Cruzábamos sucesivamente arenales, malezas y bosques, bajo un cielo gris, surcado por rayas de lluvia. El horizonte ponía manchas negras en el paisaje. Sólo se oía en esas soledades el grito del verderón revoloteando pesadamente en los cañaverales, el cloqueo de la gallina de agua, en los pantanos las riñas de grajos y picazas, en las arboledas.

Una melancolía inmensa trasudaba de la tierra humedecida.

A veces iba creciendo, al aproximarse, un sordo rumor lejano: con la visera en la nariz, pasaba á galope un grupo de lanceros. Luego decrecía el retemblor é iban achicándose á lo lejos las elevadas siluetas revueltas con flotantes melenas. Y volvía á reinar el silencio.

A dos leguas de Bouillon estaban los puestos más próximos entre sí, aumentando el movimiento; acá y allá corrían ambulancias.

La primera que ví me apuñaló el alma.



Iban cuatro carretas con toldo, atiborradas de paja que salía por las aberturas.

Aquella paja estaba llena de sangre, como la cama de un matadero. Y allá adentro hombres amontonados sufrían, panza arriba, bruscos sacudimientos de ganado, con horribles caras de fatiga. Oíanse lamentos, mezclados con el chirriar de los ejes. Y en lo alto, con su blanco sucio, cual delantal de carnicero, restallaba sobre esa desolación la bandera de la Cruz Roja.

Desfiló la ambulancia como una visión fúnebre.

—¡Alto!—gritó de pronto la voz cascajosa de un sargento de infantería.

El carromato se detuvo.

Registróse la caja, por debajo de los asientos, los almohadones, á punta de sable; y cada vez que la madera era tocada, se oía un choque sordo.

—¡Ay!—gritaba el conductor pensando en las heridas de su carretón, casi enternecido.

Habiendo visto un ventorro allí cerca, fácil de reconocer por un manojo de retama puesto encima de la puerta, entramos en él. Sentados á la mesa, charlaban unos campesinos, con las piernas llenas de barro; eran arrendadores de las Ardennas. Mientras sus bestias de tiro humeaban en el camino, atiborrábanse ellos de copas de peleón. En cuclillas ó de pie, unos soldados limpiaban cerca sus armas.

Penumbras rojas bañaban las bovedillas. Una luz plomiza caía desde los turbios vidrios, cortaba las humaredas azuladas de las pipas encendidas; y chisporroteaban en los morillos del hogar troncos de leña.

Abrióse bruscamente una puerta; y en el aposento inmediato distinguí, entre mujeres, una masa oscura tendida en el suelo, con una mancha clara é inmóvil, el rostro.

—¡No metáis bulla!—exclamó, reprendiendo, una vieja alta y seca, con la mano en el picaporte.

Reinó silencio y oyóse gruñir un ronquido ahogado, llegando hasta nosotros como un estertor de bestia.



—Allá hay más así, para mucho tiempo—dijo muy quedo un campesino, entre dos bocanadas de humo de la pipa.

Entonces, levantada una punta de la cortina, volví á ver á las mujeres y al hombre tendido, su carne pálida entre girones de un capote francés.

—Un suboficial—me explicó el posadero.

Acababa de morir: hubo que hacerle bajar de la ambulancia que pasó poco antes. Era un mocetón de grandes bigotazos y magnífica estampa. Entre sus hipos llamaba «¡mamá!»

Anunciábase entre los grupos un convoy de quinientos heridos.

El carruaje volvió á partir.

Cerca de Bouillon, en la larga carretera blanca, que se arroлла como una cinta á las paredes de la especie de embudo en cuyo fondo se entierra la ciudad, cruzóse con nosotros una interminable fila de carros y ginetes.

Desfilaban los quinientos heridos.

El convoy subía la cuesta al paso. Había en él volquetes y carretas. De entre la paja salían cabezas pálidas, oscilantes, sacudidas por los vaivenes, rodeadas algunas de harapos rojizos; y los ojos tenían languideces infinitas enmedio de las carnes mugrientas. Ese picadillo humano exhalaba un olor á carnicería. Reconocíanse los bigotes franceses y las barbas prusianas.

Prusianos y franceses fraternizaban en el dolor y la agonía.

A veces una mano levantaba un kepis. *Morituri te salutant.* Un soldado nos saludaba con ademán dulce y humilde.

Llegamos á las primeras casas de Bouillon. Piéfert, el herrador, juraba en el paso á su fragua junto á sus mancebos, gritándoles:

—¡Haraganes! ¿No vais á concluir nunca?

Y los mozos daban fuertes golpes en los cascos de cuatro caballos que había para herrar, mientras unos lanceros hacían cosquillas con una rama de árbol en los ijares de las bestias para que se estuviesen quietas.



Dos días antes ocurrió la rota de Sedán.  
Desengancharon.

## II

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

Bouillon es uno de esos rincones soñolientos de provincias, donde las comadres se juntan en el quicio de la puerta, cuchicheando largas horas, y que los bueyes cruzan en fila, corneando y estercolando, para ir á los campos. En los tiempos normales reina el sosiego en la ciudad, rara vez se cruzan dos sombras en el empedrado; y de pronto esa quietud de abandono se había deshecho en una tormenta.

Atravesamos el puente de la Semoy.

Corría gris el río, salpicado por la lluvia con un montón de lentejuelas, sobre su cauce de lisos guijarros, y perdíase á lo lejos, achicado, entre hileras de colinas azuladas. Enhiesto sobre su peñón, el vetusto castillo de Bouillon dibujaba sobre la ciudad su altivo perfil.

Un ir y venir furioso llenaba las calles.

Llegamos á la plaza, ocupada toda por ciudadanos, campesinos, lanceros, prisioneros y heridos, moviéndose por entre los pies de los caballos, las ruedas de los carruajes y los camilleros. Y esa balumba armaba terrible estrépito en la obscuridad de la tarde.

Subía un sudor de los dorsos, flotaba en la rastrera y pesada niebla del cielo: unos corrían sin objeto, con los ojos muy abiertos, y de pronto desandaban lo andado; otros pateaban en un sitio, aguardando no se sabe qué, extraviados en meditaciones vagas. Un estupor aplomaba los cerebros. Y la pequeña plaza parecía un tonel en fermentación tumultuosa, mirado por las casas, verdes de humedad, con el inquieto centelleo de sus vidrieras.

En la ventana de un mesón, unos caballeretes, con las cabezas llenas de pomada y muy sacados los puños de la camisa,



bebían alegremente champañ con unas mozas del partido, llenas de polvos; y, cuando levantaban las copas, veíase en sus brazos la cruz roja del brazal. Apuntábales la gente con el dedo, enseñándoselos unos á otros.

Un veterano oficial de Estado Mayor, belga, les miraba, con las manos en los bolsillos, zumbón y gruñón.

—¡Eso es demasiado!—dijo uno, indignándose.

—No, es natural;—respondió el oficial.—Todos los días verán ustedes aquí lo mismo. Se dan citas para ir á ver á los muertos como para cenar después de la ópera. Tres cuartas partes de esos portadores de brazales son gente de vida alegre, de bureo con prostitutas escapadas de lupanar. Es cosa de reirse. Os digo que es natural.

—¿Y cómo puede parecer natural eso?

—Naturalísimo,—respondió secamente,—mientras no hayais modificado la admirable y aborrecible convención de Ginebra.

—¿En qué sentido?

—En sentido de la disciplina. Sujéteme usted á una buena disciplina á todos esos licenciosos, vagos y holgazanes, que vienen junto á nosotros por espectáculo, que sólo sirven para irse de vareta y darles la jaqueca, con pañuelos de batista debajo de la nariz y frasquetes de perfumes en los bolsillos. ¿Que alguien quiere entrar en las ambulancias? Muy bien, caballero. ¿Su nombre, su edad, su comportamiento moral, su profesión? ¡Bueno! Se le alistará á usted. A alistarle, ¿entiende usted? como un soldado, como un enfermero, como carne de cañón. Tomará usted parte en todos los servicios y en todas las faenas, recibiendo el mayor honor á causa de su misión, y exponiéndose á los mayores peligros á causa de ese honor. ¿Le place? Entonces, ¡adelante, marchen! ¡No más cenas alegres, ni jolgorios, ni champañ! Disciplina y un consejo de honor para juzgar los delitos.... ¡Ah, demonio, abrazan á las mujeres!

Hubo en la plaza un poco de rechifla, después prosiguió el atontamiento.



Al volver los ojos ví á un oficial de spahis, recostado contra la puerta de una expendeduría de tabaco. Parecía muy triste y tenía buena traza. En manos de un labriego mozal-bete, un hermoso caballo árabe blanco, magníficamente enca-puchado por sus largas crines, tascaba el freno orlado de es-puma. El animal se encabritaba á veces, estirando sus finos corvejones como resortes; veíanse resaltar entonces, en relie-ves nerviosos, las venas de su plateado pecho. Unos tratantes en caballerías le metían los dedos en las narices.

—Cien francos—dijo por fin un mocetón coloradote, vesti-do de blusa.

—Tómelo usted—exclamó el oficial, sin mirar al hombre.

Este sacó del bolsillo un envoltorio y puso un billete de cien francos en la mano del oficial. En las facciones del último veíase pintada una lucha interior.

—¡Nunca!—gritó de pronto, rechazando el billete.

Diríase que se despertaba de un mal sueño.

—Dispensen ustedes, señores, no puedo,—añadió;—quiero muchísimo á este animal. Mi hermano fué muerto montán-do-lo, y yo he estado con él en diez batallas. Si lo vendiese, me vendería con él.

Cogió entre los dedos la crin del caballo árabe, y dijo:

—¡Vamos, viejo mío! Tendremos que hacernos matar. Eso será lo mejor.

Un coro de carcajadas resonó de pronto en aquel momento por encima de la muchedumbre: era que una de las mucha-chas acababa de caerse ebria entre su vomitona, y las demás se reían con los rojos labios abiertos como heridas.

Nos fuimos de allí.

Bouillon estaba lleno de familias francesas que iban en busca de noticias. Pasaban señoras agobiadas de tristeza, so-llozando. Un viejo, vuelto demente al saber la muerte de su hijo, vagaba con las manos en alto. Ví también á una mujer alta, elegante y bella, que llevaba dos días recorriendo las ambulancias para saber qué era de su marido. Interrogaba á



todo el mundo, pálida, echando lumbre por los ojos, sin comer, ni beber, ni dormir, sin parar de andar noche y día. No es posible imaginarse nada más conmovedor que esa joven y altiva esposa, con los vestidos hechos andrajos, llena de barro y sangre, que ni siquiera tenía fuerzas para llorar, y dejaba oír á ratos una especie de hipo.

Llegaba la noche, busqué un refugio: ni un dormitorio. Pedí una silla, ni una silla. Pedí una gavilla de paja, ni siquiera una gavilla de paja.

La perspectiva de una noche pasada al aire libre y con lluvia aumentaba nuestra melancolía. Preguntamos al azar, entre la multitud. Y el frío de la noche iba calando cada vez más nuestras ropas.

Pasó un individuo con el morral á cuestas.

—¡Rop!

—¡Usted por aquí!

—Y muy apurado, se lo juro.

Le conté el caso.

—Bueno—dijo.—¿Ha llamado usted en las posadas?

—Sí.

—Pues bien, llame usted en las casas. Siempre hay una cara mejor que otras. Elija usted la mejor de todas, déjese caer en el pasillo sin romperse nada y aguarde á ver qué hacen. Le pondrán en un colchón, tendrá usted vino y pasará buena noche.

Ví una casita, adivinando por sus cortinillas blancas y bien planchadas el domicilio regular de personas ancianas. Mi amigo cojeaba. Nos recogieron.

No olvidaré el cuartito sotabanco donde, en víspera de un mal día, pasé tan buena noche; ni el humeante café que al levantarme, cuando daban las seis en el reloj, encontré sobre la mesa en el comedor, adornado con grandes paisajes al óleo, donde unos ciervos de color de caoba eran perseguidos por unos cazadores con casacas de color de junquillo.



## III

Cuando se ha subido la cuesta que va hacia La Chapelle y se ha llegado á la meseta desde donde se descubre pintorescamente á Bouillon en el fondo de su embudo, encuéntrase en una vasta llanura, salpicada acá y allá de grupos de árboles y sin caseríos.

Seguid andando, y bien pronto veréis los comienzos del lindero de un bosque, y delante de ese lindero una extensa granja, donde los aldeanos franceses nunca dejan de tomar un jarro de cerveza cuando pasan la frontera.

La frontera misma está á unos cuantos tiros de fusil nada más, y es fácil de conocer por un gran poste pintado de blanco, con dos brazos, en uno de los cuales dice *Francia* y en el otro *Bélgica*.

Ante la granja de que hablo había un montón de carros y carretas; los caballos, mal protegidos por cobertizos improvisados, recibían al descubierto sobre su grupa la lluvia que no cesaba de caer. Y charcos de orina se extendían mohosos, fluyendo por todas partes.

Penetramos en el pequeño aposento negro donde hay la costumbre de sentarse para vaciar el jarro. Una gran fogata de leña enrojecía los vidrios de las ventanas.

La reunión era compacta y estaba seria. Vi arrimados al fuego algunos perfiles de ancianos, á quienes una angustia indecible parecía haberles vuelto idiotas. Estaban inmóviles, con las manos encima de las rodillas, manifestando no se sabe qué espanto en los ojos.

Cada vez que se abría la puerta, esas dolientes figuras levantaban la cabeza desde el fondo obscuro y miraban á quienes iban entrando, temerosas de nuevas desdichas.

Madres, hijas, hombres, confundíanse en ese grupo tétrico. Unos se lamentaban y decían que los prusianos les habían



quitado todo; otros callaban ó pronunciaban entre dientes palabras, guarismos, vagas letanías. Niños pequeños y casi desnudos se apelonaban en las rodillas de las abuelas, delante del hogar y calentaban á la llama su cuerpo empapado de lluvia. En un rincón, una pobre mujer harapienta apretaba con la mano contra la boca de un recién nacido su pecho, de pálidos pezones. Y cada cual pensaba en sus propias penas, indiferente á las de los demás.

Oíase á veces un largo gemido sordo, entrecortado por silencios y sollozos.

Eran moradores de Givonne, de La Chapelle y de Balanque, acorralados por los hulanos, habían huído, unos á pie, otros en los carromatos que vimos delante de la granja, y aguardaban las cosas venideras, lacerados y dulces hasta lo infinito.

La madre del recién nacido acaba de salir del sobreparto; había sido sacada de la cama y molida á sablazos. De horror habíasela retirado la leche de los pechos y amasaba maquinalmente su carne maternal como un fruto exhausto de jugo.

Entonces una mujer alta y bien vestida, á la cual apenas había yo visto aún, levantóse de enmedio de un grupo de tres niños que se escondían entre sus faldas y se dirigió hacia aquella desventurada.

—Deme usted, señora—dijo;—tengo para uno; Dios me dará para dos.

Y desabrochándose el cuerpo, puso al pecho el niño.

La casa estaba llena; en la paja de las cuadras dormían revueltos hombres y caballos. Sólo las mujeres tenían camas-tros y pasaban la noche en las habitaciones.

Al salir encontramos, á quince pasos de allí, á una familia entera tumbada boca abajo en el barro, delante de una fogata de leña que la lluvia apagaba á cada momento, debajo de dos carretas que se habían cubierto de ramas á modo de techumbre.

Asábanse en el fuego patatas, recogidas de los campos.



Gritaban los niños, la madre sollozaba. Y bruscamente apareció el hombre diciendo que volvía de Bouillon, donde en vano buscó trabajo.

#### IV

Otro espectáculo nos esperaba más lejos. Cuando acabábamos de llegar al punto del camino donde se bifurca la carretera que va á Florenville, vimos como unos quince caballos atados unos á otros por el pescuezo ó por la cola y conducidos por unos aldeanos patibularios.

En esa horrible peregrinación sufrí más tarde angustias y estremecimientos, renacientes sin cesar; pero nunca olvidaré la marcha de aquellas bestias, víctimas de la brutalidad de los hombres.

Un resto de vida hacía chocar entre sí los huesos de sus horribles armazones. Todos ellos estaban agujereados por cascos de granadas, abierto el vientre, sin ojos, hendidas las quijadas, con heridas rojas; y por un agujero redondo uno de ellos dejaba escapar un trozo de intestino. Parecían más bien recortes de seres vivos, y se arrastraban lamentablemente cojeando y dejando rastros de sangre por el camino.

Sus conductores, siniestros coleccionistas de despojos, los habían recogido en el campo y los llevaban al matadero. Incluyendo piel y carne, habían calculado que el descuartizamiento daría para pagar los derechos de aduana, con un remanente para su ganancia.

Habiéndose detenido un instante las bestias, fué preciso arrearlas para que se moviesen. ¡Duro esfuerzo! Derrengábanse las grupas, colgaban hacia el suelo las cabezas, inmovilizábalas un comienzo de agonía.

Los hombres las apalearon entonces á garrotazos. Las vértebras sonaban como madera. Al cabo se movió aquella enorme carnicería; pero un gran caballo bayo tostado, que tenía



rota una pata, cayó de pronto arrastrando consigo á un mulo cuyos riñones estaban aplastados. Cortamos las cuerdas y se puso de nuevo en marcha la fúnebre procesión, menos el caballo y el mulo, que se quedaron en el camino.

Continuamos hacia La Chapelle.

La carretera estaba atestada de gente. Hombres, mujeres y niños huían. Escuchábase á ratos un gran estrépito de ruedas: era una ambulancia que pasaba. Flacos caballos arrastraban carros con toldo, donde se habían amontonado camas, cofres, maletas; los varones, cargados de utensilios, caminaban al lado. Un viejo ó una vieja levantaban á veces el palo al pasar esas mudanzas y con humilde sonrisa pedían que les dejasen subir. Un labriego, con el cuévano á la espalda, se había enganchado juntamente con su jaco á la carreta estrecha y larga donde se agazapaba su familia, y fraternizaba con su compañero de collera, sudando, pidiendo á gritos misericordia por toda su flaca y macilenta silueta. Los hijos llevaban á sus padres sobre sus hombros y los pequeñuelos se agarraban á las sayas de las madres. Había grupos rendidos de fatiga, que descansaban en el barro de la carretera.

A la vuelta de un sendero, presentóse de pronto el crispado perfil de un caballo muerto. Había rodado por la pendiente, hasta una charca de agua. Era el primero. El desfile de los cadáveres no iba á empezar sino junto á La Chapelle.

## V

Una calzada que va ensanchándose á derecha é izquierda entre dos filas de casas y forma una plaza delante de una iglesia vieja y negra: eso es La Chapelle.

Un cielo pesado, rayado por la lluvia, esfumaba las casas y la iglesia: acá y acullá mostraban sus contornos sobre las nubes grises armaduras de techumbres rotas; una, sobre todo, vaciada por completo cual una desmedida escultura gótica.



Además, en todas partes las pequeñas fachadas amarillas estaban arañadas por rasguños de balas; el yeso caído dejaba ver al descubierto el ladrillo, como un muñón. Frente á la iglesia, le rompieron los vidrios á un barbero; cerca de éste, una mujer miraba desde la ventana volar á lo lejos la metralleta, y fué derribada al suelo al penetrar una granada. Veíase muy bien el agujero redondo hecho por el proyectil á la izquierda de la ventana, y en el marco de ésta sólo quedaban un pedazo de cristal y un trozo del montante. Hacía daño ver ese cuadrito frío y desnudo.

Una claridad agria brillantaba el borde de las techumbres, y las vigas yacentes en la calle relucían con la humedad. Largas grietas dentelladas como una sierra resquebrajaban las cuatro paredes de la iglesia, con agujeros regulares y anchos en la parte alta de ellas. Podía seguirse el acoplamiento de la viguería en el sitio donde ésta saltó; y un montón de ladrillos deshechos estaba aplastado al pie de la cintrada puerta, donde había en ambos lados edictos y anuncios religiosos.

Las únicas figuras visibles en esa desolación eran dos prusianos, uno de los cuales fumaba su gran pipa de porcelana con flores, en una silla vuelta hacia atrás; y el otro, de rodillas y con las manos sobre el suelo, soplaba una fogata de leña mojada para hacerla revivir. Sin embargo, á intervalos se alargaba una cabeza por encima del soto, y un campesino enseñaba el nacimiento de los hombros mirándolo todo sin ver nada, con los ojos entornados y bajos.

Toda la gente del pueblo había huído; las puertas estaban abiertas en todas partes. Una desolación de cementerio pesaba sobre las casas vacías, extendiéndose desde allí á los surcos de la parda tierra solitaria.

Sabíase que durante medio día tronó el cañón detrás de La Chapelle; y por la noche las gentes de la aldea habían visto en el cielo rojos resplandores de incendio.



## VI

Después de pasar de La Chapelle se encuentran, camino abajo, á derecha é izquierda, llanuras onduladas, que ora se hinchan formando colinas, ora se ahuecan formando valles.

Sin embargo, por una y otra parte se elevan cuevas insensibles hasta el horizonte, donde forman vastos cerros dibujados con líneas casi rectas.

En aquella época del año no quedaban ya en el campo sino plantas leguminosas y forrajeras; y las tierras de pan llevar, erizadas de una espesura de tallos de cereales cortados á flor del suelo, llenábanse de malezas de un matiz rojizo.

Hasta donde alcanzaba la vista, sólo se veían tierras devastadas.

Los cuadros de hortalizas, aplastados por los cascos de los caballos y los zapatos de los infantes, se amalgamaban formando una greda de color de heces de vino, con un picadillo de hojas y raíces confundidas; y extendiéndose á lo lejos lo pisoteado, acababa por anegarse en la mustia uniformidad de la llanura.

En último término aparecían los grandes cerros con manchas amarillas, como los claros de los bosques vistos á distancia, con los tonos blanquinosos de las raíces cortadas y las áridas jorobas del suelo. Al pie de los cerros se aglomeraban montones oscuros, que la niebla impedía ver con precisión.

Avanzábamos trabajosamente por la tierra removida como por una labor de arado, y de pronto adquirió á la izquierda la blanduja viscosidad de un mortero muy 'aguachinoso; por los surcos de las ruedas conocimos que en aquel sitio había acampado ó maniobrado un parque de artillería.

Por añadidura, un bosquecillo que avanza en punta por ese lado estaba alfombrado de ramaje y cortezas de árboles.

Allí había habido una acción.



Al pronto no vimos en tierra más que cascos de botellas, huesos de animales muertos, barriletes de cantina y la ceniza de la leña que había servido para encender las hogueras.

Pero más lejos formaban un revoltillo lanzas de carretas, morrales, pedazos de prendas de vestir, culatas de fusiles, bayonetas sin punta, sables sin guardamanos, zapatos, correas, estribos, herraduras.

En un repliegue del terreno se alineaban algunos cientos de estacas clavadas en dos filas en el suelo; y, sobre todo, á lo largo de esas estacas es donde la tierra, muy removida, parecía haber sufrido un rudo y violento rastrilleo. Por toda la extensión de aquel campo nos escurriamos en charcos rojos acrecidos por la lluvia y formados por sangre y orina mezcladas, cuya superficie hervía con chasquidos secos de burbujillas que estallaban al aire. Y en esas charcas se pudría paja, exhalando fuerte olor equino.

Evidentemente, estábamos en un campamento de caballería.

Conforme caminábamos, iban siendo más frecuentes los vestigios de fogatas.

La mayor parte fueron encendidas para hacer el rancho de los soldados.

En efecto, no era raro encontrar junto á las cenizas pieles y grasa de animales, ó en el mismo rescoldo patatas asadas con su mondadura.

A lo lejos se veían en la colina confusas masas blancas y morenas, destacándose sobre el verdor de un prado. Una de esas masas parecía rebullirse.

Me armé de anteojos y ví cuatro caballos enganchados á una cureña, tres de los cuales habían sido, probablemente, muertos por una granada.

Distinguíanse muy bien los esfuerzos hechos por el cuarto para desprenderse de los tirantes; pero me pareció que le faltaba una de las piernas y le habían dejado allí para que muriese.



Delante de él habían rodado mochilas y chacós.

De pronto, habiéndose acortado la distancia, presentóse nos un espectáculo mucho más lastimero.

Los tres montones oscuros vistos antes al pie de los cerros, eran ahora tres cadáveres de hombres, medio aplastados, confundidos con los tonos pardos del suelo. La cara de uno de los cadáveres era lo único que sobre el fondo oscuro del campo formaba un agujero blanco inmenso.

Y vimos esto:

El más próximo á los caballos había caído de espaldas y no se distinguían más que sus dos piernas dobladas, con las rodillas al aire.

El segundo, tumbado de barriga, descansaba boca abajo con las piernas extendidas, y no dejaba ver más que el dorso y el occipucio.

El tercero había caído de costado; y, para morir, puso un brazo debajo de la cabeza.

La muerte, en la soledad de esas llanuras, con aquella fina lluvia que todo lo confundía, bajo aquel cielo de un gris que no acababa, daba al paisaje una rigidez terrible.

Por pequeño que parezca, el cadáver llena el cielo y la tierra de indefinible horror.

Nunca comprendí como entonces cuán poca cosa es el hombre en la naturaleza y cuán grande es, sin embargo, en la sociedad.

Esos tres seres, vagos despojos hoy, disgregados minuto á minuto por la lluvia y por los gusanos, sólo ocupaban en la vasta colina un trozo de terreno casi imperceptible á simple vista; y, sin embargo, sus tres destinos interrumpidos de pronto, dejaban acaso tras de sí una idea, una misión ó simplemente una labor que ninguna otra persona acabaría jamás.

Por otra parte, la distancia y lo espeso de la niebla no permitían ni aun conjeturar al servicio de qué despotismo habían derramado su sangre.

Más adelante encontramos chozas de paja, la mayor parte



de las cuales se sostenían aún muy bien y estaban hechas con tres estacas juntas en haz.

El agua no las había calado; descansamos un instante en la mayor, después de haber encendido una hoguera de brezos, en la cual secamos nuestros vestidos.

Indudablemente, la llanura que acabábamos de recorrer había sido teatro de un encuentro; además, la gran copia de víveres abandonados en el campo y los fragmentos de arreos militares tirados acá y allá en confuso revoltijo, indicaban su desalojamiento rápido, complicado con una derrota.

Por el contrario, las chozas de paja, intactas en el trastorno general, parecían indicar una ocupación posterior al desalojamiento.

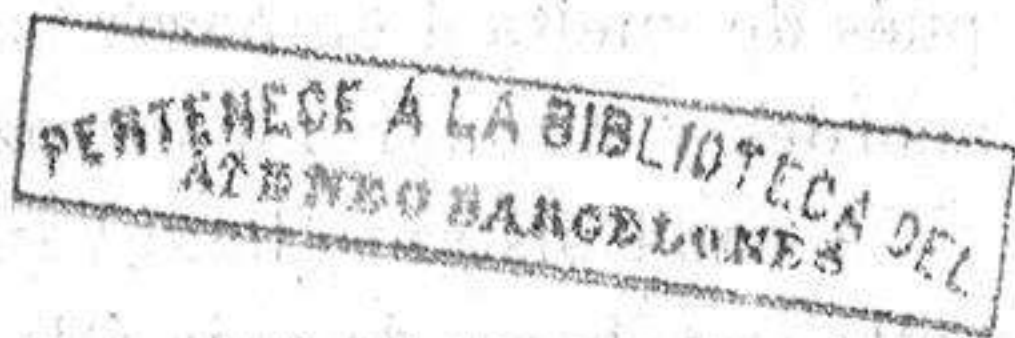
Sin informes, y entregados á nuestras solas investigaciones, tratamos de imaginarnos qué había acontecido en ese lugar.

Las hogueras, pisoteadas y guarnecidas aún con las ollas del rancho de los soldados, ardían en el momento de presentarse el enemigo.

No se le esperaba: de ahí el pánico.

Y como para confirmar estas suposiciones, las pendientes estaban removidas en un largo trayecto por el galope de la caballería. Había atravesado el camino y recorrido las llanuras que están al otro lado.

## VII



El autor de estas líneas tiene particular empeño en conservarles su carácter de notas y no quiere filosofar, conjeturar ni inventar. Cuenta lo que ha visto y como lo vió; lo más sencillamente posible, sin exageraciones.

Eran las dos de la tarde cuando llegamos á Fonds de Givonne. El pueblo consta de uno ó dos centenares de casas, puestas en dos filas desiguales en las pendientes de la carrete-



ra; y grandes árboles, regularmente alineados, se amontonan sobre un terraplén, después de las últimas casas, frente á la blanca fachada de un castillo.

La bandera de Ginebra ondulaba sobre el pórtico: el castillo había sido transformado en lazareto.

Tropas alemanas ocupaban el pueblo de Fonds, y las casas estaban llenas de soldados: veíaseles en mangas de camisa, de codos en el borde de las ventanas, fumando en pipa. Por las rejas estrechas y bajas de las plantas inferiores, se veía también, alrededor de la mesa de familia, á los dueños de la casa en pie, y á los prusianos sentados, comiendo juntos. De las puertas abiertas salían ruidos de voces. La soldadesca se alborotaba. Y un cornetín de pistón tocaba muy despacio un aire del país, entrecortado á lo lejos por los agudos clarines.

En otra parte, un bávaro gordo, dulce y barbudo, se divertía en hacer saltar sobre su cabeza á un chiquillo que lloraba, riéndose mucho aquel mocetón con el miedo que producía.

En un hórreo convertido en cuadra, cuatro bullangueros estaban plantados delante de otro que tenía en la mano un látigo y daba golpes con el puño de éste en la puerta de la estancia. El quinto se meneaba furiosamente, aullando las notas de un cántico. Los otros cuatro, todos gente moza, abrían unas bocas de á palmo y repetían las notas del hombre del látigo, moviendo mucho los ojos. Al cabo de algunos minutos, después de vuelta á empezar varias veces, los cinco se pusieron acordes y entonaron con voz ronca un estribillo.

A cada instante llegaban soldados del otro extremo de la calle, con haces de paja á la espalda; otros volvían de la fuente con cubos en las manos; y algunos, armados de escobas, limpiaban las regueras de las cuadras. Los había que almohazaban á sus caballos ó acarreaban el estiércol hacia los hoyos vertederos.

Tieso en la silla, había un ginete ante la puerta de una casa. Salió á la ventana un subteniente y le entregó un pliego. El ginete hizo el saludo militar y arrancó á galope. El



ruído de las herraduras y de las armas se mezcló por el momento con los toques de las trompetas.

Luego desembocaron por una callejuela cuatro dragones, llevando sus caballos por las bridas. Uno de ellos, que llevaba galones, dió una orden. En un periquete montaron los otros tres y bajaron al trote la carretera, carabina en mano.

Llegamos á la salida del pueblo.

En la plaza, delante del castillo convertido en lazareto, estaban parados varios coches de ambulancia.

Bajaban á los heridos.

Los carruajes eran de diferentes clases: unos, simples carros llenos de paja, servían para los heridos menos graves; los otros, grandes coches, suspensos sobre muelles, y divididos en compartimientos muy análogos á las literas de los camarotes de los buques, recibían á los infelices amputados ya, ó á quienes graves heridas no permitían exponerlos á los vaivenes de los carros.

Soldados, enfermeros y médicos, sostenían en sus hombros y en sus brazos extendidos los mutilados cuerpos, sacándolos uno á uno del fondo de la paja ensangrentada, enmedio de aullidos y lamentos.

En seguida los ponían en camillas.

Seguí con la vista, por la puerta principal del lazareto, la siniestra procesión de los heridos retorciendo sus muñones, y de los camilleros encorvados bajo las correas de las angarillas. Lentamente decrecían en el vasto patio los grupos, formando masas obscuras y confusas, subían una escalinata poniendo rígidos los brazos para mantener horizontalmente las parihuelas; y como sombras que vuelven al sepulcro, desaparecían en lo profundo de los corredores. Y mientras los camilleros iban á paso cadencioso, para que uno no anduviese más deprisa que otro, mezclábanse aullidos al ruído regular de sus tacones sobre el empedrado.

A veces alguien sacaba de la paja una pierna, un brazo ó una mano. Había momentos de espantosa confusión.



—¿De quién?—preguntaban los enfermeros.

—Mío—decía una voz estertorosa.

Otras veces nadie respondía.

Poníanse en una camilla cuatro ó cinco de esos horribles restos no reclamados; y los heridos, pálidos y con las cejas levantadas, los miraban pensando en el martirio de su propia carne.

De pronto hubo un poco de rebullicio.

En un coche se había quedado un soldado francés. Subieron dos hombres robustos, cuadrando los hombros como para una faena difícil.

La puerta del fúnebre vagón estaba abierta de par en par, y dirigíanse hacia delante brazales de la Cruz Roja, acechando el momento de prestar su ayuda.

—¡Eh, Grupet, cógele de los hombros! ¡Así! — gritó uno del grupo.

Los enfermeros se acercaron á una cosa que yacía en un rincón, é hicieron ademán de desatar. Era el herido, á quien fué preciso sujetar á causa de una fiebre cerebral con delirio furioso.

Hubo lucha; se oía un pateo suave y sordo.

—¡Aúpa, valiente!—gritó el grupo.

El mozo, con un movimiento brusco, se había tirado desde su camastro; y de pie, rechinando los dientes y dando gritos desesperados, forcejeaba con los enfermeros.

La carne golpeada chascaba en la obscuridad, con un ruido mate, apagado.

Llamaron á voz en cuello.

Treparon dos hombres.

Siendo entonces cuatro, y encorvándose, se apoderaron del infeliz, que rodeado por fuertes brazos, atado de pies y manos, apareció en la portezuela del coche dando rugidos de fiera, rojo como la escarlata, convulsos los ojos, con espuma en los labios.

Cinco minutos antes había yo visto á un oficial francés er-



guirse en las angarillas donde le habían puesto, y arrancar de manos de un prusiano su pierna cortada, gritando:

—¡No la toque! ¡Es mi pierna!

Y todos los que habían pasado delante de mí, desde un cuarto de hora, repetían:

¡Matadme! ¡La muerte! ¡La muerte! ¡Una bala en la cabeza! ¡Ay! ¡Mátenme, por amor de Dios! ¡Cuánto sufro, Dios santo! ¡Por compasión, tírenme ahí! ¡No puedo más!

Y esto daba lástima á los mismos médicos, pues ningún anfiteatro les había mostrado tantos dolores á la vez, y se mordían los bigotes, con las cejas fruncidas.

## VIII

Cuando abandonábamos ese espectáculo de desolación, un gran rumor de ruedas sordo hizo retemblar el empedrado, entre el restallido de los látigos.

Desembocaban tumultuosamente en la plaza muchos carruajes, carretas, chirriones, carros con galgas precedidos por un oficial de Administración militar. Era un convoy de provisiones.

Advertimos que esos convoyes iban siempre á trote largo, y desde aquel momento los encontramos de continuo. Oíase un gran ruido; y apenas se echaba uno á un lado, se veían pasar á través de la lluvia, inmóviles en la silla, con sus barbas montaraces y sus narices romas, las elevadas estaturas de los jinetes envueltos en sus capotones grises. Dos ó tres hombres acompañaban á cada carro, enseñando unas cabezotas sucias sacudidas por los zangoloteos.

En el pueblo por donde acabábamos de atravesar, lo mismo que en La Chapelle, casi no habíamos encontrado habitantes. Y los que vimos eran casi todos ancianos que se habían quedado solos, menos por guardar las casas (eso de nada servía), que para morir en ellas si era preciso. A veces bajaba



una abuela cabizbaja y sin mirar al frente, las escaleras de su casita, y con dos cubos en las manos iba á cojer agua en la fuente. Luego, notando en nuestras caras una expresión amistosa, nos daba tristemente los buenos días ó levantaba los ojos al cielo como para ponerlo por testigo de las cosas que ella había visto. Y esa resignación mustia hacía más intensa la desolación general.

Sin embargo, acá y allá una familia más valiente ó más confiada, seguía viviendo bajo el techo doméstico, revueltos hombres, mujeres y niños en una estancia, para estar más cerca unos de otros. Así, el herrador del lugar no había querido abandonar su fragua, que está á la entrada del pueblo junto á un ventorro adornado con un sol de hojadelata de rayos enmarañados. Los campesinos, en el buen tiempo, se apeaban á la puerta del buen hombre y nunca dejaban de convidarle á tomar unas copas en la posada de *El Sol de oro*. Hoy estaba vacío el ventorrillo y mudo el yunque. Nadie ofrecía ya de beber al herrador, y éste vagaba uraño, bajo su pelambarrera roja, sin el delantal de cuero. Algunos se habían quedado por codicia.

Habiéndonos dado sed el humo de las pipas, entramos en una casa donde colgaba encima de la puerta una rama de pinabete, á riesgo de oír por centésima vez que los prusianos se lo habían bebido todo.

Una buena mujer, pequeña, amarilla y seca, limpiaba allí, en un cuarto ahumado, los tirantes de un tambor. Aproximóse á nosotros; y como nuestros zapatos claveteados hiciesen ruido al aplastar la arena sobre las baldosas, nos enseñó una cosa en el aposento, poniéndose el dedo en la boca.

—Chitón,—dijo;—está dormido.

## IX

Distinguimos entonces en la penumbra cuatro sillas sobrelas cuales habían puesto una mesa patas arriba; y entre



éstas se había tendido un colchón, con cubiertas de cama.

—¡Pobrecito muchacho!—dijo la vieja.—Es un bávaro. Figúrese usted, no tiene veinte años. ¡Una criatura! ¡Y que quiten esto á las madres! ¡Oh, de seguro escapará de ello! Son católicos; pero además tiene fiebre, por añadidura, y da lástima oírle castañetear los dientes. Han querido llevarle con los otros, á su chamizo de hospital, pero yo he dicho que nones; jamás lo consentiría. Es un tambor. Hace más de una hora que me estoy destrozando las manos en limpiarle sus ropitas. ¡Es tan guapo! Me habla con los ojos. Estoy muy triste de que me hayan quitado la cama, pues he tenido que hacerle una con una mesa, y no tiene nada de agradable el acostarse encima de madera. ¡Pobre, querido! Fíjese usted un poco: ¡veinte años! ¡Ah! el mío no tiene mucho más, mire usted, y también me lo han llevado; y cuando cuido de éste se me figura que alguien cuidará también á mi chico si está enfermo.

De pronto se oyó un pataleo delante de la casa y se abrió con estrépito la puerta.

Cuatro soldados con capote gris entraron gesticulando y gritando, cogiendo sillas, extendieron sobre la mesa un itinerario; y, como si estuviesen en su casa, sin mirarnos á nosotros ni á nadie, inclinados los cuatro encima del mapa y apuntando con el dedo índice, se pusieron á discutir con gran barullo.

La buena mujer cogió por el cuello del capote al más bullanguero y le enseñó el sitio donde estaba su tambor. Miraba el otro, poniéndose la mano sobre los ojos por pantalla y se encogía de hombros, sin comprender nada. Entonces la vieja le agarró del brazo y le empujó hacia el cuartito oscuro.

El alegre mozo se dejaba llevar dócilmente.

Así que hubo visto, dijo cuatro palabras á sus amigos, saludó con urbanidad á la anciana y á nosotros; y toda la tropa desfiló de puntillas, con gravedad cómica.

Pedimos de beber, pero la patrona se lamentó mucho de no poder ofrecernos sino agua; y á su vez, como ya nos había



pasado en otras partes, nos juró que no encontraríamos ni un vaso de cerveza ni una gota de vino hasta Sedán.

—Todo nos lo han quitado,—exclamó;—y nos moriríamos de sed, si no fuese por el agua de la fuente. Ayer tenía yo dos cerdos, que iban á matarse por Navidad: pues bien, ¡también me los han cogido. Ya no me queda ni un pedazo de pan; pero tenía enterradas unas patatas y las pongo á asar en la ceniza, por la noche, cuando duermen ellos. ¡Ah, qué miseria!

Abandonamos aquel mísero tugurio, y tomando por la senda próxima fuimos á topar á los pocos pasos con un centinela prusiano, el cual se puso á seguirnos, repitiendo á media voz con aspecto humilde y triste:

—Tabaco..... tabaco....

Dejamos caer en el hueco de su mano unas pulgaradas.

El pobre diablo dió una carcajada de contento y nos dió las gracias con la mano puesta en el corazón; luego, como le pidiésemos informes del camino, nos explicó con volubilidad que yendo en derechura encontraríamos un castillo maltrecho por la metralla, y un poco más lejos un molino de agua, junto al cual hubo una derrota.

Entonces caminamos á buen paso.

Bien pronto se nos apareció el castillo; no tenía un cristal en las vidrieras, y las paredes estaban surcadas de arriba á abajo por las balas.

Nadie habitaba ya en esta tétrica mansión; las cortinas, sacudidas por el viento, caían al exterior mojándose con la lluvia; rechinaban las puertas en sus goznes, y los aposentos devastados se abrían al aire como sepulcros saqueados. Sólo un gato negro, acurrucado en forma de bola sobre el poyo de una ventana, parecía sobrevivir á la ruína de los demás. Nos miró al paso con sus pupilas rayadas de amarillo, melancólico y dulce.

A cinco minutos de allí encontramos el molino. Formaba, en la bifurcación de dos veredas, una mole maciza, muy estropeada por fuera.



La rueda grande, fuera de quicio, estaba inmóvil sobre sus paletas. Inclinábase la techumbre, medio hundida. Al pie de las paredes había montones de escombros. Todo indicaba el terrible paso de las balas de cañón.

Por lo demás, ni un alma en aquellos grandes patios, sobre los cuales se balanceaban con lamentos los álamos blancos, y el agua de las canales, cayendo sobre las losas con un incesante ruido monótono, hacía aún más desierta aquella soledad.

X

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÈS

Delante del molino había una cuesta muy alta, casi vertical, y en toda su longitud estaba removida, como si por ella hubiese bajado, á todo correr, un tropel de hombres. Trozos de césped arrancados por los clavos de los zapatos rodaron al pie, dejando aparecer la tierra como carne á través de desolladuras. Y las huellas de las pisadas continuaban en el camino, entre grandes barrizales negros, donde charcos de agua relucían desentonadamente con la luz plomiza que caía de las nubes.

Toda clase de cosas, chacós, morrales, cantimploras, cartucheras, fusiles rotos yacían allí en revoltijo, sobre todo al pie de la cuesta. Había cientos de ellas. También vimos trozos de ropas, pedazos de charreteras, pocos cascos, y ¡extraña particularidad!..... muchos zapatos.

En vano nos preguntábamos cómo habían podido quedar abandonados tantos zapatos en un mismo punto. Ya se nos tenía dicho que los muertos eran enterrados con sus vestidos, y que verdaderamente sólo se les quitaba la cartuchera, la mochila y el chacó.

Pues bien; muchos morrales y chacós se habían quedado en la pendiente de la cuesta, y los zapatos se amontonaban en el camino. Nos fué lícito suponer que la derrota, cual torrente



que baja de las montañas, había descendido por el rápido declive desde los campos que están en la meseta, y que los fugitivos, por tirarse más deprisa, se habían quitado todo.

Era horrible imaginar ese pánico, con el enemigo pisándoles los talones, al borde de un barranco, por donde habían tenido que precipitarse empujándose unos á otros.

Casi todas las armas y la mayor parte de los despojos que se veían por el suelo habían pertenecido á soldados franceses. Ví sucesivamente mangos de puñal, culatas de fusiles *chassepot*, gorros de turcos y hasta mochilas de móviles.

Un cadáver de caballo estaba caído á mitad de la cuesta. Visto su pecho desde abajo, mostraba unos agujeros negros, como un blanco de tiro, y por debajo de las crines asomaba un guante, dentro del cual había quedado la mano.

En sitios donde la arena menos porosa no había absorbido la sangre, veíase un moho rojizo, y de las malezas colgaban coágulos viscosos, juntamente con carne humana.

Y nada más. El camino, por ser vecinal, había quedado limpio de cadáveres.

A veces pasaba un carruaje: ya un penco enganchado á un carromato de campesinos llevándose sus muebles, ya un magnífico tronco, llevado rienda al cuello por prusianos.

Más de una vez tuvimos ocasión de ver sobre los vistosos asientos de terciopelo de un coche particular, soldados ebrios que se reían, fumando en pipa, mientras uno de ellos, sentado en el pescante, arreaba de firme á unos admirables caballos de pura sangre, llevados al galope. Y más de una vez, al atravesar las aldeas, los labriegos nos dijeron:

—¡Anda! esos son los caballos del señor conde de Tal ó del señor barón de Cual, que los prusianos han robado en las cuerdas del castillo.

Como llegásemos al final del barranco, oímos voces en una espesura, y una de esas voces decía:

—Aquí hay uno que aún tiene su cruz en el pecho.

Eran dos hombres de Gironne, que habiendo acudido á ver



sus respectivos campos, habían descubierto en el lindero del bosque el cadáver de un soldado de infantería. Estaban discutiendo cómo harían para enterrarlo, y si no sería mejor volver al día siguiente con palas.

El muerto yacía manchado de sangre y barro. Una de sus manos, crispada en la cartuchera, parecía querer levantar la tapa de cobre. Y poco á poco, el suelo había cedido bajo el peso de los riñones, hundiéndose y amontonando los musgos esponjosos.

Negro y térreo el pobre muerto, enseñando los dientes bajo unos bigotes erizados, se sonreía espantosamente. Alguien abrió el bolsillo del pantalón y extrajo de él un pañuelo, en el cual había una moneda de dos francos, nueces, un peine y dos pedazos de cartas que, unidas, no nos dijeron nada.

Uno de los campesinos nos hizo saber entonces que una pobre pordiosera de Balán, que iba de viaje con la cesta al brazo, habiendo sentido venir hacia ella un gran ruido en el momento de meterse por el camino hondo, se puso á correr hasta el molino y se metió en él. Subióse al granero, y por una ventana vió á los franceses perseguidos por los alemanes. Los franceses habían saltado al barranco; pero, al saltar, la mayor parte se desconyuntaron el pie ó se rompieron la pierna, y rodaron como un alud al pie de la cuesta. Y la vieja los había visto levantarse uno por uno al pasar la tromba, quitarse los zapatos y arrastrarse con los pies desnudos, después de desgajar ramas de árboles para convertirlas en bastones.

Nos preguntaron á qué parte nos dirigíamos. Cuando les respondimos que pensábamos estar por la noche en Sedán, nos dijeron:

—Aprieten ustedes el paso, señores, pues dentro de un par de horas será de noche y los caminos no están seguros.



## XI

En medio de los méganos arenosos que forman hileras á derecha é izquierda del camino, vimos al poco tiempo destacarse sobre los rojos macizos de un parque grandes lienzos de paredes blancas. Aquello era á la vez una fábrica de papel y una casa de campo; y, como con el castillo de Fonds de Givonne, se había convertido en un luzareto. Encima de la puerta principal ondeaba el estandarte de la Cruz Roja.

A lo largo de los setos avanzaba al paso un convoy de ambulancias; destacóse de él un hombre á caballo, entró á galope en los patios, como quien lleva una orden, y echó pie á tierra con rapidez.

Junto á la puerta, sobre la plataforma de una escalinata doble que formaba un hueco debajo de los peldaños había una especie de pabellón de portero. Una mujer apareció en el umbral, y viéndonos calados nos invitó á secarnos en el hogar de su familia.

Entonces vimos en el estrecho nicho del hueco de la escalera un viejo, una mujer y dos niños. Habían encendido sobre la piedra una hoguera de leña; y de pie, pegados unos á otros, por temor de apoyarse en la pared que rezumaba, trataban de calentarse.

—Dos días llevamos aquí—me dijo la mujer.—Somos de Bazeilles, donde ya no hay ni una casa, y ni siquiera hemos podido traernos un pan. Corrimos toda esa horrible noche y ardía Bazeilles á nuestras espaldas, tanto que se veía á más de una legua. Señor, éste es mi marido; y estos dos niños son de un vecino á quien los malvados degollaron. La señora que acaba usted de ver ha tenido la caridad de recogernos para dormir la primera noche en su granero, y nos ha dado pan, aunque ya no lo hay en ninguna parte. Y ahora estamos aquí



porque han venido parientes de la señora y ha tenido que darles el granero. ¡Dios bendito, apiádate de nosotros!

Penetramos en el pabellón.

Resguardábanse en él de quince á diez y ocho personas, hombres, mujeres y niños, lívidos, harapientos, feroces. Un montón de muebles, revueltos unos encima de otros, llenaban el cuartito. En el hogar ardía una hoguera de ramas secas. Un niño tendía sus transparentes manitas en busca de calor, con las mejillas arrebatadas, temblándole á ratos los miembros. La fiebre hacía chascar huesos y dientes acá y allá. Y todos estaban amontonados unos sobre otros, entre un vaho fétido de sudores y meadas.

Una abuela tenía sobre sus rodillas á sus nietecitos, y exclamó cuando entramos:

—Muchas cosas he visto, pero no volverán á verse las que acabo de ver.

La metralla había destechado parte del pabellón y roto los vidrios, reemplazados por papel. Las balas que entraron por las ventanas silbaron dentro de los aposentos y agujerearon las paredes. Enseñáronme un espejo de lavabo que voló hecho trizas; en otra parte, el cristal que cubría una estampa de la batalla de Waterlío, al romperse, hizo mil arañazos en el pequeño Napoleón litografiado, sin tocar al resto de la imagen. ¡Sedán agregándose á Waterlío! La leyenda napoleónica parecía aniquilarse en esa suprema sátira.

Durante dos horas mortales, aquella desdichada familia, tendida en el suelo contra las ventanas y debajo de colchones, había oído resonar sobre su resguardo los estampidos de la metralla. Temblaban las paredes; un huracán sacudía la tierra subterráneamente; lienzos, marcos, chimeneas, se hundían con estrépito. Con violento ademán se quitó la mujer el pañuelo que cubría su cabeza y me enseñó los cabellos, blancos por el terror.

—Pero, sin embargo, la bandera debió advertirles que tiraban contra un lazareto—observó alguien.

E. M.—*Enero* 1898.

4



—Vean ustedes la bandera—respondió esa mujer—la acribillaron.

En ese momento entraba el convoy en el castillo. Media docena de miembros de la Cruz Roja le precedían á caballo. Cuando pasaron los carruajes, estallaron con el mismo horror los aullidos que otras veces habíamos escuchado ya.

Nada tan siniestro como el sordo rodar de esos pesados coches en que hay algo del cañón y del féretro. Los enfermeros, con las mangas llenas de sangre, echáronse de un salto desde los carruajes y fueron á los lados. Uno de ellos nos dijo que llegaban de Sedán, y que en dos días habían llevado al lazareto doscientos heridos.

Cincuenta habían muerto.

## XII

Dimos las gracias á las pobres gentes que nos habían hecho calentarnos en su hogar, y volvimos á ponernos en camino.

Por nuestra derecha, á un tiro de fusil de la carretera, aparecieron las techumbres planas y el campanario apizarrado de un villorrio donde humeaban las chimeneas. Delante del pueblo se extendían los campos devastados y con vestigios de campamento.

La mayor parte de los árboles que crecían en esas campiñas habían sido cortados por la metralla, ó derribados para las hogueras nocturnas.

Nos veíamos en presencia de otro nuevo lugar de combate; y esa vez nos pareció que el número de armas prusianas abandonadas era proporcional al número de las armas francesas que hallábamos también bajo nuestros pies.

Al ver un tropel de personas y de animales que seguían una vereda procedente del poblado y que iba á desembocar en



la carretera, dejamos de pensar por un instante en las cosas de que debieron ser testigos aquellos lugares.

Algunos hombres iban á caballo, otros á pie; caminaban en dos grupos, con regularidad, al paso rítmico de los soldados.

En el espacio entre ambos grupos, triscaban y balaban unos treinta carneros, detrás de los cuales iba con mucha seriedad un gran buey. Y á ratos daba un trallazo al rebaño un campesino, que más bien tenía el aspecto de un vagabundo en manos de los gendarmes.

Ese convoy de requisa pasó ante nosotros y desapareció poco después por la subida al lazareto que acabábamos de abandonar.

Ibamos entonces á lo largo de un monte tallar circuído por un cinturón de seto. Ese bosque, bastante espeso, llegaba hasta la aldea y formaba parte de un dominio privado. Los setos, rotos en casi toda su longitud, parecían haber servido, ante todo, para ocultar tiradores: es verosímil que se dispararía contra la llanura que se extiende por delante.

Una granizada de balas había surcado los tallares. Los gruesos árboles, acribillados como los blancos para el tiro, dejaban ver en astillas la madera debajo de la corteza; y los pequeños, cortados por mitad, sembraban de ramaje el suelo.

Enfrente, subía el llano á través de los sembrados hasta el horizonte lívido. Unos diez hombres, entre los cuales había labriegos franceses y soldados alemanes, se movían alrededor de extensas fosas donde se acababa de enterrar á los muertos. Las pardas tierras estaban erizadas de caballos muertos, tendidos patas arriba, y á ratos llegaba hasta nosotros, con el viento, un olor nauseabundo.

Acercábase la noche; cual suele acontecer en tiempo de lluvia, conforme se obscurecía la llanura, claridades agudas, como filos de espadas, blanqueaban los nubarrones del cielo.

Armones en tres ruedas y cureñas de cañón rotas, proyectaban entre el crepúsculo los contornos de sus masas, desmedi-



damente agrandadas por la hora. Diríase que eran enormes paralíticos presentando sus muñones sobre camas de hospital. Y se acrecentaba el horror.

Una aventura jocosa se mezcló con esas contemplaciones tétricas. Nos probó que los aldeanos no andaban fuera de lo cierto, al advertirnos que nos pusiésemos en guardia contra los azares del camino.

Habiendo descubierto uno de nosotros á un conejo entre unas malezas, sacó el revólver y mató al animal.

Apenas sonó el disparo, media docena de alemanes salieron corriendo de una hondonada del camino y se nos echaron encima gritando y gesticulando.

Mientras hablamos en francés, empeñáronse en quitarnos el conejo, que nosotros defendíamos á más y mejor, y decían:

—¡Ya! ¡Ya! ¡Conejo para nosotros!

Uno de los nuestros, que chapurreaba el alemán, les explicó cómo teníamos más derecho que nadie al conejo, pues lo habíamos matado. Echáronse á reir y concluyeron por pedirnos tabaco. Sólo un mocetón, con aspecto de pinche, y que movía los ojos cual bolas de la lotería, balbuceaba haciéndosele la boca agua:

—¡Ya! ¡Ya! ¡Conejo asado! ¡Qué rico! ¡Con ciruelas!

Seguimos nuestra marcha, y ellos se pusieron á registrar los matorrales en busca de otro conejo.

Eran las cinco y media cuando llegamos á Bazeilles.

### XIII

Bazeilles estaba pavoroso á aquellas horas.

Una gran calle, que es el camino de Sedán, atraviesa la aldea y la divide en dos hasta la bifurcación de otra carretera que, por la izquierda, se prolonga cierto tiempo entre dos cercados de casas y luego va á través de los campos labrantíos.

Cuando llegamos á la entrada de Bazeilles, desplegábase



ante nosotros, en derechura, la calle mayor; y como las últimas casas del pueblo están más bajas que las primeras, á causa de la pendiente bastante rápida del camino, desde el punto donde estábamos veíamos todo Bazeilles.

Dos hileras de fachadas negras y desigualmente desportilladas por el fuego, formaban dentellones sobre el cielo gris; y enmedio, obstruída acá y allá por escombros, relucía la carretera lavada por la lluvia.

Las techumbres, como vértebras de esqueletos, perfilaban en negro sus rotas armaduras ó dejaban abiertas sobre el vacío sus lumbreras descaperuzadas. Lienzos de paredes, cubiertas de papel con flores, y surcadas por ese hollín que marca el sitio de las chimeneas, erguíanse, no se sabe cómo, entre confusiones en que se entreveían puertas, ventanas, astillas de entarimados y tramos con peldaños. Huecos de escaleras, derrumbadas por un lado, abrían, á nivel de rellanos hundidos, puertas que el viento zarandeaba. Veíanse gruesos maderos calcinados, que habían caído encima de bordes de pared y allí guardaban el equilibrio. Un paredón con una brecha enmedio, y cuya pintura imitaba escamas de pizarra, permitía ver por ese portillo, como por el óvalo de un marco, una serie de planos ruinosos. Y cuando un lienzo de pared impedía la vista, siempre había en él una grieta ó un hueco de ventana que dejaba mirar más lejos.

Parecíase la aldea á un gran armazón óseo del cual sólo cuelgan ya girones de tejidos, y las piedras que aún quedaban una sobre otra, eran como recortes de carnes. Aquello hacía recordar esos papeles quemados que se agitan algún tiempo en el fuego, agujereados y recortados por las puntas de las brasas, y que luego se esparcen formando una nubecilla de cenizas. Bazeilles tenía, en realidad, ese color de papel tostado, rojizo y negro.

Los restos de las fachadas estaban surcados por grandes tiras negras y humeaban como la piel de una bestia de carga. Por todas partes salían de entre los escombros pequeñas hu-



maredas pardas, que formaban espirales en el aire y á veces se aglomeraban al soplo de los vientos.

Yacían en el suelo las vigas en grandes montones negros, bajo los cuales oíase el ruido de hervidero propio del fuego que duerme. A fuerza de caer la lluvia había abrigado los maderos expuestos al humo, con una especie de barniz obscuramente reluciente, que les daba la apariencia del ébano. Y todo ello, vigas, entarimados, alfargías, cielos-rasos, artesonados, erizaba con una maleza que á ratos llameaba los montones de piedra y los cascotes hundidos.

Nos apeamos en Bazeilles.

#### XIV

No he visto nada más desconsolador que la ruina de todas aquellas casas, ayer prósperas aún y de pronto heridas de muerte á causa de la heroica rebelión de algunos hombres. Agregábase al horror del incendio la lástima por tantas existencias dispersadas ó aniquiladas, y en todas partes se veían los vestigios de la vida, que habían sobrevivido á la vida misma.

Una elegante habitación, cuya fachada con molduras de adorno se venía abajo, dejaba ver en la planta inferior tres aposentos en fila, sin muebles, con agujeros en los techos y desconchados en los pisos. Al final se abría en forma de invernadero un gabinete, del cual sólo había quedado en pie la cúpula de hierro. Un marco dorado, obscurecido por el humo, colgaba en la pared, y dentro del marco vimos el retrato semitostado de la señora de la casa. Mientras el sin fin de pequeñeces entre las cuales vive la mujer había volado hecho cenizas en derredor de ésta, su triunfante y dulce imagen subsistía como un recuerdo sobre una tumba.

Ante una casita de labriegos había rodado la silla de un niño pequeño; y junto á ella, colgando de un trozo de pared,



se tambaleaba una jaula donde el pájaro, tieso, formaba una manchita morena. Los pies tropezaban á cada momento con restos de muebles: como amigos supervivientes, recordaban los usos para los cuales los habían hecho servir los muertos. Pingos de ropas se arrastraban también por el suelo, y el viento los hacía rodar por la carretera entre un torbellino de polvo.

Siempre había algo derrumbándose en derredor nuestro; y no bien había cesado el ruido de la caída aquella, empezaba otro nuevo hundimiento. Ya era el portón de una casa cayéndose hacia el camino, ya un lienzo de pared desplomándose sobre sí mismo. Y cada vez subía al cielo una gran humareda salpicada por un hormiguelo de chispas rojas que salían crepitando de las maderas tostadas. Difundíase entonces en el aire con más fuerza el olor á quemado, y á ratos se sentía también otro olor indefinible y vago.

Dos posadas conservaban aún sus muestras, y el fuego no había borrado en todas partes de las paredes los nombres de los habitantes.

Carretas cargadas, unas con toneles y otras con leña, aguardaban delante de las puertas el momento de enganchar las caballerías.

Una bonita casa de contraventanas verdes, estaba precedida por un jardín, delicia de su dueño, puesto que en él se arrollaban las flores en canastillas. El incendio las había perdonado; pero no así á la casa, cuyo interior se había caído. El buen viejo que todas las mañanas bajaba en traje de casa á regar los arriates, no volverá á subir ya por la escalera, hecha cenizas.

Tubos de chimenea retorcidos, adustos, echados atrás, gesticulaban entre el humoso crepúsculo sobre bordes de techumbres jadeantes.

El conjunto de esas ruinas dentelleaba con recortes fantásticos y rayaba con erizamientos feroces el pálido cielo crepuscular. Algunas muestras redondas de cobre, mordidas por



el fuego, colgaban acá y allá de escarpías de hierro mohosas, y rechinaban al moverlas el viento. Un color pardo mate tiznaba de arriba á abajo, con largas tiras rectas los bordes de las paredes á flor del suelo de la calle. En la sombra, esos tiznajos morenos se convertían en rebanadas negras que salpicaban de tonos obscurísimos los escombros. Las alternativas de claroscuro hacían recordar un gran tablero de ajedrez desigualmente taraceado.

Por todos los ámbitos de la campiña tropezábamos con osamentas, y temblábamos con la idea de reconocer entre ellas rostros humanos. Mientras fuimos por medio del camino, sólo eran esqueletos de perros, cabras, cerdos, carneros, bueyes y caballos. Cuando quisimos penetrar á través de los escombros, quedamos yertos de horror.

No es verdad que todos los moradores hubiesen huído: los ancianos no corren tan deprisa como el incendio. Además, siempre queda gente en un pueblo incendiado: niños, enfermos, impedidos, mujeres y viejos; y de éstos hollamos las vértebras en Bazeilles.

## XV

Cerca de un cobertizo ruinoso encontramos un perro vagabundo, y al mismo tiempo advertimos (pero más intenso esta vez) el indecible olor que antes nos había ofendido el olfato. Con las orejas ya en alto, ya en bajo, y el rabo entre piernas, el animal huroneaba resoplando y escarbaba con las uñas en los escombros. Al pronto se nos ocurrió si habría allí alguna carnaza inmunda; pero, cuando le vimos atraer hacia sí á tirones un pedazo de tela, apoderóse de nosotros un estremecimiento de espanto, y echamos de allí al animal carnicero.

Es preciso haber visto después horrores análogos para no retroceder ante el relato de lo que vimos debajo del montón. Luego de quitar con pies y manos restos de muebles revueltos



confusamente y que aún ardían, subió desde debajo de nosotros una densa humareda nauseabunda que por poco no nos hace caer al suelo. Aparecióse á nuestras miradas una masa negra que había conservado la forma humana y de la cual arrancó el viento un puñado de ceniza. Aquel bulto obscuro indicaba el contorno de un hombre ó de una mujer: no hubiera podido decirse el sexo, pues el fuego había calcinado hasta las vestiduras. Explicábase ya el olor: era de carne quemada.

Uno de nosotros, que tocó la cabeza para levantarla, sintió en la mano la impresión de una piel tibia, y de pronto se hizo polvo la cabeza. El contacto de mi zapato bastó para quebrantar los lomos, y los vi abrirse como montón de hojas secas rechazadas por la escoba. Chispas rojas saltaban peterreando en aquel sitio, como las que arden en los sarmientos cuando se saca del horno el pan. Desde entonces estuvimos seguros de que el fuego seguía devorando por debajo aquel asado humano.

Examiné el girón que el perro había atraído hacia sí; era un poco de tela parda manchada de sangre, que nada revelaba. Una culata de fusil, que recogí á la altura de lo que fué los brazos del cadáver, me dijo más: era la culata larga y plana de una de esas escopetas de cañón largo que se encuentran colgadas en la chimenea de los campesinos. Y como viajeros que, al cruzar un bosque, hallan en la espesura un hombre sin vida y suponen el género de muerte que tuvo, á juzgar por los indicios que se notan en derredor, pensamos que ese hombre ó esa mujer, después de combatir heroicamente en defensa del pueblo, se arrastró hasta allí herido y no pudo huir del incendio.

Habíanse parado unos transeuntes á mirar, y uno de ellos nos dijo:

—Ese fué un valiente. ¡Ah, señores! Murió disparando. Todo el mundo le conocía y se le quería á causa de su buen carácter. Era Juan Pablo, el almadreñero de Balan. Y cuando venía á Bazeilles, nunca dejaba de detenerse en casa de un pariente suyo, en esa que está por tierra delante de ustedes.



¡Vaya, pobre Juan Pablo! La última vez que vino aquí fué para tirar contra esos..... cochinos, y le han matado ahora.

## XVI

—¡Y decir, señores, que no hace un mes era Bazeilles un bonito pueblo, al cual se venía los domingos á paseo desde Sedán! Nosotros los de Sedán conocíamos bien á Juan Pablo, y daba gusto verle hacer nueve en el juego de bolos del jardín de la tía Papín.

»Mire usted: allá abajo, en la plaza, los mozos del contorno jugaban á la tångana después de misa; y cuando hacía viento, los chiquillos de Bazeilles se congregaban para echar cometas delante de la iglesia.

»Llevábase buena vida y no había pobres en Bazeilles. Cuando alguien carecía de algo, siempre se encontraba algún vecino que dijese á los demás: «¡Ah! tendremos que estrecharnos un poco este invierno; nuestro vecino ha perdido sus cerdos y será menester ayudarle á comprar otros». Lo que es en Bazeilles, ¡ah! se daba bien la mano y la gente era honrada.

»Esta tienducha, donde ya no hay sino una pared con un pedazo de muestra, era la barbería del lugar. Y al lado, donde ven ustedes esa reja, estaba el carnicero. Y junto á la carnicería estaba el comerciante en maderas, hombre rico. Más allá la señorita Juanita, la chica más guapa del partido judicial. Y nosotros los viejos íbamos el domingo á sentarnos delante del mostrador donde trabajaba ella sentada en una gran silla de paja, y nos daba gozo el ver á los mozalbetes decirla chicoleos y desgastarse las mangas entre los dos jarrones azules, siempre llenos de flores, enmedio de los cuales se reía su carita de rosa.

»Esos granujas lo quemaron todo y metieron en las cuevas á los habitantes para hacerlos quemarse con las casas. Pero más de un prusiano está tendido ahí debajo con los otros, pues



las gentes de Bazeilles gritaban «¡mueran los prusianos!» y disparaban por los respiraderos de las cuevas.»

Así habló un hombrecillo, de cara placentera, que tenía en brazos un perro faldero y se había metido en nuestro grupo.

Acá y allá se deslizaban á través de las ruínas figuras humanas que parecían más bien sombras. Veíaselas inclinarse hacia los restos yacentes en el suelo y romoverlos como para buscar alguna cosa.

—Mire usted á esa mujer que coje un poco de leña y la sopla para que el fuego prenda. Ha encontrado en el campo algunas patatas y va á asarlas en el fuego de su propia casa. Sí, buenos señores, esas piedras y maderas que ven ustedes junto á ella, eso es su casa: allí murió su marido, hace un año; y ahora le sirve eso para asar sus patatas. ¡Oh, la conozco mucho!

Al decir esto, el hombrecillo nos enseñaba una mujer, vieja y flaca, que iba y venía, encueros, con una manta de lana por encima de la piel.

Y conforme anocheecía, subían por la carretera pobres familias compuestas de ancianos arrastrándose con bastones y mujeres llevando niños acuestas. Eran los habitantes de Bazeilles, que regresaban para buscar entre las ruínas del pueblo incendiado el sitio donde estuvo su casa. Al preguntarles, contestaban que habían estado dando vueltas por los bosques y por los caminos dos días, casi sin comer; y esperaban ahora hallar un lienzo de pared, con fuego debajo, para guarecerse y calentarse. La lluvia les había pegado la camisa al cuerpo; y les crugían las carnes sobre los huesos, de fiebre y de miseria.

—Teníamos casa,—exclamaban,—un techo, un hogar, caballerías; y ganábamos el pan trabajando. Ahora ya no tenemos nada, y nuestros hijos se mueren de hambre.

Mujeres, con aire extraviado, trataban de penetrar por debajo de los escombros y llamaban sollozando á sus maridos.



En vano se intentaba contenerlas, y gritaban con desesperación que les devolviesen su hombre. Y las demás decían con voz lúgubre:

—Esas sí que son felices; ¡lloran! Nosotras hace ya dos días que no podemos llorar, y sólo nos conviene que reventemos de una vez.

Toda esa pobre gente se tumbaba por el suelo en las brasas calientes, lo mejor que podía; ó se dejaban caer casi exánimes sobre el primer madero que encontraban, con actitudes de agonizantes. Las madres se quitaban de los hombros pedazos de ropa con que abrigan á sus hijuelos, y éstos lloraban de frío enseñando sus bracitos rojos. Los viejos se retorcián las manos y gemían muy alto, viendo que ya no quedaba nada del pueblo donde contaron morir entre sus hijos. Y decían:

—Pero, ¿qué hemos hecho, santo Dios, para ser castigados así? Hemos reunido céntimo á céntimo dinero para nuestros hijos, con el fin de que después de nosotros trabajen menos que sus padres. Y por la noche decíamos, sentados junto á la lumbre: «pronto tendremos que dejar la vida, pero la abandonaremos sin pena porque á cada uno le llega su vez en este pícaro mundo, y porque nuestros hijos vivirán mejor que nosotros con lo que les daremos en herencia. Y ahora se desvanece como un sueño nuestra esperanza, y somos malditos en nuestros hijos y en nosotros mismos».

Estos lamentos de las pobres gentes resonaban entre el silencio de las ruínas, como los del viento á través de los cementerios.

Cuando llegábamos al extremo de Bazeilles, un hombre joven aún y bañada en sudor la frente, derribaba á azadonazos ángulos de paredes hundidas. Luego elegía en el montón los ladrillos que aún estaban buenos y los apartaba, poniéndolos junto á un montoncillo de viguetas y bardas también escogidas por él. Y nos dijo:

—Tuve dos caballerías que trabajaban en el campo, y esto que ven ustedes era mío. Voy á tratar de reconstruir yo mis-



---

mo mi casa, y aparto lo que pueda servirme para reedificarla.

Admiré á aquel hombre que no desesperaba cuando el destino había destrozado todo en torno suyo, y que empezaba otra vez á vivir en medio de la muerte misma.

CAMILO LEMONNIER.

*(Continuará).*



# ESCRITORES FRANCESES CONTEMPORANEOS



---

EDUARDO ROD

---

## EL NOVELISTA

Quien haya leído lo que aquí mismo dije de Eduardo Rod (1), barruntará que las novelas de este escritor no son lo que suele entenderse por libros de entretenimiento, para pasar el rato y engañar las penas. Sin que Rod cultive el género cruel, y menos el género brutal y tabernario; sin que nos ponga ni por casualidad en relación con gentes de baja ralea, con la plebe moral, sino con personas intelectual y socialmente finas, con almas escogidas y aristocráticas, sus obras ¿de *imaginación*? sugieren la desconsoladora idea de que la vida es un mal negocio y el mundo una especie de pesadilla. He subrayado la palabra *imaginación*, porque no afirmaría que Rod tenga de ella un adarme, al menos en la acepción de *fantasía dorada*. Lo que distingue á Rod no es la inventiva ni la plástica, sino el sentimiento intenso y la sugestión de la melancolía; los sentidos, las imágenes, el juego de las formas

---

(1) Véase el número de Diciembre de LA ESPAÑA MODERNA.



sensibles, son cosas que desconoce; el ingenio ó *esprit* francés no chispea en sus escritos; la observación es justa, sóbria y al par dolorosa, y el conjunto de la labor recuerda el género de hermosura peculiar del paisaje suizo, austero, frígido, con impensados efectos de luz del sol y la luna sobre las agujas de hielo, con sordos estremecimientos volcánicos allá en el subsuelo, bajo las densas capas de nieve.

El estudio de las novelas de Rod me ha demostrado una vez más que los neoidealistas actuales no son sino rezagados del romanticismo, el cual se ha transformado, pero no ha muerto, y después del período naturalista retoña en las escuelas modernísimas, dando nombres nuevos á sus añejos achaques. Si después del cristianismo el mundo tenía que ser romántico, la literatura no ha podido sustraerse á esta ley, y el romanticismo, perecedero en algún aspecto, sigue siendo en otros, y esencialísimos, á manera de fondo eterno del arte en general, y sobre todo del arte literario. Obra romántica en cierto sentido es la celebrada de Rod *Correr á la muerte*. Para justificar el aserto, necesito hacer una distinción, que no me satisface á mí misma, pero me ayuda á explicarme: necesito dividir el romanticismo en *excitante* y *paralizador*. El romanticismo excitante implica plétora de sentimiento, embriaguez de vida, y hace la apoteosis del amor; el paralizador, al contrario, lleva consigo la atracción de la muerte y se resuelve en el pesimismo y el nihilismo contemporáneos. A esta última clase de románticos, que son los de nuevo cuño, pertenece Rod, y *Correr á la muerte* es el diario de un caso de la epidemia nihilista, la parálisis del corazón. *Correr á la muerte*, que tiene forma autobiográfica como tantas joyas del romanticismo, como *La confesión de un hijo del siglo*, como *Adolfo*, es más triste que ninguna de ellas; aunque parezca increíble, las supera en amargura.

«Los sucesos de mi vida», dice el héroe de *Correr á la muerte*, «se transforman inmediatamente en sensaciones, y un análisis inconsciente é inmediato se apresura á descomponer-



las.» La enfermedad del desdichado podría llamarse el *mal del diablo*, diagnosticado por Santa Teresa: imposibilidad de amar. ¡Sufrimiento infernal de veras! El héroe conoce á una interesante señorita, Cecilia, de quien desea enamorarse, y para conseguirlo hace esfuerzos increíbles, pero vanos; se aplica á sí mismo toda especie de electricidad moral, y es inútil; su médula está atrofiada; no hay reacción; no hay chispazos de energía y de vitalidad en los centros nerviosos; es un cadáver que, por horrible castigo, *se ve* tendido en la sepultura. El héroe de Rod envidia á los desesperados del romanticismo, á quienes devoraba una pasión fatal, los René, los Antony, los Werther; es más: envidia á los hombres gastados, á quienes roe el hastío. «¡Felices ellos!» exclama. «Si el tedio les consume, al menos un día poseyeron aquello que desestiman ahora; gozaron los bienes que su cansancio desdeña. Más compasión merezco yo, ahito y fatigado de lo que jamás conocí, persuadido de que el tédio yace en el fondo y raíz de todas las cosas, lo mismo de los placeres fáciles que de las alegrías soñadas. Apenas voy á *entregarme*, la espantosa imagen de ese tedio me detiene, y tedio y deseo se amalgaman y confunden, hasta que el primero triunfa y queda único dueño de mí.....»

Basta este pasaje para caracterizar las diferencias entre el romanticismo que excita y el que paraliza. Werther deseaba algo: el héroe de Rod ha llegado á no desear, ó, mejor dicho, á desear sólo no desear. Sentimientos análogos, en forma muy vibrante, manifestó nuestro Espronceda cantando á *Jarifa*:

. . . . .  
 ¿Por qué, si yazgo en indolente calma,  
 siento, en lugar de paz, árido hastío?  
 . . . . .

Sólo que el gran poeta no vió morir por completo sus energías, puesto que siguió, desvanecida la ilusión, sintiendo todavía el estímulo del deseo «eterno é implacable», mientras Rod, ni



experimenta deseos ni acaricia ilusiones: triste caso de adinamia, al cual los fisiólogos darían quizás otro nombre.

Cecilia, la mujer á quien el héroe desearía amar, se le asemeja: enfermiza y retraída, enigmática y triste. «En ella se condensan—dice Rod—las dudas torturadoras, los ideales cojos, las indecisas aspiraciones, las desilusiones refinadas y desesperanzadas, todas las ulceraciones parásitas que torturan y exornan á la vez el alma actual, y le comunican una belleza de moribunda, prestándole las resonancias de la cuerda que un soplo agita sin cesar, cuerda dolorosa hasta lo inefable.»—Ya se colige cuál puede ser el idilio entre estos dos enfermos. El se contentaría, no con ser amado, sino con poder amar; á ella le basta con transmitirle á él su nostalgia y su incurable pena, por medio de las sonatas de Beethoven que en el piano ejecuta. No atrae Cecilia al héroe por ningún motivo de los que generalmente hacen atractiva á la mujer para el hombre; lo único que despierta en él es curiosidad intelectual: el afán de saber «lo que hay detrás del misterio de su sonrisa». «Mi temor es que apenas la comprenda, la desamaré», piensa el sutil atormentador de sí mismo. «Estoy seguro de que detesta la vida; ese es el secreto que duerme en sus ojos.» Naturalmente, á hombre semejante ha de ocurrírsele la idea del suicidio; pero hasta para tan fúnebre aspiración se siente enervado: *querer no ser* es un rasgo de vigor, y ese vigor le falta. Abrevio el análisis de *Correr á la muerte*, porque es una obra penetrante y aguda hasta lo increíble, y sería preciso citar páginas enteras para demostrar lo delicado del estudio, la precisión con que desarrolla y descompone la vida interior de un hombre que «aspira al sufrimiento como otros aspiran á la dicha». El mísero, después de algunas tentativas frustradas de celos y de ternura, al fin renuncia, desalentado como el ave que quiso volar alto y sólo consiguió caer rendida al suelo; y únicamente cuando Cecilia sucumbe á la tisis que la minaba, adquiere el convencimiento de que estaba realmente enamorado de aquella mujer, y contrae una especie de extraña pasión por la muerte. «La tierra



me llama,» dice al final del libro, «y más vale pedirle una parte de su inconsciencia, que seguir contemplando su inútil florecimiento.»

Bien se ve que si la novela moderna no disfrutase de tanta libertad y amplitud que caben en ella las más variadas formas y estilos, y, por derecho propio, la anatomía de la intimidad psicológica en toda su complejidad y riqueza inagotable, no deberíamos llamar novela á *Correr á la muerte*. Allí no pasa nada; ni aun hay drama del corazón; sencillamente *un caso* (y vuelvo sin querer á los términos propios de la ciencia médica). Si hubiese de precisar escuetamente la impresión que me produce este libro de Rod, diré que al leerlo creo estar hojeando el diario de un enfermo del estómago..... muy inteligente. Sólo una afección crónica de órgano tan importante, un desorden de esos que atacan la fuerza vital en sus mismos centros, puede generar las ideas y determinar el estado psíquico en que se encuentra el héroe de *Correr á la muerte*. Digiriendo bien (perdónese el prosaísmo) no cabe pensar ni sentir así. Hay una fuente de alegría y de serenidad en las funciones que normalmente se cumplen, y acaso el romanticismo depresivo y paralizador no es sino carencia de alguno de esos jugos maravillosos que allá en lo recóndito de nuestro cuerpo realizan la operación de asimilar los alimentos y reparar las constantes pérdidas de la máquina animal. Así como muchos explican por el largo ayuno las visiones de los ascetas, yo explico por la debilidad de estómago ese flato moral de las generaciones contemporáneas, ese hastío *anterior á la letra*, que precede al goce y á la ilusión misma. Cuando el estómago funciona como Dios manda, la vida se aparece tal cual es: con sus males y sus bienes, sus horas ya blancas, ya grises, ya negras, sus espinas y sus flores, las flores de cada estación..... Aunque Rod ni una sola vez mienta el estómago, aunque todo lo refiere al alma, no puedo menos de creer que hay mucho de gastralgia y dispepsia en el caso de *Correr á la muerte*. En la novela encuentro pasajes que confirman mi



suposición: el sufrimiento sin nombre que por las noches impide al héroe conciliar el sueño; la barra de hierro que le cruza el cuerpo; la atonía al lado de una mujer casi amada; la plétora dolorosa del cerebro atestado de lecturas.... síntomas evidentes de la enfermedad. Los que padecen del estómago duermen mal, sienten peso intolerable, no pueden leer ni estudiar, su cerebro se cansa, y la atracción de la mujer disminuye ó se anula para ellos.—Temo que Rod, al leer este párrafo, me considere muy ruda y material, pero arrostro el peligro: tan convencida estoy de que su héroe podría aliviarse por medio de unas gotas de nuez vómica ó una infusión de cuasia amarga.

*El sentido de la vida* es la otra faz de *Correr á la muerte*. En *Correr á la muerte* son las fibras del sentimiento individual las que no responden: en *El sentido de la vida* son las del colectivo: el héroe, no encontrando dentro de sí razón suficiente para vivir, la busca fuera de sí, en los demás. Este libro, del cual hizo Lemaître una crítica tan chispeante y donosa, responde al anhelo del héroe de libertarse de sí propio, huyendo del *yo* ergotista, despótico, escéptico, é indagando las razones que pueden determinarnos á la aceptación de la vida. Desde el primer momento se adivina que tampoco es empresa fácil. El héroe empieza por calificar de *absurdos* los derechos y los deberes, y de lícito el abandono de la vida siempre que place dejarla.—Buen principio de semana cuando ahorcan el lunes.

—A pesar de tan desconsolador convencimiento, trata el héroe de apegarse á la vida, justificando el apego y fundándolo en móviles poderosos. Las condiciones en que se halla son muy propicias y favorables para el ensayo. En un recién casado por inclinación, con hacienda, juventud y salud, no se concibe la hipocondría. «Existo, amo, tengo horas de contento..... ¿Por qué? ¿Cómo? No puedo resignarme á que queden sin respuesta mis interrogaciones; no sé respirar sin darme cuenta del móvil de mis actos; no soy un maniquí movido por cordelitos.»



Singular género de preocupación, que sólo existe para los espíritus superiores y es asaz indiferente á la inmensa mayoría de los hijos de Adán. Cuando menos, puede afirmarse que si muchos se proponen confusamente tales enigmas, poquísimos aciertan á plantearlos con la claridad y el enlace que distinguen á Rod. He dicho que Rod es más pensador que artista, y sin embargo, las cualidades del escritor, la vibración del estilo, su armonía y fuerza sugestiva, prestan realce al pensamiento en *El sentido de la vida*, como en *Correr á la muerte*.

A fin de escudriñar «el sentido de la vida», el héroe va probando sucesivamente las efusiones del matrimonio, las dichas de la paternidad, el altruismo ó «religión del sufrimiento humano», la caridad, el interés por los problemas sociales. Puede decirse que adopta todos los medios de que dispone el *yo* para salir de sí, ó, como dice bellamente el Evangelio, para negarse á sí propio, y que no pierde coyuntura de afirmar los derechos del *no yo* y la fraternidad humana. ¡Y es en balde! Fáltale la chispa que enciende, el omnipotente amor, que es más fuerte que la muerte y anula su victoria.—El cariño conyugal no satisface á ese *yo* funesto, que se goza en desgarrarse á sí propio por un juego cruel; á ese *yo* que de antemano bastardea la dicha y la desflora con frío examen. La paternidad, aunque trae consigo los sentimientos que le son inherentes, tampoco llena, tampoco da objeto y finalidad al vivir del héroe. Los dogmas humanitarios no logran subyugar su conciencia. La *humanidad* se le aparece bajo forma de *muchedumbre*, en la cual, por ineludible ley, domina lo feo, lo vil, lo bajo, los sentimientos innobles, las malas pasiones, los apetitos desenfrenados; asiste á un *meeting* socialista, y lo que le salta á los ojos es el énfasis embustero de los discursos, la ridiculez del orador que habla de «la santidad de las manos callosas» equivalentes á nuestra «digna blusa» de por acá; lo que nota es la inquina feroz con que acusan de traidor á la causa á un desdichado cuya inocencia es patente. Sale de la sesión des-



corazonado, convencido de que siempre el odio impedirá el advenimiento de la justicia, el egoísmo el de la igualdad, y las escorias de la concupiscencia mancharán el ideal más puro; y él, que entró guiado allí por un impulso sincero y leal de bondad y de desinterés, jamás logrará vencer la desconfianza que infunde su cáscara, su ropa. «¿Quién soy yo? El burgués, el enemigo; he visto caer sobre mí miradas de odio, y un obrero que me rozó al pasar, se limpió el codo inmediatamente.....» El remedio verdadero á los males de la humanidad sería el amor; pero ¿dónde está? ¿Cómo se crea, cómo se nutre? El héroe lo reconoce: para ser apóstol hay que nacer; es una gracia, un don que no puede adquirirse por gimnasia y disciplina, ni menos por raciocinio. La emoción fraternal causada por la lectura de algunas novelas rusas se desvanece, y la convicción de que sólo es grande el individuo, jamás la multitud, echa por tierra la utopia altruista. «Poco tardé en recontar los insuperables obstáculos que surgen ante el que persigue el bien de su especie, y cuán fatalmente se quiebra la buena voluntad contra el escepticismo ajeno..... y el propio. No, no me es dado sentir como quisiera. Estudio, por ejemplo, hasta dónde llega mi fuerza compasiva, mi facultad de sufrir con los que sufren, y noto que el aullido de un perro cuando una rueda le estruja una pata, me conmueve lo mismo que el grito de un albañil al desplomarse de un andamio.... En suma, *los otros* son extraños para mí; no puedo vibrar de lástima desinteresada y profunda....., y sólo tengo la falsa compasión del Fari-seo que pasa ante la desgracia y la necesidad cerrando los ojos.....»

Hay que leer estas páginas y toda la novela, para admirar el arte magistral con que se analizan, no ya los sentimientos de un individuo, sino los de una generación. Cierta humorístico *causeur* dijo una vez, al oír discutir el socialismo: «El socialismo es una cosa muy mala, pero que no puede hacernos mucho daño, porque no somos muy buenos». Esta frase resume el libro de Rod. No se desborda el fervor altruista en los



corazones secos y agostados, y la llamada «religión del sufrimiento humano» no puede imponerse sino al pie de la cruz donde muere un Dios. Sí: toda la sangre divina era necesaria para reconciliar al género humano consigo mismo; pero prescindiendo de esa efusión magnífica que estremeció de alegría á cielos y tierra, no hay sino egoismo y odio, el odio que observaba Rod en el *meeting* donde un obrero se limpió el codo por haber rozado la levita de un burgués. No cabe infundir amor invocando solamente los derechos de la humanidad: no es fácil ni lógico ser, como Tolstoy, místico de tejas abajo y ateo de tejas arriba. Rod reconoce esta imposibilidad, y su héroe, por fin, trata de hallar *el sentido de la vida*, la clave de nuestro existir, siguiendo las huellas de los pobres de espíritu; penetrando en una iglesia, y rompiendo á pronunciar las palabras del Padre Nuestro...—pero con los labios; únicamente con los labios.—El corazón del héroe resiste, empedernido y helado, y el libro termina sin que tengamos el consuelo de verle tocado por la gracia, esa fuerza misteriosa que inmuta el alma, y que á veces tan cerca anda de los que entre lágrimas la buscan.

De lo que acabo de decir resultará para el lector una impresión extraña: no podrá menos de preguntarse si hablamos de una novela, ó de un libro de filosofía social y religiosa. Ya lo he advertido: estas dos obras de Rod no son lo que suele entenderse por novelas: nada sucede en ellas; no hay enredo, no hay drama externo, no hay elementos pintorescos; no hay ni siquiera novedad en el insignificante asunto; el conflicto de *El sentido de la vida* es el mismo de *Rolla*, sólo que Rolla, á fuer de romántico incorregible, acaba por el suicidio en medio del libertinaje, y el héroe de Rod, que lleva la fecha del renacimiento místico, va á parar en el templo.—Deban ó no clasificarse como novelas, estas dos obras de Rod son dos joyas de análisis fino y de lucidez amarga. Conozco una cosa que puede ser para el artista más terrible que la bajada al infierno dantesco, y es la bajada á los círculos de su propio corazón. Sumergirse en los mares interiores; descender, como el buzo, á las profun-



didades insondables, y comprobar á cada instante el vacío del abismo, lo fugaz del ensueño, la eterna decepción humana, no es cosa que reanime ni que conforte. En esta labor cruel del *intuitivismo* aguza Rod la sensibilidad ajena á compás de la propia, por lo cual, desde cierto punto de vista, no conozco libros más enfermizos que los de moralista tan severo, ni lectura que más derechamente pueda conducir á la sima del nihilismo absoluto. A quien tanto mira, más le valdría cegar.

Entre las penosas disquisiciones del psicólogo, como flores de ninfea sobre la haz del pantano, resaltan á veces las dotes peculiares y nativas del escritor: una descripción graciosa, una página vigorosa y de bella factura; por ejemplo, el trozo musical de *Correr á la muerte*, el cuadrito de la niña tirándole de la cola al gato, en *El sentido de la vida*. En la serie de las novelas de Rod, veremos afirmarse las condiciones del novelista, equilibrarse el elemento psicológico y el interés dramático. Por este concepto, las mejores obras de Rod son *La sacrificada*, las dos *Vidas de Miguel Teissier*, *El último refugio*, *Las rocas blancas* y el *Silencio*, que ya conocen los lectores de LA ESPAÑA MODERNA.

Desde la revolución romántica ha sido frecuente buscar la fórmula de la vida,—no en el deber, ni en el derecho, ni en el patriotismo, ni en el bien, ni en el trabajo, ni en la fe, ni en el arte, ni en ninguno de los grandes ideales colectivos hoy tan quebrantados por desgracia—sino en el lirismo de la pasión, en una especie de trascendentalismo amoroso. Próximo el mundo á desvanecerse como se desvanecen las creaciones de la fantasía, se ha pretendido reconstruirlo por la energía del sentimiento sexual. Este nuevo problema se presenta á Rod, y le sugiere las interrogaciones que necesariamente lleva consigo. ¿Puede la pasión suplir á todo y compensarlo todo? ¿Basta la pasión para llenar la existencia? Si la pasión aparece en pugna con los deberes morales y con el criterio social, ¿á quién corresponde de derecho la victoria? ¿Es la pasión una fuerza su-



perior á las demás que actúan sobre nuestro espíritu, y se da en ella la conjunción suprema de la naturaleza y el ideal, conjunción que encierra el sentido de la vida?

Al plantearse á sí mismo estas cuestiones, al estudiarlas, Rod se contradice: mientras *La Sacrificada*, las dos *Vidas de Miguel Teissier*, *El último refugio* y el *Silencio* demuestran que la pasión, sola y aislada, en lucha con el deber, no es bastante para llenar la existencia, ni aun para hacerla tolerable, *Las rocas blancas* dicen lo contrario y son un himno á la última religión lírica, á la pasión como fin de toda actividad psíquica y clave del mundo.

En *La Sacrificada*, la tesis está presentada con arte sumo. El protagonista, Pedro Morgex, médico, tiene un amigo de colegio, el abogado Audouin. Son los dos de opuestísima condición. Mientras Morgex, descendiente de una familia puritana, de camisardos, lleva en la masa de la sangre la austeridad y el escrúpulo, Audouin es un vividor, atento sólo á gozar, aunque gaste y consuma pronto su capital de salud, y tan enemigo del sufrimiento, que ha arrancado á Morgex la promesa de que, en caso de enfermedad dolorosa é incurable, le administrará cualquier droga mortífera. Audouin contrae matrimonio con una señorita fina, buena, delicada, de elevado espíritu; Morgex la mira con simpatía desde el primer instante; la simpatía se transforma en amor puro y tenacísimo cuando ve que Audouin la engaña y abandona con grosera brutalidad y se entrega á vicios y desórdenes; y al caer el marido bajo el golpe de la hemiplegia, al ver que sin embargo no muere, que la enfermedad se prolonga, que su amada Clotilde se estenua y consume en la fatigosa asistencia, al oír las súplicas del enfermo que pide á toda costa un poco de bienestar ó de alivio, Morgex cede á la tentación de administrar á su antiguo amigo fuertes dosis de morfina, y, por último, en un momento de locura, la dosis mortal. Apenas cometido el crimen, la conciencia alza su voz. Ningún remordimiento sentiría Morgex, á no ser porque la muerte de Audouin le hace dueño de Clotilde.



Creería hasta humanitario haber abreviado los padecimientos de un agonizante; pero siente que en abreviarlos tenía interés personal; siente que no procedió por humanidad, sino por egoísmo, y apenas logra su felicidad casándose con Clotilde y encontrando en ella la realización de todos sus sueños y la más completa armonía con su temperamento y carácter, el remordimiento se concreta y le ataraza y devora el espíritu; el drama interior se precipita, y el culpable advierte la necesidad profundamente humana, prevista por la Iglesia, de la confesión. Acude primero á un amigo—que representa la sociedad—y el amigo responde que en casos tales no hay más juez que Dios, y á Él compete el fallo: apela entonces Morgex á un sacerdote, y éste habla así: «Aunque no tenga usted fe, la moral eterna existe para los impíos lo mismo que para los creyentes, y las condiciones del perdón son para todos las mismas. Yo no puedo decirle á usted sino una cosa: hay que expiar.» Al preguntar Morgex en qué puede consistir la expiación, el sacerdote le señala como única posible y adecuada renunciar al fruto del crimen, apartarse de Clotilde para siempre.—No he consultado este caso con ningún teólogo, pero así á primera vista dudo que un sacerdote católico prescribiese tal género de expiación á un culpable. La Iglesia es poco inclinada á desbaratar matrimonios, y en general propende á apretar el lazo, no disolviéndolo sino en ocasiones tan contadas y excepcionales, que positivamente confirman la regla. Sea como quiera, á Morgex se le impone la necesidad del castigo, y resuélvese á perder el bien que codició y por el cual se dejó arrastrar al pecado. Las palabras del sacerdote se le graban en la mente, y más enamorado que nunca de Clotilde, sepárase de ella para no volver á verla jamás, «sintiendo confusamente que cumple un mandato superior y justo, ineludible, y descubriendo la ley cristiana de que en renunciar á sí mismo se encuentran mayores bienes que en desarrollar la energía y el espíritu de conquista y lucha. Hay un decreto de lo alto que nos manda desempeñar el alma á fin de tenerla



pronta á recibir la gracia ó la muerte, á entrar libre y pura en la nada ó en la eternidad.»

*El último refugio* extrema más todavía las consecuencias de la afirmación de que no cabe dicha si no está plenamente satisfecha la conciencia, y no sólo la conciencia individual, sino la colectiva y social. Dos amantes, Marcial y Genoveva, han roto todos los lazos, han saltado por cima de todos los obstáculos y han huído juntos, refugiándose lejos del mundo, en el delicioso rincón de Porto Venere, donde nadie les importuna; pero, aunque libres y tranquilos, aunque no pesa sobre su alma, como pesaba sobre la de Morgex, el recuerdo de haber envenenado á un esposo, no logran ser felices. «Evadidos del mundo, según quisieron, lo sentían aún oprimiéndoles el corazón; victoriosos, la pasión no les emancipaba. En vano —pensaba Marcial— la sabiduría de los siglos ha alzado contra el amor poderosos diques; en vano las leyes lo han encerrado en macizas fortalezas. Destructor y vencedor, libre como la tempestad que sopla donde quiere, no reconoce límites ni orillas. Pero después del triunfo, desmaya y cede; no da la libertad á los que se la pedían; sobre el prisionero fugado se proyecta aún la sombra de la prisión, y el fantasma de la dicha, apenas entrevisto, se desvanece.» Y, poco á poco, entre las momentáneas venturas amorosas, surge y toma cuerpo la idea, ya antigua en Marcial, de la muerte, único desenlace posible en situaciones como la suya. No es posible librarse de la vida por la ilusión y el sueño: sólo la muerte previene el desencanto, suprime las decepciones y termina dignamente, á modo de sublime estrofa, un poema amoroso. Marcial oye en espíritu el dúo fascinador de Tristán é Iseo: «Unidos para siempre.»—«¿Sin fin?»—«Sin despertar.»—«¿Sin miedo?»—«Sin nombre, confundidos en el seno del amor.» Y los amantes se encierran para morir juntos.

Las dos *Vidas de Miguel Teissier*, por otro camino, conducen al mismo fin: á probar que, cuando la pasión estalla y lo arrasa todo, no tiene terminación decorosa y estética sino



la muerte. Miguel Teissier, político de talla, elevado á un alto puesto, famoso, popular, á impulsos del amor arroja por la ventana nombre, posición, reputación, doctrinas, principios, compromisos de partido, amigos, admiradores; retuerce su propio corazón, abandonando á su buena esposa y á sus inocentes hijas; solicita el divorcio, y, ya obtenido, se casa con su predilecta y en compañía de ella se aleja de Francia, expatriándose voluntariamente y renunciando á cuanto fué objeto y realce de su vida, actividad de su ser. Pero no basta este sacrificio: hubiese sido indispensable el de la vida, si se había de evitar el hastío y el torcedor que al fin reemplazan, tarde ó temprano, á la pasión satisfecha y triunfadora. Miguel Teissier echa de menos la órbita política en que giraba, el ruido y las aclamaciones que coronaban sus arranques oratorios, la simpatía y el respeto con que era saludado su nombre; ocioso, olvidado, el hombre de acción que se sacrificó al hombre sentimental sufre y se consume, ocultando su tenaz melancolía, hasta que, á la primera ocasión favorable, sacude el yugo, vuelve á su centro, se lanza otra vez á la batalla,—pero rebajado ya por el cambio de opiniones y de programa social que le imponen las consecuencias de paso tan decisivo como un divorcio.—Y disminuído, degradado, insensible al ajeno dolor, pasando por encima del cadáver de una de sus hijas, destrozando el alma de Blanca, que comprende que la pasión se ha extinguido, Miguel Teissier recae en la vida activa, enlaza su primera etapa con la última, y deja al amor, á quien tantas víctimas sacrificó, relegado al papel episódico que sólo evita la «unión sin despertar» de los amantes wagnerianos.

Muchos libros se han escrito contra el divorcio en Francia, pero no conozco ninguno tan persuasivo, tan hondo, como las *Vidas de Miguel Teissier*. Rod sabe presentar estos conflictos de modo más directo y menos artificioso que otros novelistas, los cuales, acaso por exceso de habilidad y deseo de interesar al lector, conceden más al elemento literario, á la fábula y á la factura, y menos á la íntima emoción del moralista. En este



particular no me es posible comparar á Rod con ningún escritor francés contemporáneo, sino con uno inglés, Jorge Elliot, la eminente y severa autora de *Adam Bede*.

¿Por qué inconsecuencia se hace Rod, en *Las Rocas blancas*, abogado del amor sin restricciones, entonando la canción romántica, el himno á la pasión, señora del mundo? Antes había dicho, por boca de Morgex, de Marcial Duguay, de Miguel Teissier: «Mejor es seguir el camino derecho; parece árido, pero al final los bienes y goces no son menores, y los corona el sumo bien de la conciencia pura». La moraleja de las *Rocas blancas* es la contraria: si los dos enamorados no hubiesen renunciado á verse, á hablarse, á vivir; si no hubiesen cumplido su deber evitando el mal, si hubiesen cedido sin reparo á su culpable afición, ¿qué sucedería? Sentenciados á eterna reprobación, girarían en el torbellino que arrastra á la maldita pareja de Rimini; pero no serían de roca, «no se hubiesen convertido en piedras», repite irónicamente el novelista. En vano Trembloz, el enamorado que se sacrifica, trata de consolarse pensando: «Hice bien, debo estar contento»....., en vano busca la alegría interior de la victoria moral; la victoria, para él, es un dolor nuevo añadido á los anteriores; cansado y exhausto, se siente más débil que antes del triunfo. «Con el tiempo Dios me enviará la paz» murmuran sus labios, mientras allá dentro una voz repite: «Si hubieses cedido al amor, no te convertirías en piedra!»

Esta contradicción es única en Rod. Sus demás libros—incluso el último, *Allá arriba*—aspiran todos á demostrar que el amor culpable, al satisfacerse, es sólo vanidad de vanidades y aficción de espíritu. Son las novelas de Rod, como ha dicho muy bien Doumic, «libros de pasión»; y tan de pasión, que causan vértigo, por la contenida intensidad del sentimiento; pero en sus efectos, altamente moralizadoras, si puede ser moralizadora una obra «de amena literatura». La pluma de Rod es casta, y aun cuando retrata la pasión culpable con suma energía, con calor y expresión honda, no es fácil sorprender



en las páginas más ardientes un detalle escabroso, una frase libre, una crudeza ó una inconveniencia de mal gusto. En este punto considero un modelo á Rod, y califico de arte consumado el que tanto sugiere y tan poco dice.

Las dos primorosas novelitas comprendidas bajo el título general de *El silencio*, me parecen de lo más perfecto que este escritor ha producido. Una de ellas, la que lleva por subtítulo «Hasta el extremo de la culpa», envuelve una lección de terrible ejemplaridad, que podríamos llamar clínica. No quiero referirla aquí, ni aun sucintamente. Es tan breve, tan patética, que vale más saborearla y sentirla. Tampoco sería fácil dar cuenta en pocos renglones de la otra historieta, *Kermoyan*. La maestría, la sobriedad, la *sugestión* de tal relato no se pueden apreciar sino directamente. Lo que más me ha sorprendido en estas novelas y en otras de Rod es que no parezca jamás verboso ni difuso un escritor que apenas pinta, que apenas narra, y que desentraña continuamente y sin apresurarse sentimientos y estados psíquicos.

En cuanto á *Allá arriba*, el libro más reciente de Rod,—que ofrece curiosa coincidencia con las tesis de *Peñas arriba*, de Pereda, y *La tierra baja*, de Guimerá,—he de declarar que lo encuentro muy inferior á sus hermanos. Abunda en él la descripción, domina el color local, y hay ¿por qué no decirlo? como un retroceso inexplicable á los procedimientos de la escuela naturalista, para los cuales Rod no ha nacido. Es lo que Rod ha escrito más *fuera de sí*, más atento á lo exterior, á lo perceptible por los sentidos; y creo que debe volverse á su *caverna*, encerrarse otra vez en el *yo* egoísta y tiránico, no abandonar el método intuitivista, no emprender lo que repugna á su genialidad. Lo que le pasa á Rod allá dentro nos importa bastante más que las rivalidades de los hosteleros en las montañas de Suiza y las ascensiones á picos y á ventisqueros de la montaña. Eso toca á los que saben ver con los ojos, y sobre todo con los ojos; á los que son pintores y escultores, no pensadores ni psicólogos. Si Rod entendiese el castellano,



y pudiese recorrer ciertas salientes páginas de *Peñas arriba*, comprendería la lealtad de la advertencia.

Resumiendo mi juicio sobre Rod, he de decir que, si por las dotes del escritor y del artista, por la forma rica, por la observación objetiva, serena y desinteresada, no puede competir con otros escritores franceses,—el inmortal Alfonso Daudet, y en ocasiones el mismo Bourget, con quien tiene afinidad en sentimiento personal, en sugestión apasionada, en introspección, debo colocarle, no al mismo nivel, sino más alto aún, más cerca de esas esferas en que la inteligencia contempla lo que la belleza literaria no siempre sugiere. Si las obras de Rod son sanas y provechosas, si en cuanto medicina del alma dañan ó curan, es cosa que no acierto á definir. Depresivas, descorazonadas, nihilistas de una parte; de otra, severas, honestas, y elevadas hasta el puritanismo; de atmósfera tan clara y limpia como la de las montañas cubiertas de nieve, y al mismo tiempo delicuescentes y pasionales; impregnadas de esos sentimientos que dignifican al que los experimenta y le colocan en las alturas del arte y de la ejemplaridad sentimental, y juntamente excépticas y tristes..... estas novelas podrían ser triaca ó ser ponzoña, si ponzoña ó triaca muy activas fuesen los libros—de lo cual no estoy segura tampoco.—Las novelas, caso de surtir efectos perniciosos, los surtirán en la gente indocta; y esta gente no ha de recrearse mucho leyendo á Rod, que escribe para personas refinadas y cultas. Lo que sí puede afirmarse, es que no recae en Rod la censura fulminada por Tolstoy contra tres de los grandes escritores franceses del presente siglo: Zola, Dumas hijo y Guido de Maupassant,—á quienes acusa el novelista ruso de haber convertido en único fin de la vida y en única aspiración humana: el erotismo. En Rod no cabe duda, late otro ideal, que relega á la pasión á puesto muy secundario, exaltando el deber, el sacrificio de los apetitos, la superioridad del goce moral, que ni se gasta ni se acaba; y si investigásemos cómo, por tales medios y con tales condiciones, Rod produce obras asaz



---

perturbadoras, lo explicaríamos con palabras del vizconde de Bonald, que encierran una sentencia estética profunda: «La felicidad es vulgar y casera; con la felicidad se escriben canciones, madrigales y epitalamios. No hay nada noble en el mundo sino la desventura—la desventura, no el castigo—y se necesitan desventuras, y de las mayores, para crear lo suprahermoso en la belleza de las artes».

EMILIA PARDO BAZÁN.



# LA LEYENDA DE LOS INFANTES DE LARA

POR D. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEU BARCELONÉS DEL

Al saludar con júbilo y con profundo respeto la aparición de este libro magistral, que es, sin duda, la segunda piedra puesta en los cimientos de la historia de nuestra épica, contando por primera el memorable tratado *De la poesía heroico-popular castellana* con que en 1874 abrió Milá y Fontanals el período científico para estos estudios, no pretendemos en manera alguna agotar el riquísimo contenido de la obra del señor Menéndez Pidal, sino solamente advertir las principales novedades que en ella se contienen, y llamar la atención del lector más preocupado ó distraído sobre la trascendencia de las conclusiones que de ella se deducen, y que no se limitan al desarrollo de una leyenda, como del título pudiera inferirse, sino que alcanzan á toda nuestra poesía épica, y á sus relaciones más fundamentales con la Historia y con el teatro.

Sin haber en nuestra primitiva poesía heroica verdaderos y extensos ciclos, como los hay en la epopeya francesa, pueden notarse un cierto número de temas predilectos ó capitales, cuya elaboración continúa á través de los siglos, modificándose al compás de las vicisitudes del gusto literario y de las transformaciones históricas de nuestro pueblo. Estos temas



épicas, prescindiendo del de la pérdida de España, que no es nacional de origen, aunque llegó á españolizarse mucho andando el tiempo, se reducen á cuatro: Bernardo del Carpio, Los Infantes de Lara, Fernán González y sus inmediatos sucesores y, finalmente, el Cid, que eclipsa á todos los héroes poéticos que le precedieron y de quien puede decirse que resume toda la savia de nuestra poesía histórica, y que es la más alta encarnación y representación de ella. Esta razón, y también la no menos valedera de haberse conservado acerca de sus hazañas documentos históricos y poéticos más extensos y más antiguos que los que tenemos sobre los demás personajes que en nuestra Edad Media dieron asunto á la canción popular, han hecho que la atención de los críticos, así españoles como extranjeros, se haya inclinado con preferencia á esta grandiosa figura, y principalmente al venerable poema en que la gloria del Campeador se confunde con los orígenes de nuestra lengua y poesía.

Pero nadie duda hoy que ese poema, aunque solitario hasta ahora, no fué el único, ni tampoco el primero de su género, sino que perteneció á una serie bastante rica de *Cantares de gesta*, que en su primitiva forma no conocemos ya, pero que indirectamente nos son revelados por otros textos históricos y poéticos en que persistió la materia épica, aunque la forma cambiase. La *Crónica general*, recogiendo en extracto las gestas primitivas, contribuyó mucho á que se perdiesen, pero no las extinguió del todo: lo que hicieron fué tomar nueva forma, surgiendo en el siglo XIV una épica secundaria, que influyó á su vez en las refundiciones de la *Crónica*; y de la cual, además, nos quedan, aunque escasos, notables fragmentos que arrojan inesperada luz sobre el origen de los romances, tenidos en otro tiempo por la forma más antigua de nuestra poesía popular, cuando son, por el contrario, la más reciente, y apenas puede decirse que pertenezcan á la Edad Media más que por su inspiración primitiva. Heredaron el metro de diez y seis sílabas, propio de la segunda edad de nuestra epopeya



(como vemos en la *Crónica rimada* y en la abundancia de octosílabos que contiene la *Crónica particular del Cid*, sacada de una de las refundiciones de la *General*) y fueron, según los casos, ó ramas desgajadas del tronco épico, ó vegetación lírica que le fué envolviendo. En estos fragmentos, recogidos de la tradición oral por los compiladores del siglo XVI, se salvó, todavía más que en la prosa de las crónicas, lo más substancial de nuestra tradición poética, que logró la fortuna de ser impresa antes que el vulgo y los semidoctos tuviesen tiempo de estragarla.

Tales observaciones reciben hoy plenísima comprobación en el tema particular de los Infantes de Lara, donde, gracias al Sr. Menéndez Pidal, pueden seguirse, una por una, todas las fases de la evolución épica.

No hay texto de la leyenda de los Siete Infantes anterior al muy detallado relato de la *Crónica general*; pero éste (basta leerle) es mera transcripción de un texto épico, quedando todavía huellas de versificación y muchos asonantes. Es la única forma en que conocemos el cantar primitivo, que fué seguramente el más grandioso, el más trágico, el más inspirado de todos: «Aquí vos diremos de los Siete Inffantes de Salas, de cuemo fueron traydos et muertos en el tiempo del Rey Don Ramiro et de Garci-Fernández, Cuende de Castiella.»

He aquí los puntos capitales de esta sombría epopeya de la venganza, compuesta seguramente en el siglo XII, como todas nuestras grandes gestas: Un alto *ome* del alfoz de Lara, llamado Roy Basquez, señor de Vilviestre, casó con una dueña de *muy gran guisa*, natural de la Bureba, *prima cormana* del Conde Garci Ferrández, llamada Doña Lambra (Llambla, *flamula* en los textos más antiguos). Empezaba el poema con la descripción de las bodas, que se celebraron espléndidamente en Burgos durante cinco semanas, con los acostumbrados regocijos de *bofordar*, quebrantar tablados, correr toros, juegos de tablas y de ajedrez y cantos de juglares. Asiste á las bodas la hermana de Roy Blasquez, Doña Sancha, mujer de Gonza-



lo Gustios, y sus siete hijos, llamados los infantes de Salas, á quienes en un mismo día había armado caballeros el Conde de Castilla. Sobre un lance de quebrantar el tablado, trábese disputa entre Alvar Sánchez, primo de Doña Lambra, y los hijos de Doña Sancha. El menor de ellos, Gonzalo González, ofendido por una expresión jactanciosa de Alvaro («Si las dueñas de mi fablan fazen derecho, ca entienden que valo mas que todos los otros»), dale tan gran puñada en el rostro, quebrándole dientes y quijadas, que le tiende muerto á los pies de su caballo. Doña Lambra, «quando lo oyo, comenzó á meter grandes voces, llorando muy fuerte e diziendo que ninguna dueña asi fuera desondrada en sus bodas cuemo ella fuera alli.» Roy Blasquez, deseoso de vengar la afrenta de su mujer, hie-re á Gonzalo, y éste, no hallando á mano otra arma, le afea horribilmente el rostro con el azor que traia en el puño su escudero. Encréspace la pelea entre los opuestos bandos; el Conde y Gonzalo Gustios se ponen por medio y consiguen separarlos. Hácese un simulacro de reconciliación, y la contienda queda, al parecer, apaciguada, yendo Doña Sancha, sus hijos y su ayo á acompañar á Doña Lambra en su heredad de Barbadillo, para darla placer cazando con sus azores por la ribera del Arlanza. Pero la vengativa dueña no olvida el cuidado de su deshonra, y hace que un aliado suyo afrente á Gonzalo de la manera más injuriosa, arrojándole al pecho un cohombro hinchado de sangre, corriendo á refugiarse luego bajo el manto de Doña Sancha; símbolo de protección que no respetan los infantes, que allí mismo le matan, ensangrentando las tocas y los paños de su señora. Nada iguala á la desesperación de Doña Lambra y á las muestras de desesperación que hace después de este feroz desacato. «Fizo poner un escaño en medio de so corral, guisado y cubierto de paños cuemo para muerto; et lloró ella et fizo tan grand llanto sobréel, con todas sus dueñas tres dias, que por maravilla fue, et rompió todos sos pannos, llamandose bibda et que non avie marido.» A persuasión suya urde su marido la más negra intriga contra su cuñado y



sus sobrinos. Finge perdonarles el agravio, los halaga con palabras y ofrecimientos engañosos, logra la confianza de Gonzalo Gustios, y le envía á Córdoba con una carta suya en lengua arábica para Almanzor, encargándole que descabece al mensajero y que se acerque luego con su hueste á la frontera de Castilla, donde él le esperará para entregarle á los siete infantes hijos de Gonzalo. «Ca estos son los omes del mundo que mas contrallos vos son aca en los christianos et que mas malos vos vuscan, et pues que estos ovieredes muertos, avrédes la tierra de los christianos a vuestra voluntat, ca mucho tiene en ellos grand esfuerzo el cuende Garci Ferrandez.» Almanzor, más generoso que su pérfido amigo cristiano, se contenta con poner á Gustios en prisión no muy dura, dándole para su servicio *una mora fidalgo*, de la cual tuvo un hijo, que fué con el tiempo el vengador Mudarra González.

La segunda parte de la venganza tiene más cumplido y sangriento efecto que la primera. Roy Blasquez invita á sus sobrinos á hacer una entrada en tierra de moros. Parten los Infantes con 200 caballos, y al salir del alfoz de Lara y atravesar el pinar de Canicoça, ven temerosos presagios («Ovieron aves que les fizieron muy malos agüeros») los cuales interpreta su ayo, el anciano Nuño Salido, que era muy buen agorero. «Et con el gran pesar que ovo de aquellas aves, que le parecieron tan malas y tan contrallas, tornosse á los Infantes et dixoles: Fijos, ruegovos que vos tornedes á Salas, á vuestra madre Doña Sancha, ca non vos es mester que con estos agüeros vayades mas adelante; et folgaredes y algund poco, et combredes et beuredes y alguna cosa, et por ventura camiar se os han estos agüeros». Díjole entonces Gonçalvo Gonçalvez, el menor de los hermanos: «Don Munio Salido, non digades tal cosa, ca bien sabedes vos que lo que nos aqui levamos non es nuestro, sinon daquel que faze la hueste, et los agüeros por él se deben entender, pues que él va por mayor de nos et de todos los otros; mas vos, que sodes ya omme grand de edad, tornat vos para Salas si quisiéredes, ca nos yr queremos toda



via con nuestro sennor Roy Blasquez». Dixoles entonces Munno Salido: «Fijos, bien vos digo verdad, que non me plazze porque esta carrera queredes ir, ca yo tales agüeros veo que nos muestran que con mengua tornaremos á nuestros lugares. *Et si vos queredes crebantar estos agüeros, enviad á decir á vuestra madre que cubra de paños siete escaños, é póngalos en medio del corral et llorevos y por muertos*» (1).

Los Infantes desprecian los avisos de su ayo, y llegan á la vega de Febros, donde los esperaba su tío Roy Blasquez, que, realizando su diabólico plan, los lleva á Almenar (al Sudeste de Soria) y les manda á correr el campo, quedando él en celada con todos los suyos. De improviso se ven cercados los Infantes por más de 10.000 moros; comprenden que su tío los ha vendido, se encomiendan á Dios y al apóstol Santiago, resisten heroicamente con sus 200 caballeros, matan gran muchedumbre de moros y sucumben, en fin, bajo la pujanza del número. El ayo es el primero que se hace matar, por no tener el desconsuelo de ver la muerte de los que con tanto amor había criado. «Munno Salido, so amo, començóles entonces á esforzar, diciéndoles: «Fijos, esforzad, et non temades, ca los agüeros que vos yo dije que vos eran contrallos, non lo fazien, antes eran buenos ademas, ca nos davan á entender que venceremos et que ganariamos algo de nuestros enemigos; et digo vos que yo quiero yr luego ferir en esta az primera: et daqui adelante acomiendo vos á Dios». Et luego que esto ovo dicho, dió de las espuelas al cavallo, et fue ferir en los moros tan de recio, que mató et derribó una gran pieza dellos».....

Muertos los 200 caballeros que acompañaban á los Infantes, muerto también uno de éstos, Fernán González, suben sus hermanos á la cima de un otero, y piden treguas á los moros Viara y Galve, mientras envían un mensaje á su tío para que

---

(1) Este trozo es uno de los que más patentes huellas de versificación asonantada ofrecen, como ya notó Milá, y es, además, curiosísima la superstición á que alude.



venga á socorrerlos. Los moros conceden la tregua, pero el implacable D. Rodrigo responde al mensajero: «Amigo, yt á buena ventura; ¿cuemo cuedades que olvidada avia yo la desonra que me feziestes en Burgos, cuando matastes á Alvar Sanchez; et la que feziestes á mi muger donna Llambra, quando le sacastes el onme de so el manto et gele matastes delant, et le ensangrentastes los pannos et las tocas de la sangre dél: et la muerte del cavallero que matastes otrosí en Febros? Buenos caballeros sodes: pensat en amparar vos et defender vos, et en mi non tengades fiuza, ca non avredes de mi ayuda ninguna».

Viara y Galve se apiadan por un momento de los Infantes, los llevan á sus tiendas y los confortan con pan y vino; pero el feroz Roy Blasquez se opone con todo género de amenazas á que los dejen con vida. Trábase de nuevo la pelea; los moros «fieren sus atambores, y vienen tan espesos como gotas de lluvia»; y los Infantes, cansados ya de lidiar y de matar, cercados por todas partes, quebrantadas ó perdidas todas las armas, caen en poder de los infieles, y son descabezados uno á uno, por el orden mismo de su edad, «assi cuemo nascieran». El menor de todos, Gonzalo González, mata todavía más de veinte moros antes de sucumbir. Roy Blasquez se vuelve á su lugar de Bilbestre, y los moros llevan como trofeo á Córdoba las cabezas de los siete Infantes y la de Nuño Salido, su ayo. Almanzor las manda «lavar bien con vino, hasta que fuesen bien limpias de la sangre de que estaban untadas, et pues que lo ovieron fecho, fizo tender una sábana blanca en medio del palacio, et mandó que pusiesen en ella las cabezas, todas en az et orden, assi cuemo los Infantes nascieran, et la de Munno Salido en cabo dellas».

Y aquí llegamos á la escena más bárbaramente sublime de esta negra epopeya. Almanzor saca de la prisión á Gustios y le muestra las cabezas por si puede reconocerlas. «Ca dizen mios adalides que de alfoz de Lara son naturales.....» «Et pues que las vió Gonzalvo Gustios, et las conosció, tan grand



ovo ende el pesar, que luego all ora cayó por muerto en tierra: et desque ovo entrado en acuerdo, començó de llorar tan fiera mientre sobrellas, que maravilla era. Desi dixo á Almanzor: «Estas cabeças conosco yo muy bien, ca son las de mios fijos, los inffantes de Salas, las siete; et esta otra es la de Mumno Salido, so amo que los crió.» Pues que esto ovo dicho, començó de fazer so duelo et so llanto tan grand sobrellos, que non ha omne que lo viese que se pudiese sofrir de non llorar; et desi tomaba las cabeças una a una et retraye, é contava de los inffantes todos los buenos fechos que fizieron. Et con la grand cueyta que avie, tomó una espada, que vió estar y en el palacio, et mató con ella siete alguaciles, allí ante Almanzor. Los moros todos travaron estonces dell, et nol dieron vagar de más danno y fazer; et rogó el allí a Almançor, quel mandasse matar; Almançor, con duelo que ovo dell, mandó que ninguno non fuesse osado del fazer ningun pesar.»

Pero en este momento de suprema angustia surge un rayo de consuelo y esperanza: «Gonçalvo Gustios, estando en aquel crebanto, faziendo so duelo muy grand, et llorando mucho de sos oios, veno á ell la mora que dixiemos quel servie, et dixol: «Esforçad, sennor Don Gonçalvo, et dexad de llorar et de aver pesar en vos, ca yo otrossi ove doze fijos muy buenos cavalleros, et assi fue por ventura que todos doze me los mataron en un dia de batalla, mas pero non dexé por ende de conortarme et de esforçarme.....» Y luego, muy en secreto le dice: «Don Gonçalvo, yo finco prennada de vos, et ha mester que me digades cuemo tenedes por bien que yo faga ende.» Et él dixo: «Si fuese varon, darle hedes dos amas quel crien muy bien, et pues que fuere de edat, que sepa entender bien et mal, dezirle hedes cuemo es mio fijo, et enviar me le hedes a Castiella, a Salas.» Et luego quel esto ovo dicho, tomó una sortija de oro que tenia en su mano, et partiola por medio, et diol a ella la meetat, et dixol: «Esta media sortija tenet vos de mi en sennal, et desque el ninno fuere criado, et me le enviáredes, dárgela hedes, et mandar le hedes que la



guarde et que la non pierda, et quando yo viere este sortija connoscer le he luego por ella.»

Gonzalo Gustios, puesto en libertad por Almanzor, que se apiada de su inmensa desdicha, vuelve á su casa á Salas. Al cabo de pocos días nace en Córdoba el bastardo, á quien ponen por nombre Mudarra González. El noveno y último capítulo de los que la *Crónica general* consagra á este lúgubre asunto cuenta sus aventuras. A los diez años le arma Almanzor caballero, y arma también, y le da para su servicio doscientos escuderos, que eran de su linaje por parte de madre. Sabedor de su historia, se encamina con ellos á Castilla en busca de su padre, que le reconoce por la señal de la media sortija y le confía el cuidado de su venganza. Desafía Mudarra á Roy Blázquez delante del Conde Garci-Fernández; pero el traidor se burla del reto y de los fieros y amenazas de su sobrino. Mudarra le asalta en el camino de Barbadillo, y diciendo á grandes voces: «Morras, alevoso, falso e traydor» le hiende con la espada hasta la cintura, matando además á treinta caballeros que iban en su compañía. «Empos esto, a tiempo despues de la muerte de Garci-Ferrandez, priso a donna Llambrá, mugier daquel Roy Blazquez, et fizola quemar, ca en tiempo del Cuende Ferrandez non lo quiso fazer, porque era muy su pariente del Cuende.»

Difícil, ó más bien imposible, es averiguar hoy lo que haya de cierto en el fondo de esta lúgubre historia. Algunos nombres de los que en ella figuran (Gonzalo Gustios, Ruy Velázquez, doña Lambra) suenan también en escrituras y otros documentos del siglo X; pero esta homonimia nada prueba por sí sola para identificar á los personajes que los llevaron, exceptuando el primero, que parece ser realmente el Gustios, señor de Salas. La leyenda, por otra parte, como todas las leyendas castellanas, tiene un carácter tan realista, tan profundamente histórico, tan sobrio de invenciones fantásticas, que es imposible dejar de ver en ella el trasunto fiel de una tragedia doméstica que impresionó vivamente los ánimos en un si-



glo bárbaro, y que hubo de pasar á la poesía con muy pocas alteraciones. La geografía es muy exacta y se contrae á un territorio muy pequeño; los hechos, á pesar de su bárbara fiereza, nada tienen de inverosímiles, exceptuando las enormes matanzas de moros, hipóbole obligada en este género de canciones, comenzando por la de *Rollans*. La parte de pura invención se distingue en seguida: es el personaje del vengador Mudarra, imaginado para satisfacer la justicia poética. Su novelesco origen, el medio de su reconocimiento, pertenecen al fondo común de la poesía de los tiempos medios y tienen equivalentes en la epopeya francesa. El Sr. Menéndez Pidal recuerda á este propósito el primitivo poema de *Galien*, que se ha perdido, pero cuya sustancia se encuentra en una compilación del siglo XV, titulada *Viaggio di Carlo Magno in Spagna*. Alguien objetará que, tanto este *Viaggio* como el poema franco-italico, del cual este episodio inmediatamente procede, son muy posteriores á nuestra leyenda de Mudarra, que en el siglo XIII vemos ya, no sólo desarrollada del todo, sino reducida de verso á prosa y estimada como fuente histórica. Pero aunque puedan citarse algunos casos de influjo de la epopeya castellana en la francesa, siendo el más notable el del *Ançeis de Cartago*, es más verosímil siempre la influencia contraria, por tratarse de una poesía más antigua y más universalmente difundida. Hemos de suponer, pues, que el primitivo *Galien*, hoy desconocido, antecedió, si no á la gesta de los Infantes, con la cual en el fondo no tiene ni la más remota analogía, á lo menos á la invención del bastardo Mudarra, que pudo muy bien ser añadida por algún juglar al tema épico ya existente.

¿Fué el cantar de los Infantes que conocemos por la *Crónica general* el único poema antiguo sobre este argumento? ¿No habría ninguna forma de transición entre él y los romances? Gracias á las investigaciones del Sr. Menéndez Pidal, podemos contestar resueltamente que sí. Hubo, por lo menos, un segundo cantar, compuesto después de la *Crónica* de Alfonso



el Sabio y antes del año 1344. Hubo, según toda probabilidad, un tercer cantar posterior á esta fecha. Uno y otro influyeron á su vez en las historias eruditas y modificaron profundamente los datos de la leyenda.

Existe, como ya hemos tenido ocasión de advertir, una Crónica particular del Conde Fernán González, á la cual va unida la historia de los Siete Infantes de Lara (Burgos 1537). Esta Crónica, que se dice tomada de un libro viejo del monasterio de Arlanza, no ha salido directamente de la *general*, sino que tiene con ella las mismas relaciones que la Crónica particular del Cid, sacada por Fr. Juan de Velorado del Archivo de Cardena, é impresa en 1512, también en Burgos. Estos dos grandes fragmentos son parte de una segunda refundición total de la *Crónica de Don Alfonso el Sabio*, hecha en 1344, probablemente por mandato de Don Alfonso XI, gran continuador de las empresas jurídicas y aun de las literarias de su bisabuelo. Esta segunda Crónica se enriqueció con nuevos materiales poéticos, que no eran todavía los romances, pero que estaban ya muy próximos á ellos. Esta es la que llamamos segunda fase épica, ó nueva generación de *Cantares de gesta*, todavía más extensos que los antiguos, de los cuales eran visible amplificación. Por lo que toca á los Infantes de Lara, conocemos el segundo cantar mucho más completamente que el primero, puesto que no sólo nos quedan de él redacciones en prosa en las dos Crónicas (segunda *general* y particular de Fernán González) ya mencionadas, sino también largos fragmentos versificados, en una refundición de la *tercera Crónica general*, contenida en el manuscrito de la Biblioteca Nacional, F. 85; documento análogo á la famosa *Crónica rimada*, donde tanto espacio ocupan las mocedades de Rodrigo.

Las principales diferencias entre este segundo cantar y el primero se encuentran principalmente en la segunda parte de la leyenda, en las aventuras de Mudarra, tan sobriamente indicadas en la gesta antigua, y que aquí cobran gran desarrollo y se enriquecen con accidentes novelescos, hasta el punto



de constituir, no un mero desenlace ó epílogo, sino una segunda parte, donde se observan todos los ingeniosos artificios de que se vale la épica decadente para mantener vivo el interés y excitar la curiosidad de los oyentes. Es, por decirlo así, el tránsito de la epopeya á la novela. Es el período en que se cantan las mocedades de Roldán, las del Cid, las de Mudarra. Este empieza por ignorar su nacimiento; pero oyendo llamarse *fijo de ninguno* por el Rey de Segura, con quien jugaba al ajedrez, le mata con el tablero por no tener otra arma á mano, y sólo entonces descubre el enigma de su destino. Adiciones del mismo género son la triste vida que pasan el ciego Gonzalo Gustios y su mujer, en Salas; el sueño profético en que Doña Sancha ve un azor gigantesco; los interesantes pormenores de la llegada de Mudarra á Castilla; los prodigios de soldarse las dos mitades del anillo que sirve para el reconocimiento, y recobrar Gustios instantáneamente la vista; la forma de adopción de Mudarra por su madrastra; la persecución de Ruy Velázquez por toda Castilla, y, finalmente, los horribles detalles del suplicio de éste, que muere jugado á las cañas y bofordado, bebiendo Doña Sancha la sangre de sus heridas; todo ello conforme con el depravado y bárbaro gusto del siglo XIV, en que no faltaban en la vida real espectáculos como el de la muerte del Rey Bermejo en los llanos de Tablada. El nuevo juglar, como el antiguo, conocía la epopeya francesa y la explota en sus formas degeneradas, tomando probablemente del *Galien* el lugar común de la partida de ajedrez (repetido luego en algunos romances) y de las últimas refundiciones de la Canción de Roncesvalles la fuga del traidor Gemelon y su castigo, que aquí se repiten aplicados á Ruy Velázquez.

Pero no todas las adiciones al nuevo poema son de tan vulgar y despreciable carácter como esta última. Los detalles domésticos en que á veces entra, tienen un sabor como de pequeña odisea, y no es despreciable el artificio con que lleva su cuento. Le falta la ingenuidad, la plena objetividad épica; pero como todavía está cerca de la fuente, cuando no se



empeña en inventar cosas extraordinarias y se limita á refundir, consigue bellezas dignas de los mejores tiempos de la poesía heroica, si bien deslucidas un tanto por la amplificación verbosa y amanerada. Un ejemplo de esto puede hallarse en el magnífico trozo del llanto de Gonzalo Gustios sobre las cabezas de sus hijos, que es el más extenso é importante de los fragmentos que ha descubierto y restaurado el Sr. Menéndez Pidal.

No se puede afirmar con tanta resolución la existencia de un tercer cantar; pero induce á creer en él una cierta *Estoria de los godos* (contenida en el manuscrito t. 182 de la Biblioteca Nacional) que presenta asonantes distintos de los que dominan en la crónica de 1344, y difiere de ella en algunas circunstancias de poca monta, acercándose más á los romances. De todos modos, esta refundición, si la hubo, fué muy ligera.

Por otra parte, basta con la primera gesta para explicar la generación de los romances viejos relativos á los Infantes, incluso los dos que se resistieron al análisis de Milá por no haber conocido más texto de la *Crónica* que el de Ocampo. El primero de estos romances, que por su grandiosa y trágica belleza, y por no estar incluido en la colección de Durán (1) ponemos íntegro, es un rápido y elocuente resumen del llanto de Gonzalo Gustios sobre las cabezas de sus hijos en la *gesta* segunda, descubierta por el Sr. Menéndez Pidal:

Pártese el moro Alicante—vispera de San Cebrian:  
ocho cabezas llevaba—todas de hombres de alta sangre.  
Sábelo el Rey Almanzor—á recibírselo sale:  
aunque perdió muchos moros — piensa en esto bien ganar.  
Manda hacer un tablado—para mejor las mirar;  
mandó traer un cristiano—que estaba en captividad:  
como ante sí lo trujeron—empezóle de hablar.  
Díjole: «Gonzalo Gustios,—mira quién conocerás,  
que lidiaron mis poderes—en el campo de Almenar.»

(1) Lo está en la de Wolf, tomado de la *Silva* de 1550. Aceptamos algunas de las correcciones de Milá y Menéndez Pidal.



Sacaron ocho cabezas;—todas son de gran linaje.  
Respondió Gonzalo Gustios:—«Presto os diré la verdad.»  
Y limpiándoles la sangre—asaz se fuera turbar,  
dijo llorando agriamente:—«¡Conózcolas por mi mal!  
L'una es de mi carillo;—las otras me duelen más:  
De los Infantes de Lara—son, mis hijos naturales.»  
Así razona con ellos—como si vivos hablasen:  
«Dios os salve, el mi compadre,—el mi amigo leal;  
¿adónde son los mis fijos—que yo os quise encomendar?  
muerto sois como buen hombre—como hombre de fiar.»  
Tomara otra cabeza—del hijo mayor de edad:  
»Sálveos Dios, Diego González—hombre de muy gran bondad  
del conde Fernán González—alférez el principal:  
á vos amaba yo mucho—que me habiades de heredar.»  
Alimpiándola con lágrimas—volviérala á su lugar,  
y toma la del segundo—Martín Gómez que llamaban:  
«Dios os perdone, el mi hijo—hijo que mucho preciaba,  
jugador era de tablas—el mejor de toda España,  
mesurado caballero—muy buen hablador en plaza.»  
Y dejándola llorando—la del tercero tomaba:  
«Hijo Don Suero Gonzalez,—todo el mundo os estimaba:  
el Rey os tuviera en mucho—solo para la su caza;  
gran caballero esforzado,—muy buen bracero á ventaja.  
¡Ruy Velázquez vuestro tío—estas bodas ordenara!»  
Y tomando la del cuarto—lasamente la miraba:  
«¡Oh hijo Fernán González—(nombre del mejor de España,  
del buen Conde de Castilla,—aquel que vos baptizara)  
matador del puerco espín,—amigo de gran campaña!,  
nunca con gente de poco—os vieran en alianza.»  
Tomó la de Ruy González;—de corazón la abrazaba:  
«¡Hijo mío, hijo mío!—¿Quién como vos se hallara?  
nunca le oyeron mentir,—nunca por oro ni plata;  
animoso, gran guerrero,—muy gran feridor de espada  
que á quien dábades de lleno—tullido ó muerto quedaba.»  
Tomando la del menor—el dolor se le doblara:  
«¡Hijo Gonzalo González,—los ojos de doña Sancha!  
¿qué nuevas irán á ella—que á vos más que á todos ama?  
Tan apuesto de persona,—decidor bueno entre damas,  
repartidor de su haber.—Aventajado en la lanza.  
Mejor fuera la mi muerte—que ver tan triste tornada.»  
Al duelo que el viejo hace—toda Córdoba lloraba.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ARZOBISPO MARCO ANTONIO DE JORDAN



El Rey Almanzor cuidadoso— consigo se lo llevaba  
 y mandó á una morisca—lo sirviese muy de gana.  
 Esta le toma en prisiones—y con hambre le curaba.  
 Hermana era del Rey,— doncella meza y lozana;  
 con ésta Gonzalo Gustos—vino á perder la su saña,  
 que de ella le nació un hijo—que á los hermanos vengara.

.....

Con razón notaba Milá la dificultad de que un poeta de los últimos tiempos, por muy impregnado que estuviese del espíritu de la poesía popular, hubiese podido llegar á tal altura de inspiración; y tanto esto como la imperfección de algunos versos y el cambio de asonante (*á-aa*), le hacían creer que el autor del romance había tenido presente en su integridad el cantar primitivo, que sólo en extracto nos presenta la *Crónica general*.

El feliz descubrimiento del Sr. Menéndez Pidal viene á poner en claro que la fuente inmediata del romance fué el segundo cantar; lo cual no excluye, ni mucho menos, la posibilidad de que el llanto de Gonzalo Gustos sobre las cabezas estuviese ya, con más ó menos extensión, en el poema primitivo. «Difícilmente se hallará otro romance que menos se desvíe del tronco de la gesta de donde procede; apenas hizo más que brotar, sin haber continuado su desarrollo ni entrado en un período de elaboración más popular é independiente, quizá á causa de la escasez de elementos narrativos, pues su parte más esencial é interesante se reduce á un reiterado lamento.»

No es de tan directa procedencia el pequeño y famoso romance *A cazar va Don Rodrigo*, que Víctor Hugo imitó en una de sus *Orientales*. Pero, aunque tratado con cierta libertad de fantasía lírica, que le asimila á los romances caballerescos, no puede negarse su enlace con el segundo poema, ó con alguna de las refundiciones que de él pudieron hacerse, y de ningún modo con la *Crónica*, donde no se encuentra rastro del diálogo entre Ruy Velázquez y Mudarra. Este romancillo, pues, tan rápido, tan enérgico, tan celebrado como espontá-



nea inspiración de la musa popular sobre un tema épico, no constituye ya una excepción á las leyes de nuestra poesía épica, sino que antes bien las confirma, y puesto en parangón con el anterior, nos muestra dos momentos distintos en la evolución del género, enteramente narrativo al principio, episódico, fragmentario y con tendencias lírico-dramáticas después.

Todos los romances viejos relativos á los Infantes de Lara (excepto uno sólo, del cual hablaremos después), coinciden, como ya advirtió Milá, en tener las mismas series de asonantes (*á* acentuada, *aa*), nuevo indicio, exterior ciertamente, pero muy poderoso, de haber sido desgajados de un relato poético más extenso, donde predominaban estas terminaciones. No es posible compendiar aquí el delicado y sutil análisis que el Sr. Menéndez Pidal hace de las diversas alteraciones que experimentaron estos romances, que nos limitamos á indicar por sus principios: *A Calatrava la vieja*, *¡Ay Dios, qué buen caballero!*, *Ya se salen de Castilla*, *Convidárame á comer*. Los hubo después eruditos y artísticos, algunos de notable mérito poético y sabor muy tradicional, como los del caballero Cesáreo (¿Pero Maxía?) intercalados por Sepúlveda entre los suyos, y el anónimo *Saliendo de canicosa*. No así uno falsamente atribuido á Lope de Vega (1), en que se estropea, con el peor gusto posible, la hermosa escena del llanto de Don Gonzalo:

Besando siete cabezas —de siete muertos Infantes.»

La herencia de los romances fué recogida, como siempre, por el teatro, y cupo á Juan de la Cueva el lauro de iniciador con su *Tragedia de los siete Infantes de Lara*, representada la primera vez en Sevilla en la huerta de Doña Elvira por Alonso Rodriguez, siendo asistente D. Francisco Zapata (1579). Pero

---

(1) Por el Conde de Saceda, en el tomo de *Poesías varias* (casi todas apócrifas) de Lope de Vega, que publicó y que fué reproducido con escasa crítica entre las *Obras sueltas*, de Lope (edición de Sancha), t. III, pág. 461.

Está asimismo en el *Romancero general* de 1614.



en éste, como en los demás ensayos históricos del poeta hispanense, apenas merece alabarse otra cosa que el patriótico intento de volver á las fuentes de la poesía nacional. Parece haberse inspirado en la Crónica particular de Fernán González y de los Infantes, y de seguro tuvo presentes los romances; pero es muy poco el partido que saca de tales elementos. Su tragedia, á pesar del título que lleva, empieza después de muertos los Infantes, con lo cual falta una parte esencialísima de la leyenda, siendo de advertir que Juan de la Cueva no la suprime por escrúpulos en cuanto á la unidad de tiempo, ya que, por otra parte, la conculca escandalosamente, anunciando el nacimiento de Mudarra en la tercera jornada, y presentándole mancebo brioso y defensor de su familia en la cuarta. No hay sombra de caracteres; y el estilo, que es bastante pedestre en general, se encrespa de vez en cuando con impertinentes imitaciones clásicas, habiendo, por ejemplo, una escena de conjuros tomada de la *Pharmaceutria*, de Virgilio.

Algo más vale y más curiosa es una comedia anónima de *Los famosos hechos de Mudarra*, escrita en 1583, ignorada hasta ahora, y de la cual el Sr. Menéndez Pidal nos comunica amplios extractos (1). Esta comedia, compuesta ya en tres jornadas, tiene bastante regularidad en la acción, que se reduce á la venganza de Mudarra; y hace oportuno empleo de las tradiciones consignadas en el *Valerio de las historias* (cuyo autor, á su vez, las había tomado de la *Crónica general* de 1344 ó de alguna de sus refundiciones), poniendo en escena la partida de ajedrez con el Rey de Segura. El romance artístico que hay sobre este asunto, parece haber salido de la comedia, y no al revés, como generalmente sucede. En cambio, el ignorado poeta dramático utilizó seguramente para la escena de la muerte de Ruy Velázquez una refundición, hoy perdida, del romance *A cazar va Don Rodrigo*. Todas estas circunstancias

---

(1) Se halla en la Biblioteca Nacional entre los manuscritos procedentes de la de Osuna.



dan bastante interés á la exhumación de esta comedia, que por otra parte está escrita con apacible sencillez, aunque pobremente versificada.

Y con esto llegamos á la comedia de Lope de Vega, que, según su costumbre, contiene la leyenda toda en su integridad épica, tal y como la crónica (texto de Ocampo) la presenta, lo cual quiere decir que, en general, se atiene á la versión de la primitiva *gesta*, pero sin desperdiciar ninguno de los nuevos elementos poéticos que le suministraban los romances y el *Valerio*. Su pieza, por consiguiente, es un ensayo de conciliación entre las principales versiones del tema épico.

Ha sido opinion de Depping y otros que la comedia de Lope era posterior á la *Gran tragedia de los Siete infantes de Lara*, compuesta en lenguaje antiguo por el poeta de Guadaluajara Alfonso Hurtado de Velarde. A primera vista, inducía á creerlo así la fecha de la edición de esta segunda pieza, inserta en la *Flor de las comedias de España de diferentes autores, quinta parte* (tenida vulgarmente por *quinta parte* de las comedias de Lope), en 1615, y por consiguiente veintiséis años antes que *El bastardo Mudarra*. Pero conocido ya el autógrafo de esta comedia con su fecha de 1612, desaparece la dificultad cronológica; y en cambio todas las circunstancias intrínsecas favorecen á la prioridad de Lope, que procede con más sencillez y respeta mucho más los datos de la leyenda, al paso que Hurtado de Velarde, como haciendo estudio de no encontrarse con él y de no repetir las mismas situaciones, concede más campo á la libre invención, si bien, aun en lo que parece más original, no deja de advertirse el reflejo de la obra anterior. Así, la magnífica escena en que Ruy Velázquez, á punto de entrar en desafío con Mudarra, cree ver al lado de éste las sombras de sus siete hermanos, y Mudarra conjura á estos espectros para que le dejen cumplir á él solo la venganza; esta escena, de maravilloso efecto fantástico, y que por sí sola prueba el ingenio nada vulgar del poeta que fué capaz de concebirla y ejecutarla con tanto brío, tiene su germen en las ca-



vilaciones que Lope presta á Ruy Velázquez pocos momento antes de encontrarse en la caza con Mudarra.

Paréceme que los veo  
al punto que solo estoy.....  
allí Nuño se presenta  
todo roto y desarmado;  
allí Fernando, sangrienta  
la cara; allí Ordoño, airado,  
de mi rigor se lamenta;  
allí Gonzalo el menor  
parece que me acomete  
y que me llama traidor;  
finalmente, todos siete  
me están poniendo temor.  
¡Dejadme, imaginaciones!  
Alma, ¿para qué me pones  
en tan tristes fantasías?

El triunfo y la valentía de Hurtado de Velarde consistió en exteriorizar á los ojos de la imaginación lo que en Lope no sale de las intimidades de la conciencia, ni está más que ligeramente indicado.

Estas y otras notables bellezas que en la tragicomedia de este olvidado poeta se encuentran (el llanto de doña Lambra, el juramento de venganza de Ruy Velázquez) están afeadas por el uso de la ridícula jerga llamada *fabla* que el autor manejaba con la impericia propia de su tiempo. A pesar de este falso barniz arcaico, su tragedia contiene menos elementos tradicionales que la de Lope, y transcribe menos literalmente los versos de los romances. Es verosímil que tuviese conocimiento de la *Historia Septem Infantium de Lara* que en 1612 (el año mismo de la comedia de Lope) publicó en castellano y latín el holandés Oto Venio, como ilustración de cuarenta grabados sobre aquella historia, conforme á los dibujos de Tempesta: curiosa interpretación artística de esta famosa leyenda en el gusto mitológico-alegórico propio de la época. Entre otras especies singulares que esta narración latina presenta, y que



no habían penetrado todavía en las historias eruditas aunque anduviesen ya en los romances, está la de los siete infantes hijos de un parto, y la de las siete piedras que cada día mandaba tirar doña Lambra á la puerta de Gonzalo Gustios para recordarle la muerte de sus siete hijos. Es incierto el origen de este episodio (que quizá se remonte al tercer *cantar*, cuya existencia sospecha el Sr. Menéndez Pidal); pero tanto el autor holandés como Lope y Hurtado de Velarde le tomaron de un romance que tiene la extraña anomalía de presentar diverso asonante que los otros (*ia*). Este romance que, según parece, empezaba *Convidárame á comer*, no está en ninguna de las colecciones, y sólo se le conoce al través de las refundiciones de las comedias y en un Cancionero del siglo XVI, manuscrito de la Universidad de Barcelona, dado á conocer por Milá y Fontanals. Copiamos esta variante, que seguramente es ya una refundición semiartística, para que se compare con la que hay en la comedia de Lope:

Sacóme de la prisión—el rey Almanzor un día;  
 convidándome á su mesa—fízome gran cortesía.  
 Los manjares adobados—mucho fueron á su guisa,  
 y después de haber yantado—díjome sobre comida:  
 «Sábeta, Gonzalo Gustios—que entre tu gente y la mía,  
 en campos de Arabiana—murió gran caballería.  
 Hanme traído un presente —enseñártelo quería:  
 éstas son siete cabezas—por ver si las conocías.»  
 Presentólas á mis ojos—descubriendo una cortina;  
 conocí mis siete hijos—y el ayo que los regía.  
 Traspaseme de dolor—pero viendo que tenían  
 de ver mi pecho los moros—juré á Arlaja en mi partida  
 que me vengaría rabiando—ó llorando cegaría.  
 Lo primero no cumplí—por ser corta la mi dicha.  
 Muerto estoy, de llorar ciego;—cumplí la palabra mía.  
 Non, pues, Rodrigo el traidor—se contenta ni se olvida  
 de darme á manojos penas:—faced, mi buen Dios, justicia;  
 que porque mis hijos cuente—y los plaña, cada día  
 sus omes á mis ventanas—las siete piedras me tiran.

Lo que el texto de Barcelona y también el que siguió Hur-



tado de Velarde atribuyen á D. Rodrigo, Lope lo atribuyó á doña Lambra, y probablemente estaría así en la versión del romance que él conoció (aca so por tradición oral):

Cada día que amanece—doña Alhambra, mi enemiga,  
hace que mi mal me acuerden—siete piedras que me tiran.

Prosiguió siendo asunto dramático el de los infantes de Lara durante todo el siglo XVII, pero cada vez más empobrecido en su materia épica. Nada podemos decir del *Auto de Mudarra*, pues sólo consta el hecho de su representación en Sevilla en 18 de Mayo de 1635 (1): era probablemente un *Mudarra á lo divino*, una violenta adaptación de la leyenda á las fiestas del *Corpus*, puesto que para ellas fué compuesto.

Ya antes de 1632 ocupaban las tablas con aplauso las dos comedias de *El rayo de Andalucía* y *Genízaro de España*, de D. Alvaro Cubillo, puesto que en dicho año las citaba con encarecimiento el Dr. Montalbán en su *Para todos*: «...hace excelentes comedias, como lo fueron en esta corte y toda España las dos de Mudarra». Pero no vieron la luz hasta 1654 en su libro de *El Enano de las Musas*. Casi todo es en ellas pura novela y parto de la imaginación de Cubillo, que inventa para Mudarra amores y aventuras, le hace contemporáneo de la batalla de Clavijo y le trae á Castilla á cobrar el tributo de las cien doncellas. Sólo en la escena de la muerte de Ruy Velázquez hay reminiscencias de un romance viejo, el tan decantado de *A cazar va Don Rodrigo*, por cierto con notables variantes, que unas veces concuerdan con las de Lope y otras no, y que de todos modos suponen una refundición perdida, de la cual se valieron ambos poetas, y antes de ellos el autor de la comedia anónima.

Aunque la de Cubillo valga poco, todavía, por lo correcto y limpio de la dicción poética, aventaja en gran manera á la

---

(1) Sánchez Arjona, *El teatro en Sevilla en los siglos XVI y XVII*. Madrid, 1887, págs. 265 y 291.



famosa comedia de D. Juan de Matos Fragoso, *El traidor contra su sangre* (anterior á 1650), que con poca justicia la destruyó de las tablas, y ha reinado en ellas hasta el siglo presente. El portugués Matos Fragoso, ingenio de plena decadencia, de poca ó ninguna inventiva, y de estilo, sobre toda ponderación, campanudo y pedantesco, tuvo, no obstante, la habilidad de acomodar al gusto de su público gran número de comedias viejas, dándoles cierta regularidad externa, y sustituyendo los sentimientos naturales y enérgicos que en ellas abundan, con la sutil casuística del honor y la empalagosa galantería, que tanto privaban entre los poetas cortesanos contemporáneos de Calderón, y que tan falsa idea dan de nuestro teatro á los que sólo en ellos le han estudiado. En el asunto de los Infantes, Matos prescindió por completo de la tradición popular; y aun entre las comedias ya existentes no se valió de *El Bastardo Mudarra* de Lope, sino de la tragedia de Hurtado de Velarde, la cual refundió á su modo, borrando, no sólo los rasgos de costumbres bárbaras procedentes de la leyenda primitiva, sino hasta las invenciones más felices de su predecesor, por ejemplo, la escena de los ocho fantasmas.

Pero como el mal gusto de Matos Fragoso no era capaz de destruir lo que la leyenda contiene de interesante y trágico, su obra llegó á ser popular, y no sólo se mantuvo en los teatros de la corte hasta 1821, por lo menos (1), sino que todavía hoy

---

(1) En dicho año, D. Alberto Lista, que ejercía la crítica teatral en el periódico *El Censor*, escribió un artículo abogando por la proscripción del engendro de Matos (t. VI, pág. 225.) En él se encuentra esta curiosa noticia:

«Si es cierto lo que se nos ha referido de Máyquez, ya hace mucho tiempo que el *Roscio* español había proscrito esta comedia. En una representación, las cabezas cortadas de los siete infantes empezaron á estornudar y á huir de la mesa, mientras su padre les dirigía las más tiernas y dolorosas expresiones. Máyquez había preparado este efecto cómico, sembrando por la mesa una buena dosis de flor de la Habana de superior calidad.»



suele representarse por aficionados y cómicos ambulantes en lugarejos y villorrios de Castilla, incluso en la misma comarca donde pasa la acción de la *gesta* primitiva.

Tema tan divulgado no podía librarse de la parodia, y, en efecto, ya en 1650 se representaba en el Retiro, ante la majestad de Felipe IV, una comedia burlesca de *Los siete Infantes de Lara*, en que el donoso entremesista Cancer y D. Juan Vélez de Guevara ponían en disparates la obra de su amigo y frecuente colaborador Matos Fragoso, y también algunas escenas de Lope y Hurtado de Velarde.

Nada que recordar hallamos en el siglo XVIII; pero al principio del presente se intentó dar forma de tragedia clásica al argumento de los Infantes. El Conde de Noroña, más apreciable como traductor de poesías orientales que por las suyas propias, compuso una tragedia de *Mударra González*, que no llegó á imprimirse, ni acaso á representarse; y un oscuro poeta barcelonés, D. Francisco Altés y Gurena, escribió otras dos, con los títulos de *Gonzalo Bustos* y *Mударra*, cuya representación, por los años de 1820 á 1823 consta, pero no que diesen crédito alguno á su autor.

El romanticismo renovó esta leyenda antes, y con más brillantez que ninguna otra. Con *El Moro Expósito ó Córdoba y Bargas en el Siglo X*, ganó D. Angel de Saavedra, en 1834 (1), la primera y memorable victoria de la escuela nueva, que triunfó en el campo de la épica antes de invadir la poesía lírica y el teatro. Por la calidad del asunto, que es una tragedia doméstica; por lo complicado é ingenioso de la urdimbre y por la manera noblemente familiar que predomina en el relato, puede considerarse *El Moro Expósito* como una magnífica novela en verso, superior en la amplitud del cuadro, y, sobre todo, en interés dramático y franqueza de ejecución, á cualquiera de las que en esta forma compuso Walter Scott, tales como

(1) Este es el año de la primera edición. El poema había sido comenzado en Malta en 1829 y terminado en Tours en 1833.



*The Lord of the isles*, *Marmion* ó *Rokeby*, y comparable, por lo menos, con sus mejores narraciones en prosa. Por lo tradicional y heroico de la leyenda, por el contraste que el poeta quiere presentar entre dos civilizaciones, y aun por ciertos procedimientos, evidentemente calcados sobre los de la epopeya clásica (como poner en relato, y no en acción, una parte considerable de la fábula, al modo como lo vemos en la *Odisea* y en la *Eneida*), pueden muy bien los amigos de clasificaciones retóricas contarle entre los poemas épicos, y no sé cuál otro de los compuestos en castellano en nuestro siglo puede arrebatarse la palma, ni quién de nuestros poetas modernos ha mostrado tan sostenida inspiración en una obra tan larga, teniendo por añadidura que luchar con un metro infelizmente elegido, el romance endecasílabo, que tiene todos los inconvenientes del verso suelto y ninguna de sus ventajas, y que por la monótona repetición de un mismo asonante en cada uno de los cantos, arrastra fatalmente á la verbosidad, al prosaísmo, á la facilidad desaliñada, que es la principal tacha que puede ponerse á esta obra insigne del Duque de Rivas, si quiera esta misma llaneza de estilo, bajo la cual palpita una vida poética muy densa, haga más fácil la lectura seguida. El argumento está muy modernizado, y se echan de menos algunos de los rasgos más característicos, porque el Duque no se remontó á las fuentes primitivas, no leyó la *Crónica general*, y aun de los romances hizo muy poco uso, y ninguno de la comedia de Lope de Vega, prefiriendo la de Matos Fragoso, que le sirvió bastante, si bien en la grandiosa escena de los espectros tuvo el feliz pensamiento de seguir á Hurtado de Velarde, cuya rarísima pieza había puesto en sus manos su amigo inglés Mr. Frere durante su residencia en Malta.

Hoy, que vemos la Edad Media con otros ojos que en 1830, podemos señalar en *El Moro Expósito* notables anacronismos y falta de colorido arqueológico. La parte arábica es enteramente convencional; pero en la parte castellana, si hay poca verdad histórica del siglo X, hay, en cambio, mucha verdad



española de todos tiempos, mucho realismo sano y popular, de buena casta, digno, en suma, del más nacional de nuestros poetas de este siglo.

Después de este monumento poético, sólo en nota y por recuerdo pueden citarse otras versiones modernas de la leyenda de los Infantes (1), ninguna de las cuales ha sido muy leída, exceptuando el libro de caballerías de Fernández y González (1853), cuyas exóticas invenciones, aborto de una fantasía calenturienta, han tenido la rara fortuna de encarnar en la fantasía del vulgo, donde menos pudiera creerse, en el alfoz de Lara, en la Bureba, en aquellas comarcas de la Castilla épica, donde resonó por primera vez la voz de los juglares cantando la perfidia de Ruy Velázquez y la venganza de Mudarra (2).

Tal es, en breve resumen, el libro del Sr. Menéndez Pidal, por lo que toca á su materia y contenido; pero lo que no puede resumirse en pocas líneas, lo que hay que estudiar en cada página de la obra misma, es el método preciso, severo, verdaderamente científico que la informa. Ni declamaciones, ni vaguedades: el autor se ciñe sobriamente á su asunto, y llega á apurarlo; pero como tiene el don de ver lo general en lo par-

(1) A la publicación de *El Moro Expósito* precedió en 1830 la leyenda de Trueba y Cosío *The Infants of Lara* en su *Romance of history of Spain*. El trabajo del escritor montañés se recomienda por la fidelidad con que procura ajustarse á los romances y á las historias, usando muy parcamente de la invención. Posteriores al Duque de Rivas son *Los Infantes de Lara* (1835), drama de D. Joaquín Francisco Pacheco, no representado nunca, y que vale todavía menos que su *Bernardo*; *Les Sept Infants de Lara*, de Feliciano Mallefille, tremebundo esperpento romántico, representado en el teatro de la Port Saint Martin de París en 1836, y del cual existe una traducción portuguesa; *El Bautismo de Mudarra*, original artículo, en prosa, de D. José Somoza, en que con novedad é ingenio se presenta á Mudarra convertido en un filántropo melancólico; *Los Siete Condes de Lara* (1842), serie de romances de García Gutiérrez, ajustados á la Crónica de Ambrosio de Morales; *Los Hijos de Lara*, pobrísima leyenda del P. Arolas, etc., etc.

(2) Véase sobre este punto el curiosísimo capítulo VI del libro del señor Menéndez Pidal, titulado *Los juglares y las tradiciones*.



ticular, ilustra de paso, y con gran novedad por cierto, ya la teoría histórica de nuestra epopeya, ya los puntos más oscuros de nuestra primitiva versificación, y traza por primera vez, y de mano maestra, el cuadro general de nuestra historiografía de los tiempos medios, presentándonos el árbol genealógico de las innumerables derivaciones y variantes de la *Crónica general*, con la recta apreciación de los diversos elementos poéticos que entraron en la composición de cada una de ellas. Si no hay en la literatura de ningún pueblo tema más interesante que el de sus orígenes épicos, este interés se acrecienta tratándose de un pueblo como el castellano, en que la historia corrió mezclada desde el principio con la poesía heroica, y en que el elemento épico es la fuente de todo lo más peculiar y castizo que ha producido nuestro arte nacional.

Este libro excede en tal manera lo vulgar y corriente entre nosotros, que no es de admirar que no haya sido entendido por muchos, y que otros le hayan despreciado sin leerle. Pero de tal desdén puede vengar ámpliamente al joven autor la crítica docta y justiciera de cuantos pueden tener en Europa juicio propio sobre tan arduas materias, y esta crítica le ha sido constantemente favorable, por boca de sus más autorizados intérpretes. Yo, que carezco de tal autoridad, y que no puedo alegar en mi abono más que el ardiente amor que siempre tuve á las cosas de la España antigua, y las muchas, aunque poco fructuosas, vigiliass que he dedicado á ilustrarlas, no quiero dejar de unir mi voz á este concierto de justas alabanzas; porque el libro del Sr. Menéndez Pidal, no sólo es excelente en sí mismo y admirable por la madurez de juicio que revela en los pocos años de su autor, sino todavía más admirable por el desierto intelectual en que tal obra ha nacido. ¡Quiera Dios que veamos multiplicarse estos síntomas de despertamiento de nuestra actividad científica, y que poco á poco lleguemos á reconquistar la conciencia de nuestro espíritu nacional y de nuestra historia, sin la cual no hay para los pueblos salvación posible!

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.



# EL REFORMATARIO DE ELMIRA

## ESTUDIO DE DERECHO PENAL PREVENTIVO

### § 1.º — LA ACTUAL ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA PENAL VA SIENDO ABANDONADA

En un discurso leído en Octubre de 1895 ante la Asociación Médica de Nueva York, su presidente, el profesor mister Flint, afirmaba «la necesidad de reconocer que, con las actuales leyes y la manera como se ponen en práctica sus disposiciones, el tratamiento del delito y del delincuente produce malísimos resultados y debe considerarse como un enorme fracaso.»

Este aserto no representa una opinión aislada, meramente individual, sino que más bien traduce el juicio que acerca de la presente administración de justicia penal tienen formado la mayoría de aquellos que dedican sus esfuerzos al estudio de tales cuestiones, y aun el que formulan muchos otros que, sin hallarse en este caso, han parado alguna vez su atención sobre ellas ó han observado los efectos detestables que se obtienen con la aplicación de las vigentes leyes criminales y con la forma usual de imponer y ejecutarse las penas.

Si el fin que debe perseguir toda institución social consiste en cooperar al bienestar colectivo, en servir de instrumento que, unido con los demás y en relación con todos ellos, contri-



buya á dar satisfacción cada día más completa á las aspiraciones y necesidades sociales, claro está que aquellas instituciones con las cuales no se logre esto no responden á su fin, son, en lo tanto, perfectamente inútiles, ó mejor dicho, nocivas (por constituir aparatos que no coadyuvan, sino que estorban al funcionamiento del mecanismo social y que, sin embargo, representan un costo enorme), y por lo mismo están reclamando, ó una reorganización radical, ó su total supresión y sustitución por otras.

Tal es precisamente el caso de las instituciones penales que desde hace tiempo vienen rigiendo en los países que se llaman civilizados. Sin duda alguna el fin especial de estas instituciones, la forma privativa de concurrir las mismas al mejoramiento social, debe consistir en la lucha contra los delitos, en buscar y hacer uso de los medios más aptos para disminuir el número y la intensidad de estos elementos de desorden, de intranquilidad, de perturbación, de infortunios generales. Ahora bien, según enseñan las estadísticas y reconocen casi unánimemente los escritores de las más distintas procedencias y de los más variados asuntos, en todas partes, con sólo alguna excepción (1), la criminalidad va en progresivo aumento,

---

(1) Como la de Inglaterra. Es, sin embargo, de advertir que la disminución de los delitos en este país tiene, según algunos, más de aparente que de real; la mayoría de los que hablan de la materia reconocen, no obstante, una disminución efectiva de delitos en la Gran Bretaña, pero reconocen también que esa disminución se debe precisamente al abandono gradual de las antiguas instituciones penales y á su sustitución por otras nuevas, penetradas de espíritu diferente que aquéllas, de espíritu preventivo (como los reformatorios, el trabajo obligatorio en las prisiones, los *training ships* ó barcos-escuelas para delincuentes, la liberación condicional, etc.), y que, sobre todo, se debe al gran desarrollo y extensión de otras muchas instituciones inspiradas en ese mismo espíritu, tales como las de protección á los niños y jóvenes delincuentes y desvalidos, las de asistencia, principalmente de asistencia por el trabajo á los adultos pobres y desamparados, á los enfermos, etc., las Sociedades de patronato y otras análogas.—La última estadística criminal publicada en Francia acusa



ya en el número de delitos, ya en la gravedad y brutalidad de los mismos y de las formas de cometerlos, ya en ambas cosas. Aumenta también el número de los criminales reincidentes, y por lo tanto el de los habituales y de profesión, que son los más peligrosos y en donde se reclutan (dejando aparte la cuestión relativa á los criminales natos, instintivos, por temperamento) los delincuentes incorregibles, si es que de delincuentes incorregibles es lícito hablar. Y aumenta asimismo de un modo alarmante la criminalidad en los menores, hasta el punto de que el contingente que éstos representan en la cifra total de la delincuencia alcanza muchas veces el 40 por 100, y aún más, lo que constituye un gravísimo sintoma denunciador de males muy hondos.

En vista de semejantes hechos, no es de extrañar que multitud de gentes se sientan altamente inquietas y preocupadas, que hayan perdido la confianza en los resortes que han venido hasta ahora tocándose para combatir el delito y que reconozcan la necesidad imprescindible que hay de variar de rumbos con suma urgencia en este particular; ni tiene, por consiguiente, tampoco nada de extraño, antes bien es muy natural,

---

también una disminución en la delincuencia de este país (después de un incesante aumento durante los últimos diez años. Pues bien: esta disminución se atribuye también á la multiplicación de las instituciones preventivas. «El desarrollo del patronato—dice Eugenio Crémieux (en la *Revue pénitentiaire*, Diciembre, 1897, págs. 1359-1360)—la rehabilitación accesible á todos, en fin y sobre todo acaso, una feliz aplicación de la ley relativa á la suspensión de la condena (la llamada condena condicional), que da una saludable advertencia y hace pesar sobre la cabeza de un delincuente de ocasión, durante cinco años, la amenaza de la prisión, más eficaz y saludable que la prisión misma, no han podido por menos de producir beneficiosos resultados. Se ha comprendido también que hay que buscar el mal y atajarlo en su raíz, que *es mejor prevenir que reprimir*, y yo tengo la convicción de que la caridad y la beneficencia, que se han ejercitado de un modo creciente, desde hace algunos años, en favor de la infancia abandonada y culpable, han contribuido en gran parte á producir los buenos efectos que la última estadística criminal señala.»



que en los países regidos por personas avisadas ó por gobernantes que prestan atento oído á los consejos de hombres de competencia y están siempre bien dispuestos para ponerlos en práctica, exista un fortísimo movimiento reformista en las esferas oficiales y se haya ido poco á poco y se vaya cada día más abandonando las existentes desacreditadas instituciones penales y reemplazándolas con otras de muy diverso sentido y á las que se atribuye mucha más eficacia para alcanzar el fin que dejamos dicho compete á esas instituciones perseguir.

Habíase observado ya por muchos escritores que el rigor penal desplegado en diferentes épocas de la historia, y en distintos pueblos, no había servido para disminuir absolutamente nada en éstos la criminalidad, si es que, dando resultados contraproducentes, no la había aumentado, habituando á los hombres á ser feroces y ofreciendo á los de abajo, desde arriba, ejemplos de crueldad fácilmente imitados; pero ni esta observación llegó nunca á penetrar en la conciencia colectiva, convirtiéndose en verdad de las llamadas de sentido común, que son las verdaderamente eficaces para mover la voluntad á la acción, á causa del automatismo psíquico que las caracteriza, ni los mismos individuos persuadidos de la inutilidad de las enormes y exageradas brutalidades penales se atrevían á condenar, por ineficaces, y por tanto, injustas, todas las penas: antes bien, reconociendo la justicia que en principio acompaña al empleo de éstas y la necesidad de las mismas para el logro de los fines de conservación y prosperidad social, pidieron su continuación, sólo que colocándose, como ellos dicen, en un *justo medio*, á la vez que combatían la imposición de durezas penales más allá de ciertos límites, siguieron pidiendo que se impusieran dentro de ellos, ó, lo que es igual, reclamaban sí el ejercicio de la función punitiva con el mismo sentido que hasta entonces se le había dado, pero aconsejaban que se economizaran todo cuanto fuese posible las penas, y únicamente se empleasen en casos de verdadera necesidad, y aun entonces con benignidad suma.



Tales consejos se han puesto en práctica, si bien no con todo el rigor que ellos suponen, durante un período de tiempo bastante largo, más de un siglo. Al cabo del cual ha venido á generalizarse bastante entre los pensadores la persuasión de que lo mismo que de las penas gravísimas y atroces de otros días hubo de decirse, es preciso decirlo de todas las penas, aun de las más leves; pues todas ellas, incluso las leves, y hasta las leves con mayor fuerza que las restantes, están contribuyendo á aumentar la criminalidad en lugar de disminuirla; están, pues, sirviendo para fines contrarios á aquellos que les sirven de fundamento. Por eso la función penal entera está sufriendo hoy una hondísima crisis, y el sistema de instituciones que se había venido creando para el desempeño de tal función, corroído en sus cimientos, se va desmoronando poco á poco, surgiendo, al lado de las que se caen, otras instituciones influídas por el nuevo espíritu.

Este cambio se advierte ya en la mayoría de los países europeos (Francia, Suiza, Bélgica, Holanda, Alemania), aunque donde principalmente se halla arraigado y extendido es en los más septentrionales, en Inglaterra, Suecia, Noruega, que cuentan ya, á la hora que corre, con un verdadero organismo, ó, mejor, con un conjunto de organismos de instituciones (1), que tienen por objeto combatir la delincuencia en sus fuentes. También en la América del Norte, donde tanto se ha trabajado por la mejora penitenciaria, y donde tantos ensayos ó experimentos se hacen en este orden, como en otros muchos, han venido á la vida hace ya años algunas de esas instituciones á que se hace referencia, y en las que tienen puesta la vista los demás pueblos de ambos continentes, con el objeto de conocer los frutos que las mismas producen y resolverse en su virtud á hacerlas propias, á aceptarlas con modificaciones ó á rechazarlas por completo.

---

(1) Se dará cuenta detallada de ellas en los *Problemas de Derecho penal*, tomo II.



De una de tales instituciones, que actualmente llama mucho la atención por lo que se separa de las que en el resto del mundo persiguen fines parecidos al suyo, ó sea luchar contra la delincuencia, vamos á hablar en las siguientes páginas.

## § 2.º—ESPÍRITU DEL REFORMATARIO

Tanto las instituciones penales y penitenciarias como las restantes instituciones sociales serán distintas y habrán de hallarse diferentemente organizadas, según sean los fines que con las mismas se persigan. Esta verdad, tan elemental y tan clara, suele desconocerse muy á menudo. Sin preguntarse las más veces por el fin ó fines que haya de procurarse alcanzar con la pena, los gobernantes legislan sobre el asunto y disponen la forma en que aquella debe ser ejecutada, que es lo mismo que obrar á ciegas y sin objetivo alguno. De aquí proviene el que los preceptos relativos al orden penal y penitenciario sean con frecuencia tan abigarrados, inorgánicos y contradictorios, hasta el punto de que si todos los vigentes en un mismo país y en un mismo momento se pusieran en práctica con todo rigor, los unos servirían cabalmente para impedir ó deshacer la obra de los otros.

Los resultados que de la aplicación de las penas pueden esperarse cabe muy bien reducirlos á dos únicos grupos: ó se imponen aquellas mirando al pasado, al delito cometido, para castigar al autor del mismo, vengarse de él y hacerle expiar su culpa; ó se imponen con la vista colocada en el futuro, al intento de prevenir la comisión de nuevos delitos. El carácter y espíritu de la función penal es en uno y otro caso perfectamente opuesto y, por consiguiente, la manera de hallarse organizadas las instituciones que contribuyan al desempeño de la misma deberá ser también muy distinta. Mientras para castigar y reprimir sólo se necesita disponer de medios adecuados, emplear durezas que hagan padecer al que las sufre, y no



debe preocupar, por tanto, el que los encargados de administrar los castigos adquieran ciencia ni cultura alguna, bastando con que tengan la suficiente fuerza física para usar del castigo y la bastante carencia de entrañas para no enternecerse por las torturas del penado y por la suerte que al mismo le ha cabido; para impedir la comisión de futuros delitos, ó sea para ejecutar las penas con arreglo á un fin, dentro de los límites exigidos y consentidos por éste, es absolutamente preciso cierto estudio, una preparación adecuada que permita determinar con toda exactitud el resultado que uno debe proponerse, la dirección en que debe obrar y los medios de que ha de echar mano al efecto: ó lo que es lo mismo, se necesita averiguar los elementos criminógenos que han de ser combatidos, la eficacia cuantitativa de cada uno, y las fuerzas que han de servir de armas para ese combate. Lo cual supone la existencia de un personal idóneo, formado *ad hoc*, y la existencia de todo un mecanismo ó sistema de instituciones que estén organizadas para la persecución de los dichos fines, manejado por el personal de que acaba de hablarse. En el primero de los dos anteriores sistemas penales, en el punitivo, de la propia manera que no se tiende, ni cabe rigurosamente tender, á la obtención de mejoramiento alguno social, porque esto significaría tanto como dirigir la vista hacia adelante en vez de dirigirla hacia atrás, hacia el delito cometido, para hacer que su autor lo expíe, para que «pague»—según se dice—la «deuda contraída», para que mediante la aplicación de un castigo «se restaure el derecho perturbado»; no cabe tampoco disponer los lugares de pena de otro modo que como la índole de ésta lo exige, esto es, como lugares de sistemático sufrimiento, lóbregos, insalubres, de tétrico aspecto (1), ni cabe *en justicia*

---

(1) Según han venido siéndolo en todas partes y lo son todavía en los países más atrasados en este orden, como el nuestro. Los pocos escritores que en épocas pasadas trataron de materias que hoy llamamos penitenciarias no vieron las cosas de otra manera, aun los de más saber y más alto



rodear la ejecución de aquélla de consideraciones y suavidad para con los sujetos á quienes se imponen: lo más que se puede permitir es que tales consideraciones se apoyen en motivos de clemencia, de benevolencia, de *caridad*. He aquí por qué todo el movimiento reformista de las prisiones y todo el movimiento penitenciario en general que se inicia ó, mejor, se acentúa, á fines del siglo pasado, tuvo en su origen (en Howard y los norteamericanos) y ha seguido teniendo después (acaso hasta que los correccionalistas afirmaron en la pena un fin esencialmente bueno y dijeron que el delincuente tiene *derecho* á ella) un tinte exclusivamente humanitario. He aquí también por qué el maestrescuela de la catedral de Toledo, Bernardino de Sandoval, adelantándose más de dos siglos al movimiento penitenciario á que acabamos de hacer referencia, escribe un libro con el propósito de mover el corazón de toda clase de personas para que se apiaden de los presos, especialmente de los presos pobres, y les favorezcan en lo que puedan, no por deber de estricta justicia, sino como obra de misericordia (1). La posición es, por tanto, esta: se reconoce la justicia de la pena como castigo, pero se recomienda hacer uso del mismo con la mayor benignidad posible (2). Bien por el

---

espíritu. Sirva de ejemplo el español Cerdán de Tallada, cuando en su obra *Visita de la cárcel y de los presos*, Valencia, 1574, primera edición, capítulos III y siguientes, trata de las cárceles y de las condiciones que deben tener.

(1) La obra de Sandoval, *Tractado del cuydado que se debe tener de los presos pobres*, Toledo, 1564, puede muy bien ser considerada como un *Tratado de caridad para con los presos pobres*, algo así como un *Manual del visitador del preso*, del siglo XVI, ya que su contenido lo forma una serie de consejos y reflexiones cuyo objeto es interesar á toda clase de personas para que ejerzan con los presos, más que nada con los pobres, las obras de misericordia. De ninguna manera es, como algunos dicen, un libro de carácter propiamente penitenciario.

(2) El propio Sandoval aconseja como obra de misericordia el interceder por los presos pobres cerca de los jueces para que templen la justicia con la clemencia, y cerca de los acreedores ricos para que remitan toda la



contrario, en el sistema que busca con la pena la consecución de algún fin de utilidad social, como es preciso subordinar la ejecución de la misma á dicho fin, la organización de los establecimientos y la designación de los lugares ó formas en que esa ejecución ha de tener lugar es cosa que corresponde directamente á aquel sistema y, por consiguiente, los problemas penitenciarios y las reformas que en este orden deben ser introducidas dejan de ser problemas y reformas dependientes de la simple benevolencia, misericordia y generosidad de los individuos, para convertirse en reformas y problemas de verdadera y estricta justicia. Por tal motivo, desde que con la pena se persigue un fin, no ha podido menos de constituirse como disciplina sustantiva la ciencia penitenciaria, que es la que enseña los medios de obtener aquél con el mínimo esfuerzo y gasto posible; ciencia ya incorporada al organismo de las que el criminalista debe conocer y sin cuyo adecuado conocimiento no puede darse un paso en la administración de justicia penal con sentido utilitario y preventivo.

Durante mucho tiempo, el único sistema penal que han traducido las leyes, inspirándose en las enseñanzas de los escritores, ha sido el primero de los indicados, el represivo, pues con la imposición de la pena no se quería alcanzar otra cosa más que castigar á los autores de los delitos. Si juntamente con esto se obtenían algunos resultados útiles para el reo mismo, para la colectividad ó para ambos (enmienda, intimidación, etc.), tanto mejor; pero bien entendido que el castigo era lo verdaderamente esencial, y que todo lo restante no pasaba de accesorio. Hoy en día esta misma es la idea predominante en la masa social, entre el vulgo ilustrado, en la mayoría de las legislaciones y aun entre buen número de los

---

deuda ó parte de ella al que no tiene haciendas; y añade que esta intercesión no está reñida con la justicia, sino que reconociéndose *justo* el castigo del delincuente, se debe interceder en su favor por *caridad*. (Ob. cit., cap. V, folios 11 vuelto y 12.)



estudiosos de asuntos penales, sobre todo de los partidarios de las doctrinas abstractas y de la justicia absoluta.

Poco á poco, sin embargo, se ha ido dando mayor desarrollo, así en la esfera de la especulación teórica como en la esfera de la vida práctica, al sentido utilitario y á los fines accesorios de la pena, hasta el punto de haber llegado éstos á equilibrarse con el fin del castigo y á hacerse tan importantes como él. Y de todos los fines considerados como secundarios, el que ha sobrepujado á los demás ha sido el de la "corrección y mejora del reo; fin que, en el día de hoy y en el ánimo de muchas gentes, comparte por igual, cuando menos, el predominio con el fin del castigo ó represión. Justamente esa ponderación, quizá imposible, entre el carácter de medio represivo y medio reformador ó preventivo, es lo que quiere en la pena una parte de la opinión científica más avisada en las materias penales, cuando pide—cual ocurre con la Howard Association de Londres, y especialmente con su secretario Mr. Tallack—que al imponerse aquélla se atienda al doble propósito de la intimidación y la enmienda y se procure huir tanto del extremo de la pura represión como del de la exclusiva prevención, buscando en cambio la bisectriz del ángulo que formen ambas fuerzas. Esto mismo es también lo que vienen persiguiendo las nuevas instituciones penitenciarias de algunos países modernos, como Inglaterra.

Pero, á pesar de la situación general de las cosas en el orden penal, según acabamos de referir, todavía hay, aun en nuestros mismos días, no sólo pensadores que proscriben de la pena todo elemento de castigo y la convierten en medio puro de mejoramiento, sino países cuyas leyes é instituciones están animadas de los mismos propósitos. Esto es justamente lo que ocurre en Nueva York, Estado al que pertenece el Reformatario de Elmira. La ley Fassett, de 1889, mediante la cual se llevó á cabo la codificación y á la vez la revisión de los preceptos generales vigentes en el referido Estado, desentendiéndose por completo de los influjos doquiera dominantes, ha dado



un paso franco y resuelto en la dirección del derecho penal preventivo, estableciendo que el resorte que debe mover toda la maquinaria de la administración de justicia criminal, el fin para que ha de estar dispuesta toda ella, tiene que ser *la reforma del delincuente*. Mas como el término «reforma» es demasiado vago y equívoco, debe saberse que, «en el sentido técnico penal, no implica una transformación religiosa en el individuo, ni significa que éste haya de nacer de nuevo intelectual y moralmente, ni tampoco que se le transforme en un ser superior á lo que consientan sus disposiciones y aptitudes nativas. Un delincuente está *reformado* cuando en él se haya operado un cambio tal, que al volver á la vida libre *no seguirá cometiendo delitos* (1)». La propia ley explica, por medio de una perífrasis, lo que ha de entenderse por «reforma del delincuente», á saber: «la razonable probabilidad de que el prisionero, vuelto á la vida libre, obrará de modo que no viole las leyes»; con lo cual este «admirable estatuto», como le llama Mr. Smith, resuelve de la manera más acertada, á mi juicio, la objeción que podría hacérsele sobre las garantías necesarias para tener la seguridad de que un individuo se halla corregido; objeción que cabe presentar, no ya sólo con relación á este caso, sino con relación al obrar humano en todas las esferas, pues cuando del mismo se trata (como también, con

---

(1) Este es el sentido que puede tener la palabra «reforma» empleada por la ley, según Mr. Smith. Véase su artículo *New York's Prison Laws*, publicado por la *Society for political education*, de Nueva York, y reproducido en el libro *Papers in Penology*, 1891, una de las excelentes publicaciones del Reformatorio de Elmira. El mismo Smith añade: «Reformado de esta suerte el delincuente, puede todavía seguir siendo un sujeto apto para recibir el influjo de los esfuerzos religiosos (por parte de las confesiones religiosas), de la educación moral (que le proporcionará la sociedad), de los cuidados y auxilios humanitarios (que le preste la beneficencia organizada); pero tan luego como ha llegado á convertirse en un ciudadano que vive permanentemente en paz con la ley, el Estado ha hecho todo cuanto se le puede y debe exigir. Su jurisdicción no va más allá».



suma frecuencia, cuando se trata de la acción de la naturaleza y sus leyes, que se dicen invariables y fatales) no se pueden jamás hacer para el porvenir cálculos cerrados y seguros, únicamente pueden hacerse cálculos aproximados.

Es claro que, variado de esta suerte el objetivo de la justicia penal, tienen que cambiarse, para responder al mismo, todas las instituciones y medios que hasta al presente han venido contribuyendo á la consecución de fines opuestos (1). Contra el antiguo principio de la aplicación de *iguales* castigos á todos los autores del mismo delito, es necesario afirmar el principio de la *individualización* del tratamiento reformador, acomodándolo á la índole particular de cada sujeto necesitado de él. Frente á la idea corriente de ser el *delito*, su mayor ó menor gravedad objetiva, el *único* elemento que haya de tenerse en cuenta para la graduación de la pena, habrá que poner la idea de que el tratamiento mejorador debe acomodarse á la situación de cada *delincuente*, y que para determinarlo es preciso echar mano de *cuantos datos* puedan ayudar al conocimiento de la situación referida, siendo de mucha importancia al efecto los *antecedentes* y toda la vida pasada del individuo, mientras el delito perpetrado podrá ofrecer á menudo muy poco valor para el caso. En lugar de la exigencia antigua, de fijar por anticipado y con carácter de invariable la duración del castigo, se deberá reconocer la imposibilidad de señalar de un modo definitivo y seguro, *à priori*, la duración del tratamiento mejorador y preventivo, porque no se puede saber de antemano el tiempo que cada sujeto empleará en reformarse, si es que algún día está reformado; es decir,

---

(1) «Es una cosa moralmente segura que en lo porvenir el Estado tiene que convertir las prisiones en asilos benéficos.» (*Year Book* del Reformatario de Elmira, 1893: *Board of Managers' Report*, pág. 8.) «Las prisiones deben convertirse en hospitales de delincuentes, donde éstos permanecerán hasta que se hallen curados.» (*The Elmira Reformatory of to-day, en Papers, etc.*, págs. 115 y 117-18.)



que en el nuevo sistema tienen que sustituirse las actuales sentencias, donde se determina la duración indefectible de la pena, por las sentencias indeterminadas, cuya duración depende del tiempo que tarde en conseguirse el fin que con ellas se busca, á la vez que por otras instituciones que constituyen el indispensable complemento de éstas, como la liberación condicional, el patronato, etc.

Todos estos principios esenciales en un sistema penal nuevo, ó sea preventivo, están reconocidos por la legislación del Estado de Nueva York, y puestos en práctica singularmente en el famoso Reformatorio de Elmira, el cual se considera por eso como la institución penitenciaria hoy más adelantada en el mundo y como la primera que ha enseñado prácticamente qué es lo que tienen que hacer los hombres para conducirse de un modo racional, verdaderamente humano, y á la vez y por lo mismo, justo y utilitario, con los delincuentes (1).

---

(1) «El Reformatorio de Elmira cabe considerarlo como una especie de lección de cosas (en cuanto se refiere á la manera acertada de tratar á los delincuentes), supuesto que es, probablemente, la institución modelo en su género que existe en el mundo.» «El Reformatorio de Elmira parece ofrecer hoy el modelo al que las autoridades penitenciarias inglesas, si no las de todo el mundo, deben ajustarse cuando traten de establecer un sistema nuevo y de reformar los existentes.» (Artículo publicado en el *London Law Times* y reproducido en la *Occasional circular of information*, núm. 5, del Reformatorio de Elmira, págs. 35 y 42.) «En resumen, un criminal por instinto, cuya criminalidad ha encontrado un medio favorable donde desarrollarse, absolutamente iletrado, sin oficio alguno ni medios de ganarse honradamente la vida, con una organización física débil y viciosa, puede salir del Reformatorio condicionalmente (*on parole*) con fortaleza y bienestar físicos, con cierta educación proporcionada á su estado y condición y con algún oficio ó habilidad manual especial de que puede hacer uso lícito en un medio honrado. Tiene además seis meses para aprender á conducirse bien por sí solo y sin ayuda de nadie fuera del Reformatorio, al cabo de los cuales se le da la libertad completa, quedando como un hombre libre. El Reformatorio de Elmira merece muy bien conservar el puesto que tiene como *institución modelo en su género.*» (*The coming role of the medical profession in the scientific treatment of*



No sólo la organización entera del Reformatorio está perfectamente infiltrada del referido espíritu preventivo y de reforma del criminal, y dispuesta, como veremos, para la consecución de semejante fin, sino que las mismas autoridades y funcionarios encargados de dirigir la institución y de mover los diferentes resortes de que en ella se dispone declaran multitud de veces, en las propias publicaciones del Reformatorio, que lo que en éste se busca es la reforma del criminal. El *Board of Managers*, á quien está confiado el supremo gobierno del Reformatorio, asegura que «los delincuentes son enviados á él por los Tribunales, no para que sean *castigados*, sino para

---

*crime and criminals*, discurso del Dr. Austin Flint, presidente de la *New York State Medical Association*, reproducido en la *Occasional circular* citada, pág. 69.) «Por espacio de diez y ocho años, el Reformatorio de Elmira ha merecido la más alta estimación de los hombres de ciencia, de los hombres políticos y de los Gobiernos. Sus teorías y métodos han sido adoptados y puestos en práctica en muchos países. Sus buenos resultados se han tenido por incomparables y han merecido aplausos. Ninguna otra prisión ha ensayado y realizado con sus huéspedes tantas y tan buenas cosas como ésta. Jamás han llegado á juntarse en una institución tan múltiples y eficaces estímulos morales á la buena conducta y á la autoreforma. En ninguna parte, ni aun en las mejores escuelas que el Estado sostiene, se encuentran oportunidades más favorables para adquirir una buena educación y un oficio.» (*Report del Board of Managers del Reformatorio á la legislatura del Estado de Nueva York en 31 de Diciembre de 1894, publicado en el Nineteenth Year Book del mismo Reformatorio, correspondiente al año 1894, pág. 7*). «El Reformatorio de Elmira no es una institución perfecta en todos los respectos; antes bien, cabe introducir en él mejoras en cuanto á algunas materias que no es posible tratar en este informe. Pero en cuanto á la manera como se halla organizado y funciona, es un *reformatorio modelo*. Sus resultados han sido extraordinarios en cuanto se refiere á la reforma de los criminales. Probablemente ocupa el puesto preeminente entre los reformatorios del mundo.» (*Report de la mayoría de la comisión nombrada en 1894 para hacer una información, de que ya hablaremos, acerca de determinados cargos dirigidos al Reformatorio; report publicado como apéndice en el Year Book citado de 1894, conclusión, pág. 45*.)



*reformatarles*» (1); «no para recibir castigo, sino para sujetarles y educarles, haciendo que permanezcan sometidos á ciertos influjos hasta tanto que se tengan pruebas de que sus disposiciones y aptitudes han experimentado tal cambio, que pueda uno prometerse que, una vez obtenida la libertad, observarán una conducta ordenada y se ganarán la vida con el propio esfuerzo» (2); que el dicho *Board* «considera como un deber la persecución de la reforma de los reclusos por los medios que mejor sirvan para lograrla, sean de la índole que sean» (3), y que la reforma, lo que significa es «devolver el recluso á la sociedad, no más, sino probablemente menos dispuesto á caer en el delito de lo que puede estarlo un individuo honrado de la clase á que él pertenece» (4). Mr. Z. R. Brockway, director general (*general Superintendent*) del Reformatorio, alma del mismo, y á cuya competencia y demás excelentes dotes personales se debe tanta parte del buen éxito que ha alcanzado, afirma terminantemente también que «el propósito que anima el tratamiento empleado en el Reformatorio *no es punitivo, sino protector y reformador*; es la protección de la sociedad por

(1) *Eighteenth Year Book*, 1893: *Board of Managers' Report*, pág. 11.

(2) *Idem*, *id.*, pág. 16.

(3) *Idem*, *id.*, pág. 18.

(4) *Idem*, *id.*, pág. 21. «Cuando un joven criminal—sigue diciendo el *Board of Managers* para determinar su concepto de la reforma—ha estado sometido durante un año ó más, y bajo el sistema de vales que se usa en el Reformatorio, á la rigurosa disciplina de esta institución; cuando ha conseguido obtener un buen informe de conducta y buenas notas respecto á su comportamiento en el trabajo manual y en la Escuela de Letras; cuando por su manera de obrar, su firmeza y su valer ha logrado la confianza de las personas que gobiernan la casa y se le ha colocado, bajo la garantía de su palabra, en una provechosa ocupación que le proporciona mayor salario que el que anteriormente pudiera ganar; cuando, después de su liberación, ha continuado por espacio de seis meses ó más siendo trabajador é industrioso, económico, sobrio, y asociándose con buenas compañías, no parece un atrevimiento predicar de él la reforma en el sentido que hemos dado á esta palabra.»



medio de la reforma de los delincuentes» (1). «El espíritu y fin de todo el tratamiento de los prisioneros en este Reformatorio *no es* en manera alguna *retributivo*, sino siempre, y en todo, *remediador*», dice en otra parte el mismo Mr. Brockway (2). «El régimen disciplinario de este Reformatorio no tiende á imponer al criminal un castigo que retribuya su crimen, ni al prisionero un castigo que retribuya la falta cometida en la prisión; aquí no se aplica ni se tiene en cuenta el principio según el cual el que comete un crimen ó una falta debe pagar por ellos un equivalente. De aquí que para los fines del Reformatorio no tenga importancia alguna el resolver ó tratar de resolver la importante cuestión relativa á la responsabilidad moral del prisionero por su conducta. Ni tenemos necesidad, ni tratamos de medir la penalidad que corresponde á cada delito ó falta. Una retribución suficiente, y si se quiere la mayor aproximación posible á la igualdad, se consigue cuando el tratamiento del reo consiste tan sólo en remediar sus defectos y corregir su conducta. Tampoco se considera que la intimidación haya de ser un fin á que deba tender necesariamente el régimen disciplinario del Reformatorio. Los mejores efectos intimidadores, así sobre las personas mal inclinadas que viven en la sociedad como sobre los prisioneros asociados en el Reformatorio, se consiguen ciertamente cuando, gracias á los medios empleados en éste, los criminales y los prisioneros cambian de conducta y de carácter, mejorándolos. Si puede conseguirse que el primer acto criminal de un individuo sea, á la vez que el primero, el último, y que la primera falta cometida por un recluso en la prisión sea también la única que el recluso cometa, claro es que no habrá medio más eficaz que éste para prevenir los crímenes y las faltas. Por lo cual, así

---

(1) *Eighteenth Year Book, 1893: General Superintendent's Report*, página 23.

(2) *Nineteenth Year Book, 1894: General Superintendent's Report*, página 18.



para los fines de la retribución como para los de la prevención, la disciplina debe ser cuidadosamente encaminada y dirigida, como lo está actualmente la del Reformatorio, al gran propósito de ir sacando á los criminales, uno por uno, de la clase de los ciudadanos turbulentos y predadores, y convirtiéndolos en ciudadanos ordenados y trabajadores» (1). En los *Reports* de las demás autoridades y funcionarios del Reformatorio y en otros documentos se encuentra así bien declaraciones semejantes á ésta sobre el espíritu que informa el Reformatorio y cada una de sus secciones ó departamentos; declaraciones de que, para no cansar, hacemos gracia al lector. Únicamente citaremos todavía, por el valor que tal testimonio tiene, las siguientes palabras que se leen en el informe de la mayoría de la Comisión nombrada en 1894 para hacer una información sobre el Reformatorio y sobre la verdad de ciertas acusaciones contra él lanzadas: «El problema cuya solución ha acometido el Reformatorio de Elmira es éste: ¿Qué debemos hacer con esta clase de hombres viciosos y desgraciados (los delincuentes) para devolvérselos á la sociedad ciudadanos honrados, respetuosos de las leyes, individuos que atiendan á sus necesidades con el producto de su propio trabajo?» (2). El lector, luego que se entere de lo que es el Reformatorio, de su organización y de los medios en él puestos en práctica, se convencerá de que estas afirmaciones tienen más valor que el de meras palabras sonoras, pues verá por sus mismos ojos que los hechos responden perfectamente á ellas.

Igualmente se persuadirá de que el tratamiento individual de los reclusos, las sentencias indeterminadas y la liberación condicional—requisitos, como hemos dicho, de un sistema penal preventivo—son también rasgos característicos de la institución que nos ocupa.

(Se continuará.)

P. DORADO.

(1) *Nineteenth Year Book*, 1894: *General Super.s Reports*, pág. 14.

(2) *Nineteenth Year Book*, apéndice: *Majority Report*, págs. 18-19.



# LA LITERATURA CIENTÍFICO-MILITAR DE ESPAÑA

EN LOS DOS ÚLTIMOS AÑOS

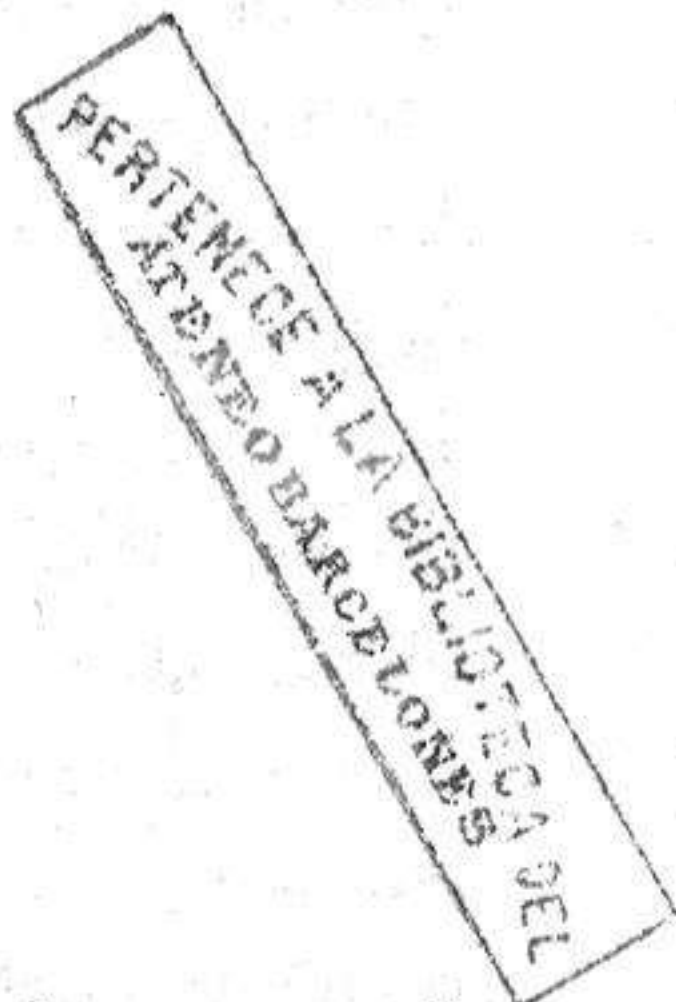
---

(1.º Julio 1895.—1.º Octubre 1897.)

## I

DECADENCIA DEL LIBRO EN EUROPA.—SU SITUACIÓN EN ESPAÑA

El libro está en palpable decadencia en toda Europa. Alemania, que ha sido por tanto tiempo el cerebro del universo, ya no piensa. Inglaterra, que presumió siempre con razón de la originalidad de su pensamiento, atraviesa por una gran depresión de fuerzas intelectuales. Francia, que con la magia de su imaginación y de su estilo era el conductor ecuménico de las ideas de todos los hombres, como no encuentra elementos que asimilarse, se halla en una consunción verdaderamente anémica. Los demás países que recibían de estos centros docentes la influencia refleja con que se sostenía el equilibrio armónico de la inteligencia en todo el mundo civilizado, han perdido la costumbre de leer y de raciocinar. Nada digamos de España, porque, desde hace más de dos siglos, casi enteramente carecemos del pensamiento propio que en las dos centurias antecedentes impuso al mundo sabio y al mundo literario el yugo y la supremacía de nuestro genio nacional. La





crisis de la inteligencia abarca al mundo entero, precisamente cuando el progreso incesante de la ciencia en todas sus manifestaciones parece determinar el movimiento más activo de que hay mención en la historia.

En esta palmaria contradicción hay que considerar los factores más complejos. La índole de los estudios modernos ha traído á una decadencia inevitable la antigua Universidad, que ya no incluye en la calificación de sus cátedras la total enciclopedia del humano saber. Los Institutos politecnicos le han arrebatado el cetro de once siglos. La larga lucha entre la filosofía de la fe y la filosofía de la razón, ha obligado á la Iglesia á separar de ella sus Seminarios de teólogos y cano-nistas. Brazos tan importantes de la ciencia eterna, como la Medicina, si no se le han emancipado todavía completamente, han segregado de ella sus clínicas y sus laboratorios. Las lenguas vivas, de aplicación tan inmediata y constante en las relaciones del cosmopolitismo actual de las ideas y de los intereses entre los hombres y entre los pueblos, han casi pros-crito la limitada utilidad de mera erudición de las lenguas muertas. La Pedagogía y el Arte se han erigido propias Aca-demias. La Universidad, por lo tanto, ha quedado relegada á un papel secundario, donde sólo se cultivan las nociones del Derecho y las especulaciones de las ciencias de la imaginación.

Con la transformación de la índole de los estudios ha coincido otro hecho de una importancia capital y determinante en la marcha del componente social. Es cierto que la instruc-ción general en sus primeros rudimentos se ha difundido pro-digiosamente; pero todos los que saben leer no estudian; y de los que leen por recreación, el mayor número llena las exigen-cias de su curiosidad y se satisface más cumplidamente con la lectura del periódico que le ilustra de continuo, y sin fatigar-le, sobre todos los sucesos que ocurren cerca ó lejos, que con las antiguas producciones de la inteligencia y de la imagina-ción. El periodismo, bajo todas sus formas, como diario, como semanario, como revista, compendia en breve resumen cuanto



interesa saber ó se da en instrucción y pasatiempo al espíritu, sin que en los mismos que lo escriben haya que suponer una preparación docta adecuada á la ocupación enciclopédica de todas las cuestiones, porque para eso abundan las enciclopedias abreviadas, donde se dan capitulados los datos que cada uno necesita para su esclarecimiento, sin tenerse que entregar á la ímproba consulta de libros, ni de ninguna suerte de ilustraciones documentarias.

La complejidad de motivos que de estos sumarios hechos sociales, y de otros en que por no ser prolijos no nos detenemos, surgen, determina la enorme depresión que sobre el libro pesa en todas las literaturas del mundo culto, sin que basten para reanimarlo ni la autoridad de los nombres, ni la novedad de las materias, ni los atractivos de la invención, ni las galas de la elocuencia. Solamente lee el que necesita leer, y únicamente se lee lo que se considera útil.

En España esta decadencia en sí toca los límites de la inanidad. Delante tenemos los documentos que sirven como de barómetro de la producción literaria, donde con ruda exactitud estos hechos se demuestran. Por una parte, las notas trimestrales del Registro general de la propiedad intelectual que la Dirección general de Instrucción pública inserta en la *Gaceta*; por otra, el *Boletín oficial de la propiedad intelectual é industrial del Ministerio de Fomento*, publicación complementaria donde se consignan aquellos datos; y, finalmente, el *Boletín bibliográfico*, que con frecuente periodicidad da á la estampa la librería de Murillo, y en el que se encuentran las obras que por desidia de sus autores, ó por ignorancia ó por otras causas, no recurren á la autorización de aquellos derechos, y escapan, por lo tanto, á las estadísticas que en aquel negociado se forman.

El alma se cae á los pies examinando aquellos miles de números, entre cuya acumulación no existe sino el más espantoso vacío. El término medio de los libros que se inscriben en cada trimestre en las oficinas de la propiedad intelectual, suele



ser de 150 en números redondos, lo que da una producción anual de 500 obras, en una literatura que en los dominios de España hablan 24 millones de habitantes, y 70 millones entre los que tienen por lengua común el castellano en uno y otro mundo. Todavía considerada esta suma con relación á nuestra población nacional, supuesto que no hemos tenido hasta aquí, ni acaso tengamos nunca, arte para llevar la dirección de la inteligencia en las dilatadas regiones de América, donde florecen dieciocho Estados independientes, formados en nuestro propio espíritu y engendrados en nuestra propia sangre, parecería hasta cierto punto consoladora en comparación con otras literaturas. Pero del análisis cualitativo de este número de obras, el ánimo no puede menos de salir dolorosamente impresionado.

En el primer trimestre del año 1895, las inscripciones hechas en el Ministerio de Fomento ocuparon los números correlativos 18.763 á 18.942: es decir, 187 libros. En el segundo semestre del mismo año, del 18.943 á 19.085, ó sean 142 obras; y así en los subsiguientes. Pues bien: en las 187 producciones literarias del primer trimestre, sólo se registran como obras literarias fundamentales, un estudio sobre *Nerón*, escrito por D. Emilio Castelar y publicado en las ediciones industriales que para el mercado de América hacen las casas editoriales de Barcelona, y tres opúsculos políticos de D. Andrés Borrego, unos póstumos, y otros reimpresos en Madrid. Entre las 142 obras inscritas en el segundo semestre, no hay más que otro libro de escritor conocido y de nota: unos *Poemas cortos*, de D. Gaspar Núñez de Arce. El resto de aquellas dos cifras lo componen, según su importancia numérica: libros elementales de instrucción primaria, en gran número impresos en casi todas las localidades de España que poseen imprentas, lo mismo capitales de provincia que pueblos de inferior calificación, como Toro, el Ferrol, Mahón, San Andrés de Palomar y Manresa; obras dramáticas y dramático-musicales, preponderando los juguetes en un acto de los teatros por horas; fotografías,



calendarios, guías y agendas de bolsillo, libros de devoción y otras producciones semejantes: toda la literatura pequeña que puede llamarse *industrial*.

Una estadística de este género es la más desconsoladora demostración de una decadencia intelectual que raya en el más profundo oscurantismo. Claro es que en esta revelación se descubre además un hecho inmoral; porque realmente, y aunque la depresión literaria sea entre nosotros tan extensa como hemos lamentado, no es esto todo lo que se produce. Pero nuestros autores y los editores de los libros que se imprimen en nuestro país se contentan con poner al reverso de sus portadas la indicación de que les está garantida la propiedad, sin que se tomen la molestia de hacer válido este derecho cumpliendo lo que la ley preceptúa para consagrarlo plenamente y en su perfecta legitimidad.

De cualquier modo que sea, si en los demás países de Europa que antes mencionamos el libro pasa por una crisis extraordinaria, en España, como antes se ha aseverado, esta decadencia raya en los límites del oscurantismo.

## II

### PEDAGOGÍA Y TÁCTICA MILITAR.—OBRAS DIDÁCTICAS Y ELEMENTALES

Sin embargo, obedeciendo al principio antes sentado de que sólo ya lee á gran aliento el que necesita leer, y de que sólo se lee lo que es útil, en medio del cuadro de general atonía científico-literaria que se ha bosquejado someramente, se ha iniciado en nuestra patria, de pocos años á esta parte, un creciente movimiento de elaboración científica en uno de los más importantes componentes orgánicos de nuestro medio social: en los institutos armados del Ejército y en sus cuerpos de asimilación.



No quiere decir esto que en el grado que nos es propio, éste sea un hecho nuevo en nuestro siglo, en la noble emulación de la cultura militar. El siglo en que, dentro y fuera de nuestro país, han logrado captarse una reputación científica, respetable y permanente, Generales como D. Antonio Remón Zarco del Valle, el Marqués del Duero, D. Manuel de la Concha y el Marqués de Mulhacen, D. Carlos Ibáñez; el siglo que ha enriquecido su bibliografía militar con obras críticas, históricas y técnicas, como la *Memoria justificativa*, del General D. Luis Fernández de Córdoba, el vencedor de Mendigorria; la *Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería*, del Conde de Cleonard; la *Historia de Felipe II*, que abrió las puertas de la Real Academia al Capitán general del Ejército, Duque de San Miguel; *La profesión militar*, del General don Antonio Sánchez Osorio, uno de los profesores del cuarto de estudios del Príncipe de Asturias, Don Alfonso, Rey XII de su nombre; la *Guerra de la Independencia*, que también elevó á la Academia de la Historia al General Gómez de Arteche; la *Memoria de la última campaña y muerte del General Marqués del Duero*, que suscribieron el mismo General Gómez Arteche y el General Castro y López; las *Memorias íntimas*, del General D. Fernando Fernández de Córdoba, los *Apuntes históricos sobre la Artillería Española*, del Comandante del Arma, D. José Arántegui y Sanz; y, pasando por encima de otras obras no menos fundamentales de otros Generales, jefes y oficiales, contó en la estadística de los colaboradores asiduos de las publicaciones científico-militares, Generales como don Eusebio Calonge, D. Federico Fernández de San Román, Marqués de San Román; D. Juan Lara, D. Antonio María de Letona, Aparicio, Almirante, Carrasco y otros, sería siempre un siglo en que el renacimiento literario de los que están á la cabeza de nuestro Ejército, ó en posiciones más subalternas sirven á la patria en él, hablaría muy alto del honor de su ilustración.

Con todo, no hay más que echar una simple ojeada sobre



la índole culminante de esta clase de obras, para comprender el vacío que en su conjunto deja lo verdaderamente científico, lo verdaderamente técnico, lo verdaderamente militar.

Para llegar á los satisfactorios resultados de que esta rápida reseña que emprendemos ha de ser lisonjera demostración, se hacía necesario infundir en el espíritu del Ejército, por tanto tiempo dislacerado entre las rivalidades y deletéreos apasionamientos en que le tenían cautivo el espíritu político y el espíritu de insubordinación, la fuerza de reconcentración en su espíritu de unidad y de orden, en su espíritu de equidad y disciplina, obra admirable que la Monarquía restauradora ha realizado, moralizándolo en la idea de su elevada misión social y civilizadora, reorganizándolo bajo bases de estricta justicia y de todas maneras apartándolo sabiamente del hervor de las luchas de la política, en cuyas espantosas sirtes tan fácil y frecuente ha sido, durante casi el siglo que termina, ver zozobrar la nave augusta del honor militar.

Con la transformación moral que el trabajo permanente del Rey Don Alfonso XII, de su gran estadista el Sr. Cánovas del Castillo, y de sus grandes colaboradores militares Martínez Campos y Cevallos, Quesada y Azcárraga ha alcanzado, se hizo más fértil y fecunda la transformación orgánica de la fuerza armada de la nación, y como corolario de tan dignos enunciados, en esta labor en que todo profundamente se ha removido, régimen de los estudios, divisiones geográficas y tácticas, armamentos y creación de nuevos organismos complementarios al último dogma de los adelantos crecientes que perfeccionan por todas partes las instituciones militares, ha respondido un movimiento intenso de regeneración científico-literaria, que por sí solo denuncia los beneficios del nuevo estado moral en que nuestro Ejército descansa y la poderosa emulación de honor y progresos que ya le coloca, lo mismo en el campo del combate, que en el palenque de su ilustración, á la altura de los que mayor prestigio han conquistado y afirman el poder y la reputación de los Estados que los mantienen.



No hubiera sido tal vez necesario para obtener estos óptimos resultados el acicate de las onerosas pruebas á que nos han impulsado en los últimos años los imprevistos y poco felices sucesos de Melilla y el ensañamiento de las dos guerras coloniales que todavía tienen, y aun tendrán por algún tiempo, á España bajo el yugo y el dolor acerbo de los cruentos sacrificios á que nos obligan. Pero de todo caos brota la luz, de todo heroísmo la glorificación, y de toda prueba difícil la victoria del éxito. Y aunque estos empeños no se sostienen sino á precio de copiosa sangre y de copiosos dispendios, en ellos se han marcado las deficiencias de los errores pasados, en ellos se ha acrisolado el prestigio de la virtud y el valor de nuestras armas, en ellos se ha levantado la confianza de nuestro por tanto tiempo aletargado poder, y en las mismas obstinadas luchas, en los mismos vigorosos esfuerzos y en los mismos innarrables trabajos á que nos ha expuesto la guerra irregular de Cuba, no semejante á ninguna de las hasta aquí conocidas, y cuyos resortes por su propia irregularidad escapan á todos los cálculos del saber y de la astucia militar, se han rectificado en todo el mundo los conceptos desfavorables que inspiraron los notorios desaciertos cometidos en la breve campaña de Melilla, se ha engrandecido el de la suprema superioridad de serenidad, ímpetu y valor de nuestros soldados, conducidos á todos los éxitos del triunfo en Filipinas por la sabia disposición de sus jefes supremos y por la diestra ejecución de sus lugartenientes, y con estas ganancias de reputación en el palenque del combate, se ha extremado en la labor del gabinete y en la radiante fecundidad del estudio, la producción de esa multitud de libros que, inspirándose los más en la útil oportunidad del momento, dejan atesoradas en el rico arsenal de nuestra ciencia militar obras que serán ya siempre de un interés permanente por la meditación intensa, la erudición fundamental con que han sido concebidas y desempeñadas.

No han sido preparadas todas, sin embargo, ni con la extensión que toda obra fundamental requiere, ni con la inten-



ción de que como tales resulten. Muchas tienen el carácter meramente docente que corresponde á la más sencilla pedagogía táctica militar; muchas se han dado para el texto de los estudios académicos; algunas para guías prácticos en las necesidades urgentes de la campaña, otras para consulta de los centros facultativos, y otras son las que comprenden la alta lucubración técnica de las materias á que se contraen. Mas una simple Cartilla para la instrucción práctica del recluta ó del soldado que se aplica á servicios especiales, de los muchos y tan complicados que hoy entran en la composición de los ejércitos en pie de guerra; un Reglamento orgánico para una nueva unidad, arguyen en quien los redacta la inteligencia total y superior de la materia, puesto que en las prácticas que se determinan se cifra la ejecución feliz y acertada de los movimientos directivos, que en el mando militar, así en paz como en guerra, han de ser precisos siempre. ¿Qué duda cabe de que á esta altura de conocimientos corresponden, en medio de su natural sencillez, por ejemplo, los *Estudios sobre las escuelas teórico-prácticas y la instrucción de la Artillería*, del Teniente Coronel del Arma D. Arturo Olivers-Copons, y más de lleno todavía el *Manual del Artillero*, del de igual grado en la misma Arma D. Gabriel Fernández Duro?

En 1895, el Teniente Coronel de Ingenieros D. Lorenzo Gallego y Carranza, redactó sus *Cartillas para la instrucción práctica del personal del batallón de Telégrafos, correspondiente á las secciones de campaña y montaña, organizada para el servicio de la telegrafía eléctrica*. No consiste el mérito de este trabajo en el acopio de ciencia que el autor tiene que hacer en él, aunque supone su total dominio en la más lata acepción de la frase, para obtener, como por sus resultados obtuvo, sacar al batallón de Telégrafos del laborioso período de su organización y vencer la notoria dificultad de adiestrar en la complicada mecánica de un ejercicio nuevo simples reclutas, sin instrucción alguna, como suelen estarlo cuando llegan á las filas, haciéndoles adquirir conocimientos, aunque elementales,



que contrastan por su esencia, más ó menos científica, con lo rudo de las faenas á que generalmente estaban acostumbrados. Mas con estas *Cartillas* y las de material, los *Reglamentos* y los *Manuales* de servicio, tuvo ya designada el batallón de Telégrafos su misión en los ejércitos y la forma en que pueden desempeñarla.

La *Cartilla del Material eléctrico* para el mismo batallón, no se ha presentado hasta el pasado año por el Capitán de Ingenieros, alumno de la Escuela Superior Militar, D. Francisco del Río é Ivan; y después del brillante informe que sobre ella ha emitido la Junta consultiva de Guerra en 3 de Agosto último, se espera su declaración de reglamentaria, última loable sanción de su perfección y utilidad.

En 1892 aún no existían en España disposiciones reglamentarias y ejecutivas para la instrucción de las tropas de Administración militar, y era necesario en los servicios especiales del Cuerpo proceder á la adopción de las disposiciones tácticas vigentes más análogas, aplicándolas según criterios individuales y teniendo en cuenta las prácticas establecidas. El Comisario de Guerra de segunda clase, D. Ramón Bringas y Azpilcueta, profesor de la Academia de Administración militar, redactó entonces, por propio impulso y sin apremios ni mandatos de carácter oficial, un *Reglamento para instrucción táctica y técnica de las tropas* de dicho Cuerpo asimilado, en el que concordó todas aquellas prácticas, y publicó un libro que la disuelta Junta facultativa, que se ocupaba de la reorganización de estas tropas, creyó útil aplicar desde luego, y habiendo informado sobre él con viva recomendación al Ministerio de la Guerra, mereció su sanción oficial por Real orden de 22 de Junio del año referido.

Disposiciones parciales posteriores ocurrieron á las omisiones y deficiencias de una obra que se consideró como un ensayo, y que en la práctica fueron anotadas. Entonces el Comisario Bringa volvió á rehacer su trabajo, y el nuevo *Reglamento*, que informado favorablemente por la Junta consultiva



ha obtenido una nueva aprobación por Real orden de 27 de Abril del pasado año, considerado su carácter técnico y científico, constituye también otro de los adelantos positivos introducidos en los últimos tiempos en este ramo de las instituciones asimiladas al servicio militar en España; pues forma un cuerpo de táctica completo, y acusa un progreso que equivale á un paso más de los que nos colocan á la altura de las naciones más adelantadas.

En esfera más encumbrada de la misión docente de la institución militar giran las obras de carácter puramente didáctico que sin cesar se producen para la enseñanza de los alumnos de nuestras Academias. Multitud de estos textos, principalmente los que se refieren á la alta especulación de las ciencias del número, del cálculo y de la línea, se tomaban, y aún se toman, de las literaturas científicas extranjeras que están más adelantadas, sobre todo del francés. Este sistema no dejaba de tener sus ventajas y sus inconvenientes. Las ventajas consistían, únicamente, en que siendo el francés uno de los idiomas en que precisamente deben ser instruídos todos los oficiales del Ejército hasta dominarlo á la perfección en el habla, en el dictado y en la escritura, el estudio sobre textos de este idioma facilitaba su posesión al mismo tiempo que instruía sobre la materia del programa. Pero al lado de este beneficio, ciertamente de consideración, ofrecía inconvenientes del mayor reparo, siendo el de más graves consecuencias el que contando con textos admitidos de producción extranjeras, se priva así al profesorado, como á los hombres de ciencia, del estímulo de producir otros originales y nuevos, con detrimento notorio de nuestro progreso científico nacional.

Los autores extranjeros son poco generosos y nada dados á admitir autoridades extrañas y á reconocer méritos ajenos, como no sean aquellos á que se impone el voto de la sanción universal. Así la noción obscurecida de los anales y de los nombres que constituyen parte de la gloria nacional, en el dominio de todas las ciencias, en que por algún tiempo fuimos



los maestros é impulsores de la civilización en el mundo, se en cuenta en casi absoluto abandono, castigándolos con la injusticia del olvido los defectos de nuestra ignorancia. Cuando ilustres capacidades nuestras se lanzan á redactar esos textos para nuestras Academias, suelen hacerse plausibles rectificaciones. Por ejemplo: el Capitán de infantería, profesor de la Academia general militar de Toledo, D. Pedro Alcántara Berenguer y Ballester, caballero del hábito de Santiago, cuando publicó sus *Lecciones de Geometría analítica*, que tantos elogios han merecido en su reciente informe á la Junta consultiva de la Guerra, aprovechó la propicia coyuntura de la redacción de su obra para vindicar la memoria del ilustre analista y geómetra español Hugo de Omerique, el cual, al anticiparse á los trabajos de Parin y Clairault, mereciendo los elogios del gran Newton, fué el precursor del moderno análisis geométrico.

De Berenger y Ballester, escritor infatigable, son también las recientes *Lecciones de taquimetría elemental*, obra, como todas las suyas, de gran prestigio escolástico; á las que no ceden en mérito é importancia los *Elementos de geometría analítica* del Capitán de Estado Mayor D. Joaquín Hidalgo Cuenca, en los cuales, reuniendo lo que únicamente es indispensable saber para el estudio de la mecánica, trayectoria, balística y teoría del tiro, con la extensión con que estas materias se enseñan en las Academias de Infantería y Caballería, redujo al álgebra elemental, prescindiendo de otros superiores enunciados, lo que determinan los programas de aquellas escuelas.

Algunas de estas obras, aun aparentando circunscribirse al ministerio didáctico de las escuelas para que se consagran, son verdaderas fundamentales de las materias de que tratan. Tal acontece con la *Química é Industria militar* del Teniente Coronel Comandante de Artillería D. Leoncio Mas y Zaldúa. En los tres gruesos volúmenes en que se ocupa: 1.º, de la Química y de la Metalurgia; 2.º, de las Pólvoras y explosivos, y finalmente, en el 3.º, de la fabricación del material de guerra, se



contienen las tareas de una de las clases de un curso de la Escuela superior de Guerra.

Es un trabajo pasmoso, de profunda erudición, y que al mismo tiempo revela el talento profundamente analítico del autor. Cada materia de las que expone en tan variado mosaico científico, dirigido á un solo objetivo, el del conocimiento perfecto de las propiedades características de cada armamento y de las causas en que realmente estriba su eficacia para que se expliquen mejor sus efectos, es un tratado fundamental y completo de la especialidad que lo informa.

De alguno de estos tratados, como, por ejemplo, el estudio de la *Química*, que en la obra no es preferente, á pesar de su título, sino preparatorio como elemento indispensable para el aparato inmenso de toda la industria militar, descarta y suprime todo lo que no es absolutamente interesante conocer para las aplicaciones militares. De química orgánica no trata sino lo indispensable para poder apreciar bien las substancias que entran en la composición de los explosivos modernos. Aunque más amplio en el estudio de los metales, con sus propiedades generales y aleaciones y los caracteres de sus óxidos, sulfuros y sales, en que se basa la metalurgia militar, su preferencia estriba en los estudios sobre el hierro y el acero, y en graduación inferior en el del zinc, el estaño, el plomo, el aluminio y el cobre.

En cambio, en el capítulo de las pólvoras y explosivos agota toda la extensión de su talento analítico, y reconociendo que respecto á estos agentes de la guerra nos encontramos en un período de transición, discurre soberanamente sobre las pólvoras ordinarias, cuyo empleo es todavía reglamentario, como preparación para fallar en su día sobre las nuevas substancias llamadas á ser las pólvoras del porvenir.

Divide el autor esta parte de su obra en tres capítulos ó secciones. Explana en la primera las teorías científicas sobre los efectos generales de los explosivos en su inflamación y combustión, y examina las pólvoras comunes para la guerra y



las pólvoras prismáticas y cloratadas; en la segunda hace completas monografías de cada uno de los explosivos y fulminantes conocidos, es decir, la nitroglicerina como base de los explosivos, la dinamita, el algodón pólvora ó nitrocelulosa, las tonitas y potentitas, la gelatina explosiva, los picratos y fulminantes y las demás mezclas que detonan, como los planclastos, ruborita, bolita, recarita, Helltrofita y explosivos Javier. Finalmente, se ocupa con la misma intensidad de criterio científico de la composición de las pólvoras sin humo, las clasifica, así como los métodos de su fabricación y detalla las nitrocelulosas más conocidas, consignando los resultados de las experiencias prácticas que hasta ahora se han hecho de ellas en España. A cada tipo aplica, con los principios científicos que sustenta, la teoría respectiva de su potencia y de la fuerza de gases que desarrollan en la explosión.

Esta obra podría considerarse, en esta parte, la más fundamental y completa que se conoce, si, compitiendo con ella, no nos cupiese á nosotros el honor de poseer, también de estos dos últimos años, otras dos que con ella rivalizan, del Coronel Díaz Ordóñez y del ingeniero Bancés y Comas, aunque incluso en otras dos Memorias de que más adelante nos ocuparemos.

A la fabricación del material de guerra ha consagrado el Comandante Mas de Zaldúa una atención tan minuciosa y preferente, como al estudio de las pólvoras; de modo que después de dar algunas nociones para conocer las propiedades características de cada armamento y de los principios en que estriba realmente su respectiva eficacia, entra de lleno en la exposición de las operaciones principales mecánicas y la maquinaria que en el moldeo, fusión y forja, peso, cepillado, taladro, torneó, escoplado y empalme de cada una se emplea; procediendo después á la de los proyectiles de diversas clases, al de las espoletas y estopines y confección de cartuchos, no entrando, hasta desligarse de la construcción de todo lo referente á la artillería con sus cureñas, montajes, plataformas y carruajes en general, á reseñar la fabricación de las armas



blancas, y después de éstas, á las de las portátiles de fuego, con sus cartuchos correspondientes.

De algunas de las partes, cuyo conjunto abarca la obra del Comandante Más y Zaldúa, se han escrito en el período de tiempo que entra en la jurisdicción de este estudio, monografías tan interesantes como la titulada *Construcción de proyectiles para la Artillería*, del Capitán del Cuerpo D. Rafael de la Revilla, y la que trata del *Recorrido de cascos para cartuchería Maüser, modelo español de 1893*, del primer Teniente de Artillería D. Manuel López de la Cámara, que formó parte de la Comisión receptora de la cartuchería Maüser en Alemania. Estos estudios son también muy importantes, sobre todo el último, formado por los que el autor practicó en la fábrica alemana de Karlsruhe, cuando la construcción de los quince primeros millones de cartuchos que se trajeron á España.

La serie de las obras producidas en los dos últimos años, pertenecientes á esta parte de nuestro trabajo, se completa con el *Tratado de topografía*, de que es autor el ya General D. Julián Suárez Inclán, y que se escribió como libro de texto para la Academia de Estado Mayor, y hasta con el *Nomenclator y mapa ilustrado de España y sus posesiones*, que para el uso de la Guardia civil inventó y preparó el Comandante de Infantería D. Modesto Eraso y Prados, sobre el mapa de la Península, delineado por Vogel é impreso en Leipzig, y en el cual, por un procedimiento tan sencillo como ingenioso, se hallan rápidamente los puntos indicativos de la situación de cada lugar, ciudad ó poblado, lo que hace sumamente útil esta carta geográfica.



## III

## BIBLIOGRAFÍA HISTÓRICO-MILITAR

En la sección de las ciencias históricas, que en la categoría de los estudios militares ofrece acaso mayor y más continua y trascendental importancia que en la de los estudios civiles, el cuadro que nos presenta el movimiento literario militar de los dos últimos años no es ciertamente tan animado y tan interesante como el de otras secciones de que nos hemos de ocupar. El catálogo de los ilustres colaboradores que á trazarlo han de ayudarnos, es poco numeroso y solamente contiene los nombres del Capitán de Infantería, ya mencionado, D. Pedro Alcántara Berenguer; del Teniente Coronel de Artillería, también citado, D. Arturo Oliver-Copons; del Capitán de Infantería D. Antonio Gil Alvaro, del Teniente Coronel Comandante de Artillería, D. Estanislao Guisé y Martí, y del General D. Julián Suárez Inclán, antiguo jefe de estudios de la Escuela superior de Guerra.

Porque, aunque nos consta que varón tan ilustre como el Capitán General Conde de Cheste redacta *Memorias históricas contemporáneas*, que no serán menos apetitosas ni de autoridad menos recomendable que las *Intimas* del General Marqués de Mendigorria, ni están tal vez concluidas, ni serán ofrecidas á la consideración del público, que acaso, en el propósito recóndito del egregio Director de la Real Academia Española, no haya de poderlas apreciar en su subido valor documentario hasta que aparezcan póstumas. La *Memoria* que el de igual jerarquía suprema, Marqués de Peñaplata, acaba de someter á la justificación del Senado sobre su último mando en Filipinas, es una impugnación á los cargos de carácter más político que militar, que se han formulado contra su Gobierno en aquellas posesiones españolas desde las columnas anóni-



mas de los periódicos de discusión que, audaces, no reconocen en sus agresiones interesadas respetos ni prestigios. Y la que sobre el Gobierno de las mismas islas y del mando supremo de las Armas en la insurrección tagala ofreció el General D. Camilo Polavieja, todavía no se ha expuesto, por medio de la imprenta, á los dictámenes de la opinión.

Las obras publicadas, de cuyo breve nomenclator hemos de hacer sumaria reseña, pocos trabajos presentan de un verdadero sentido histórico-fundamental. *El César en Cataluña*, y un *Soldado de antaño* (el capitán Don Jacinto Ruiz de Mendoza, que compartió en el Parque de Madrid los honores de los héroes del Dos de Mayo de 1808) de Berenguer, no son estudios cerrados originales y profundos, y la *Historia de Monseñor Beltrán Dugesclin*, del mismo autor, es una mera traducción del francés. *El Estudio histórico sobre San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, considerado como soldado*; los folletos sobre el *Origen y Crónicas de la Santa Bárbara*, de los artilleros; los que se refieren al *Dos de Mayo de 1808*, y el *Bosquejo de la batalla de la Vega Real, en 24 de Mayo de 1495*, de Oliver-Copons, aun con ofrecer el interés que les da el espíritu de exploración del autor y el sincero distintivo de su sencilla exposición, pueden calificarse, sin temor de ofender á un jefe tan calificado por otros muchos títulos, de bagatelas literarias de la curiosidad. De modo que la única labor histórica de las obras producidas en los dos últimos años, estriba en las *Glorias de la Caballería española ó resumen histórico de todos sus cuerpos*, del capitán Gil Alvaro; *El año militar español*, del Comandante Guiú y Martí, y la *Guerra de anexión de Portugal, durante el reinado de Felipe II*, del General Suárez Inclán.

Gil Alvaro era ya conocido de antiguo en la literatura militar de España, no sólo por haber traducido la *Defensa de los Estados y Los campos atrincherados* del general Brialmont, sino por ser autor de un *Compendio de moral militar del soldado* y haber dado á la estampa en 1894 las *Glorias de la In-*



*fantería española*, bajo el mismo plan de concepción y desarrollo con que después ha ejecutado las de la Caballería. La obra última se compone de las monografías de los 28 regimientos que componen en la península el Cuerpo, más las de los dos que existen en Cuba y las de los escuadrones de Escolta Real, Mallorca, Melilla y Filipinas. Estas monografías son un trasunto de los respectivos historiales de cada uno de estos Cuerpos; pero tienen el mérito de completar la obra que en 1855 publicó el General Conde de Cleonard sobre la *Historia orgánica* de las dos Armas. Más que una historia, la obra se reduce á un documento de consulta por los datos importantes y varios que emanan del archivo de cada Cuerpo.

Tampoco era desconocido el nombre de Guiú y Martí, que ya había sido premiado con una medalla de oro en la Exposición Universal de Barcelona por su *Prontuario de Artillería*. Mas *El año militar español* se reduce á un verdadero vademecum de la historia militar de España, con que pueden refrescarse algunos hechos culminantes desde el siglo V antes de Jesucristo hasta nuestros días, y salir de alguna duda momentánea en la consulta de fechas de nuestras efemérides más salientes. Como acontece con estas breves y sumarias enciclopedias de la historia, nada en ellas se adelanta en su conocimiento crítico ni documental; se admiten las versiones conocidas, y toda la labor de paciencia, más que de ingenio, se cifra en reducir todos los sucesos á su más mínima expresión. Constituye, por lo tanto, una guía elemental que puede servir como de apuntador de la obra extensa y compleja que la historia representa, y sólo presta una utilidad rudimentaria á los alumnos de las escuelas.

La única obra histórica del brevísimo período que analizamos que tiene una base indudable de científico interés militar, es la del general Suárez Inclán. Toda guerra que haya tenido por teatro la Península, estimula perennemente el celo de los escritores militares, para descubrir en su estudio si en ella se llenaron las actuales y siempre permanentes exigencias de la



ciencia militar y para aplicar sus resultados á los progresos de nuestros sistemas de agresión ó defensa.

El General Suárez Inclán, después de hacer un estudio vigorosamente técnico de nuestra línea de fronteras con el reino hermano y vecino, reconoce que el plan de invasión concebido y ejecutado en aquella ocasión por el tercer Duque de Alba, D. Fernando Alvarez de Toledo, merece todas las aprobaciones y todos los encomios de la ciencia de la guerra. Le sigue en su ruta militar hasta Setubal, y desde Setubal á Cascaes, y desde Cascaes á la vista de Lisboa; elogia las operaciones de las fuerzas de mar combinadas con las marchas del ejército de tierra, y mientras depositario de la política de Felipe II le deja en su campamento sin penetrar en la ciudad ya abierta al ímpetu poderoso de sus armas, se incorpora á Sancho Dávila para acompañarle en su expedición persiguiendo al Prior de Ocrato, otra página brillante de la estrategia de nuestros Generales de aquel tiempo, que se habían impuesto con ella y con el valor legendario de nuestros soldados en todos los campos de combate de Europa.

El libro del General Suárez Inclán no ofrece otra novedad que la muy importante de este estudio técnico militar, en cuyo elevado concepto, así meramente científico como esencialmente práctico, habrán de ser por todo extremo convenientes cuantos estudios de esta nota necesaria de un progreso evidente y efectivo se realicen por nuestros escritores militares en el vasto campo de la Historia, en que constantemente lidian nuestros más permanentes intereses. ¡Y cuánto provechoso y digno hay que estudiar y escribir, aquí donde todo interés nacional ha estado secuestrado y dormido durante más de doscientos años de los últimos períodos de nuestra historia!

Cuando se anunció el opúsculo del laboriosísimo Capitán Berenguer, *La guerra y su historia*, con verdadera ansiedad nos apresuramos á recorrer sus páginas, esperando de traductor tan ilustrado é inteligente aquellas rectificaciones justas y patrióticas que devolvieran al honor de nuestro nombre el



prestigio de la participación directiva que tomamos al concluir el siglo XV en la transformación de su arte, y en la transformación orgánica de los ejércitos, desde que la introducción de las armas de fuego cambió por completo la ciencia de combatir. Por desgracia, vimos á Berenguer, como hemos visto á otros escritores españoles, pasar sobre los errores admitidos, sin hacerles la menor anotación.

La última obra que bajo este tema acaba de publicarse, la *Historia de la guerra*, del General Wolpowitch, incurre en las mismas inexactitudes de un enunciado ya tradicionalmente consentido en la confirmación de cosa juzgada, y todavía no ha habido un escritor español que salga al palenque á quebrar una lanza por los fueros de nuestra verdad.

Hace algunos años, el actual Coronel Marqués de Mendigorría, D. Luis Fernández de Córdova y Zarco del Valle, comenzó á hacer acopio de documentos inéditos para restaurar la fama de su glorioso ascendiente Gonzalo Fernández de Córdova, el Gran Capitán, y describir de nuevo aquella campaña de la Calabria, que, en lo gallarda, no tiene ninguna semejante en la historia con que comparársela, como no sea cuatro siglos después, la primera expedición del General Bonaparte á Italia. Entonces acariciamos la esperanza de que la vindicación en su honor, como iniciador y maestro de la gran evolución de la táctica militar admitida desde aquel tiempo por todos los ejércitos de Europa, y que transformó por completo en todas partes el arte y los sistemas de la guerra, iba á ser realizada. Fernández de Córdova abandonó después aquellos proyectos por atender á otras ocupaciones que exaltarán siempre su amor filial, y la obra vindicadora aún continúa en suspenso.

De la escuela del Gran Capitán salieron los Pescaras y Farnesios. En la escuela del Gran Capitán se formaron Carlos V y el Duque de Alba. De derivación en derivación, de aquella escuela emanaron más tarde los Sancho Dávila y los Condes de Fuentes. Todavía en el siglo XVII se mostraron dignos alum-



nos de ella el Cardenal Infante, en Nordlinghen, y el Marqués de Leganés en la campaña de Lombardía. Y si una crítica bien ordenada fuera haciendo, de deducción en deducción, la cadena no interrumpida de aquel impulso primario, en medio de las grandes y sucesivas transformaciones del tiempo y de los accidentes que le acompañan, la sucesión de tantos soldados ilustres, que ostentarían tan bizarra ejecutoria heráldica en la unidad de sus éxitos y en la comunidad de sus glorias, vendría á proseguir la serie heroica de tantos bizarros capitanes en el siglo XVIII, y á pesar de la influencia de Condé y de Turena, en nuestro Marqués de la Mina y en nuestro Duque de Montemar, y en el siglo XIX, á pesar de la influencia del genio de Napoleón, en Ricardos y en la Romana, en el vencedor afortunado de Bailén, en el vencedor inteligente de Mendigorría, en el último y sabio invasor de Portugal, y en el último y glorioso caudillo de la guerra de África.

¡Estos sí que son temas dignos de la estudiosa ocupación de nuestros escritores militares, que en el campo supremo de la Historia, como en todos los palenques de la ciencia, se lanzan brillantemente á resucitar nuestros antiguos prestigios, procediendo como héroes en los campos de combate, como obreros de la civilización en el gabinete y en el laboratorio, y como heraldos de las glorias del porvenir en la lección asidua y en el espejo de la Historia! Acométanlo con denuedo; unánime el espíritu documentario en que los errores se purgan y rectifican con el criterio firme de la ciencia y de la utilidad militar, y ni la patria les negará laureles, ni ellos dejarán de sublimar la conciencia con la convicción profunda de haber cumplido para con la patria, en esta esfera como en todas, con aquellos deberes que son obligatorios y conminatorios, que son constantes y exigentes hasta de los sacrificios de la abnegación para todos aquellos que profesan la religión de la milicia, que, después de la de Dios, es la más elevada de las que consagra el culto del honor sobre la tierra.

Todo está por hacer; todo está por escribir, lo lejano y lo



cercano; lo de interés permanente é inmediato y lo de interés problemático y de previsión; lo propio, que nos impulsa á la imitación de altas virtudes, y lo extraño, que nos ofrece enseñanzas que imitar.

La misma importancia que la *Guerra de anexión de Portugal* por el tercer Duque de Alba, que ha escrito recientemente el general Suárez Inclán, tiene para nosotros la *Guerra de la conquista é incorporación de Navarra* por el primer Duque de Alba, que bajo su aspecto militar aún está por escribir. Un siglo ha hecho ya que con varia fortuna sostuvimos la *guerra del Rosellón*: todavía no ha habido un escritor militar que la estudie y la describa. ¿Serán guerras de frontera las guerras de Portugal, las guerras de Navarra y las guerras del Rosellón?

¿Cuántas obras enriquecerían desde 1860 las bibliotecas militares con los estudios técnicos sobre la guerra de África, que envolverían el de todo el litoral del último campo de acción que hasta ahora se descubre al porvenir y á las empresas civilizadoras de nuestras armas, cuando llegemos á ser tan felices en el seno de la paz interior de todo nuestro imperio, que hayamos acabado de conquistarnos á nosotros mismos? La última empresa de Melilla todavía, aunque desgraciada, ó por serlo aún más, carece de un libro militar que la narre y la critique. Todo lo que de una manera refleja se ha escrito en estos últimos tiempos sobre aquella plaza africana, es lo poco que se contiene en el *Informe sobre el estado de las defensas de las islas Chafarinas y frente de mar de la plaza de Melilla, y manera rápida de mejorarlas*, del Teniente coronel de Ingenieros D. Ramón Taix y Fábregas.

En materias africanas, por lo mismo que en Africa está nuestro único campo futuro de acción militar, nos interesa saberlo enteramente todo, lo propio y lo extraño, y en general cuanto se refiere á la lucha ó al contacto de los pueblos europeos con los mahometanos, así de la antigua Libia como del Asia. Nosotros, después de cuatro siglos de asiento en Orán,



desde su conquista por el Cardenal Ximénez de Cisneros, nada sólido pudimos allí fundar sino las posiciones militares, que al cabo no supimos conservar en el siglo XVIII. En Argel se estrellaron las escuadras y los ejércitos de Carlos V, llevados por el mismo Emperador en persona á la conquista. En Túnez dominamos muy efímeramente bajo la espada del Austria, glorioso develador del poder naval de los turcos en Lepanto. Y sin embargo, Francia, en medio siglo de colonización y de conquista, no sólo ha dominado toda la Argelia y todo el Oranesado, ensanchando siempre su frontera interior, camino del desierto, para tomar las rutas por donde se hace el tráfico de las caravanas, sino que de aquellas cálidas regiones va haciendo un tesoro de riquezas y de aquellas insumisas razas inunidas un núcleo numeroso y hasta militar de subordinación.

En Túnez su protectorado se confunde en un verdadero dominio. En el Egipto, Inglaterra, mediante una ocupación capciosa, hace cada día más firmes los sagaces cimientos de su arraigo. ¿No merecen todos estos hechos, que en sus procedimientos de conquista y en sus procedimientos de imperio y colonización han de guardar manifiesta analogía con los problemas que mañana puedan surgir para nosotros enfrente de nuestro actual litoral de los dos mares, que la ciencia histórico-militar en España prepare por la doctrina el camino que ha de preceder á los hechos, ilustrando y formando la conciencia, la resolución, la convicción nacional con el ejemplo de los otros?

Temas en que estimular la afición y la eficacia de estos estudios, que ocupan el rango de los superiores militares, abundan de tal modo en nuestro caudal histórico, que asombra cómo no acude á él para explotarlo la fe de los que en la profesión de la milicia demuestran aptitudes sobresalientes para abordarlos, cuando la patria desde luego les ofrece para recompensarles, con la nota lisongera de sus servicios beneméritos, las ventajas de honor y de premio de los reglamentos vigentes y otras disposiciones favorables.

Los estudios técnicos de la Historia son de una importancia



extraordinaria para la eficacia constante de la alta misión del poder militar. No es lo mismo la historia escrita por meros datos de erudición, aunque sea por hombres tan insignes como Tácito y Tito Livio, que la historia escrita por César, primer actor de ella en los campos de batalla y en las acciones que comenta. No es lo mismo la historia acumulada de la exploración de los archivos por el diligente Jerónimo de Zurita, ó elevada á la más alta cima de su sentido filosófico por el sabio Juan de Mariana, ó narrada con toda la magia del estilo literario por Bartolomé Leonardo de Argensola, que la historia discurrida desde sus altos objetivos políticos y desde sus conspicuas posiciones diplomáticas por los Embajadores é insignes hombres de Estado D. Diego Hurtado de Mendoza y D. Diego de Saavedra Fajardo; ni que la historia vista bajo su experto ojo militar por Fernando del Pulgar, por el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, ó por el General D. Francisco de Melo, soldados, capitanes ó caudillos generales de las propias empresas que describieron.

Y la demostración palpable de este aserto nos la proporciona el ejemplo que nos dan las literaturas militares extranjeras, aun en las mismas cosas que á nosotros más directamente nos interesan. Acabada gloriosamente nuestra heroica guerra de la Independencia, apresuráronse á escribirla en sendas historias militares, en Francia el General Foy, en Inglaterra el General Marqués de Londonderry y otros Generales que habían servido en la Península bajo el mando de Lord Wellington; en Prusia el Corcnel Schepeler, en Portugal otro oficial distinguido, Acusio das Neves.

El Rey Fernando VII, rescatado de Valençey, también nombró una Comisión presidida por el Brigadier Prat, para redactarla por nuestra parte, sobre el valor de los documentos y el alto criterio técnico de la ciencia militar; pero aunque en 1818 esta Comisión publicó el primer volumen, que era como el preámbulo de la obra que había planeado, los acontecimientos políticos de 1820 interrumpieron el curso de aquella obra



benemérita; llegó el Duque de Angulema con nuevos soldados franceses á sacar al Rey prisionero y fugitivo del refugio de Cádiz, á donde el rigor de la revolución triunfante lo había reducido, y el precio de su libertad se pagó con el veto impuesto á la prosecución de aquel trabajo de vindicación y de gloria nacional.

Un literato que todo lo sacrificó á los moldes clásicos de la elocución, el Conde de Toreno, la acometió más tarde y casi simultáneamente con la de sentido meramente literario de Muñoz Maldonado; y España aún carecería del conocimiento técnico militar de aquella lucha tan larga y accidentada, mucho más después de haber perecido los documentos acumulados en los archivos del Ministerio de la Guerra por la Comisión militar de 1817, en uno de los dos grandes incendios que en este siglo han devorado en el suntuoso edificio de Buenavista la documentación de esta campaña y la de la primera guerra civil, si, pasado medio siglo, la paciente exploración y el alto sentido científico militar del General Gómez de Arteche no hubiera al cabo rendido el tributo de su *Historia de la guerra de la Independencia de España* á la patria y á la ciencia.

Tal vez no sea la anormalidad de los tiempos difíciles que atravesamos la más propicia coyuntura para estimular el celo de los ilustres escritores con que nuestro Ejército cuenta, poniendo muy alta la graduación de su cultura, á fin de que se entreguen á la utilidad científico-militar de estos estudios. Por el momento nos basta consignar que es una labor necesaria que se impone á sus deberes militares y á su patriotismo.



## IV

ESTUDIOS SUPERIORES.—SERVICIO DE ETAPA.—MEMORANDUM  
DEL OFICIAL DE ESTADO MAYOR

Lo que á la cooperación eficaz de los estudios superiores del arte militar corresponde en las urgencias de las circunstancias que nos han creado las dos guerras coloniales existentes, y sobre todo la de Cuba, que es la más larga y empeñada, y en la que todo el mundo militar moderno tiene puestos los ojos en los dos mundos, bien lo determina la obra del Capitán de Estado Mayor D. Jacobo Correa y Olivir, titulada *Servicio de etapa*, y el *Memorandum del Oficial de Estado Mayor en campaña y en grandes maniobras*, del también Capitán de Estado Mayor D. Antonio Victory y Taltabull.

La Junta consultiva de Guerra, en su informe sobre el *Servicio de etapa*, no ha vacilado en declarar que es hasta el día la obra más acabada y completa que se conoce de cuantas hay publicadas, y muy superior á la del Coronel alemán Brusar, que se tenía por la última palabra científica en la materia, quedando también muy atrás los reglamentos del Ejército alemán y francés, que en su emulación constante parecían haber llegado al último límite de la perfección.

La importancia de estos estudios, aun para los profanos, se pone de relieve apenas se adquiere la más somera noción sobre ellos. Si la misión principal del General en jefe de un Ejército en campaña, ó en un simple campo de maniobras, es dirigir sus estudios, su observación, sus ideas y sus planes á dictar disposiciones para batir al enemigo en las condiciones más favorables al éxito seguro, celeridad de acción, economía de sangre y ventajas de posición, se hace de necesidad imperiosa en el régimen de los ejércitos descartarle de todo lo que no tenga inmediata relación con el movimiento y empleo más expe-



dito de las tropas que gobierna dentro del campo de operaciones. Pero entre tanto es necesario sostener, alimentar y equipar cuantos elementos entran en la constitución de la masa combatiente, estableciendo el vínculo de unión entre el que manda y los que obedecen, en la atención de estas necesidades, la entidad determinada que proporciona los recursos indispensables á su existencia, que retira lo que puede entorpecer su más fácil manejo y conserva de este modo á la espalda del cuartel general la tranquilidad y el orden.

Estos servicios de retaguardia, que con sus Comisiones auxiliares producen trabajos diarios, continuos, de que se da, sin embargo, inmediata cuenta al General en jefe, abarcan la universalidad de todos los que no son neta é inmediatamente los genéricos del combate. En ellos residen todas las previsiones y todas las providencias de la marcha y del estacionamiento, del aproche y de la lucha. De ellos dependen las comunicaciones, los depósitos, los parques, los aprovisionamientos, los servicios sanitarios, los administrativos, los almacenes, el vestuario, el equipo, la exploración y la explotación de los recursos locales, el depósito de los convalecientes, los parques de reserva, los medios de transporte en cualquier condición y por cualquier suerte de vías, todo reglamentado, todo previsto, todo sometido á una robusta unidad de acción y á una firme unidad de cálculo y de disciplina; todo escalonado en piezas armónicas de dirección, de inspección y de orden, formando una poderosa máquina de unidad en medio de la heterogeneidad más varia, y todo concurriendo á la providente armonía del conjunto.

La división, clasificación y reglamentación de cada una de las partes de tan complejo aparato forma la base de la obra magistral del Capitán Correa y Oliver, á la que completan los formularios donde se vacian los trabajos diarios que se realizan por tantas y tan diversas comisiones.

Algunos servicios, como el de ferrocarriles y el de artillería, estudiados con verdadero amor por el distinguido oficial de



nuestro Estado Mayor, constituyen obras perfectas, que revelan su superior inteligencia; y aunque evidentemente para la redacción de *Servicios de etapa* ha tenido presentes los reglamentos de mayor autoridad y prestigio vigentes en las grandes potencias militares de Europa, lejos de dejarse seducir por la sugestión de su fama y seguir servilmente sus indicaciones, ha formado idea de criterio propio con que, corrigiendo sus deficiencias, ha establecido preceptos originales.

El reglamento alemán concede exagerada latitud al director del Parque de Artillería y á los jefes de las columnas de municiones. Esta iniciativa salvó en la guerra de 1871 la apurada situación en que se encontraron las baterías prusianas por falta de municiones en los hechos de armas en que intervinieron, á pesar de no haber tenido una lucha seria con otra artillería de sus condiciones. Mas el reglamento francés, para prevenir desastres como el de Sedan, se obstina en encerrar dentro de los estrechos límites de sus instrucciones los mil accidentes de una campaña. Aunque en la organización incipiente de España todavía no hay nada dispuesto en realidad sobre el municionamiento de los parques móviles de un cuerpo de ejército, Correa y Oliver emite ideas que habrán de ser tenidas en consideración cuando en definitiva se resuelva sobre un asunto tan interesante.

Respecto al servicio de ferrocarriles dicta también sus cánones, aunque espera para rectificarlos el cumplimiento de la Real orden que hay pendiente, por la que se dispone que una Comisión mixta de jefes y oficiales de Estado Mayor, Ingenieros y Administración Militar estudie definitivamente, dividiéndola en cinco zonas, la red de nuestros caminos de hierro y las proyecciones estratégicas de las que se tracen en lo futuro.

El concepto merecido por la totalidad de la obra, dividida en 284 artículos, la hace digna del mayor encomio. En su articulado se contiene cuanto responde á la más minuciosa previsión en esta complejidad de deberes y de servicios militares á que por su lado más práctico responde.



El *Memorandum del oficial de Estado Mayor en campaña y en grandes maniobras* es otra obra fundamental formada con los frutos del estudio y la experiencia por su autor el Capitán del cuerpo D. Antonio Victory y Taltabull. Este oficial benemérito, que asistió á las maniobras de 1890, 91 y 92; que ha concurrido al levantamiento de planos en las zonas de Cataluña, recogido datos de erudición en las Comisiones del Mapa Militar de España y prestado los servicios de la guerra de Melilla y el Ejército de operaciones en Africa, últimamente estuvo encargado en el cuartel general del cuarto cuerpo de Ejército, del reclutamiento, reemplazo, movilización, organización y embarque de tropas para la isla de Cuba. Todos esos puestos le han servido de campo experimental y de observación para sus estudios, y al emprender la obra de que nos ocupamos se propuso llenar en las necesidades del Ejército el vacío de un deber urgente, puesto que desde 1855 no se había publicado en nuestro país, á pesar de las transformaciones verificadas en el organismo de nuestro Ejército, ningún otro *Memorandum* de esta clase.

El *Memorandum* de Victory y Taltabull trata de todos los asuntos en que han de entender, en paz y en guerra, los Estados Mayores, á fin de facilitar en extremo á los oficiales del Cuerpo, cuando se encuentran separados de los centros militares, su peculiar cometido. No es esta obra, á pesar de su ordenada agrupación de materias y de la fidelidad con que en ella se condensa el espíritu de las disposiciones que para cada caso se deben tener presentes, una simple guía ó *vademecum* para el más fácil resorte de los servicios. Es una obra esencialmente científica que expone teorías, fija principios y establece cánones para las más abstrusas funciones militares á que el oficial de Estado Mayor tiene que concurrir.

El *Memorandum* está dividido en nueve títulos ó secciones. En la primera se trata de organización, en la cual entran desde la de los ejércitos de operaciones hasta la de los Cuerpos de todas las armas y asimilados. Forma también parte de este



título la composición de los cuarteles generales y de los organismos que los competen. El título segundo compendia desde el material de guerra hasta las subsistencias y todos los servicios administrativos de abastecimiento. El título tercero expone cuanto se refiere á las funciones de los Estados Mayores, desde los Generales en jefe hasta los trabajos de secretaría. Recuerda el cuarto todo lo relativo á las formaciones tácticas, descendiendo hasta las disposiciones para las paradas y desfiles y precedencias de las formaciones, y el quinto lo referente á transportes y marchas.

Aquí ya empieza la verdadera labor científica del *Memorandum*, cuando preceptúa y describe las marchas al frente del enemigo; los fraccionamientos de un Ejército en sus columnas; las vanguardias, franqueos y retaguardias, y presenta los cuadros de marcha con sus frentes, profundidades y alargamientos, y gradúa las velocidades en las diversas armas, y el cálculo de tiempo en el recorrido de las distancias, y los altos y descansos, y los cruces de columnas, y los pasos de desfiladeros y pueblos; y los cuadros calculados en el orden normal de la marcha de un Cuerpo de Ejército, de una división, de una columna ó de una escuadra; y los despliegues de la Caballería y de la Artillería, y las marchas especiales y las forzosas y retrógradas, y los métodos de indicación para trazar los cuadros gráficos bajo la regla de cálculo de Warnet y la planchita Madelor.

En el estacionamiento de las tropas, á que se dedica el título sexto, en el servicio avanzado y en los destacamentos, detalla hasta la minuciosidad todas las funciones del derecho militar, así en los alojamientos como en la constitución de los vivaques, y luego que puntualiza los medios de atender á todas las exigencias, lo mismo en la gran agrupación de un Ejército que en la de una simple compañía, de proveer á las contingencias de las alarmas y á los medios de seguridad y de higiene hasta levantar el campo, entra en los servicios de exploración en marcha, en los reconocimientos de las patrullas



de descubierta, del contacto de las armas, del apoyo que entre sí se prestan, así en la marcha como en los estacionamientos, y en los servicios de guardia desde las avanzadillas hasta los puestos á la cosaca, y de los relevos, y del modo de proceder con los desertores del enemigo y con los parlamentarios; y en cada situación del estudio de los frentes, de los flancos, del espacio interior, de la retaguardia, formando siempre los cuadros estadísticos sobre los caminos naturales, las carreteras, los ferrocarriles, los cursos de agua, las acequias, los pantanos, las alturas, los desfiladeros, los llanos, los montes, los lugares habitados; en fin, cuanto corresponde á la topografía del país sobre que se opera ó se estaciona. Con estos estudios se relacionan los de los convoyes y los de formación de parques y defensas.

La fortificación de campaña y los trabajos de sitio son la materia del título séptimo: y claro es que esta parte de la obra constituye un tratado completo de asuntos tan importantes, sobre todo en las funciones que se atribuyen á todas y á cada una de las partes que ayudan, así á la construcción, como al sitio y al ataque, y como á la defensa de toda posición fortificada en la infinita variedad de sus formas. La multiplicidad de servicios que demanda esta clase de operaciones antes, en el combate y después del combate, está admirablemente prevista y simplificada, desde la primera organización defensiva ó agresiva, hasta su total posesión ó su total abandono.

El título octavo comprende tres secciones, dedicadas á la topografía, al paso de los ríos y á consignar otros datos útiles, como anchuras de vías, fuerza y velocidad de locomotoras, telégrafos ópticos y telegráficos, y otros pormenores anejos al uso de estos medios de comunicación.

Finalmente, el título noveno es un verdadero mosaico de prevenciones generales, en que entran todos los servicios asimilados: los jurídico-militares, los castrenses, el de registro civil; el de las prerrogativas, condición y sucesión del mando;



el de las facultades para dar y transmitir órdenes y partes; el de las facultades para conceder honores; todo lo correspondiente á Administración, Sanidad, Veterinaria, Equitación, oficinas, obreros, topógrafos, personal del material de Artillería é Ingenieros, músicos, armeros, guarnicioneros, y, por último, el sinnúmero de relaciones que hay que sostener en todas las esferas del mundo social en que un Ejército vive, se organiza ú opera.

En todo interviene por razón de su instituto el oficial de Estado Mayor, que es en la guerra y en la paz, dentro de la organización de los ejércitos, el verdadero brazo de ejecución de quien lo manda, de quien recibe y transmite todas las órdenes, por quien ordenadamente disponen todos los elementos de combate de que puede hacer uso en el plan de sus operaciones, de quien se informa é ilustra en toda clase de noticias y datos de que puede necesitar; que es, en una palabra, el eje principal sobre quien descansa la mecánica del combate.

El *Memorandum* de Victory y Taltabull es el índice ó inventario del inmenso aparato de que está rodeado en nuestro tiempo el arte y la ciencia de la guerra, y su principal mérito consiste en la ordenada agrupación de elementos tan varios, tan disconformes, tan heterogéneos, para tomar en la acción y en el éxito la admirable unidad y armonía del conjunto.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

(*Se concluirá.*)



## CRÓNICA LITERARIA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

**Literatura y Regionalismo.**—(A propósito del libro de D. Arturo Campión *EUSKARIANA (segunda serie), FANTASÍA Y REALIDAD*).

No es nuevo para los lectores de LA ESPAÑA MODERNA el nombre de D. Arturo Campión, pues en estas páginas se ha publicado recientemente *Pedro Mari*, cuento ó novela corta de aquel escritor, reimpresso ahora (el cuento) en el libro *Fantasia y Realidad*, perteneciente á la *Biblioteca bascongada*, é incluido en ella como segunda parte de una colección de trabajos coleccionados por el Sr. Campión bajo el título general de *Euskariana*.

El Sr. Campión escribe muy bien. Y al decir que escribe muy bien, no me refiero sólo á que lo haga castizamente, lo cual no representa, por lo común, más que conocimiento de la parte exterior de la cristalización histórica del lenguaje, de las voces y giros consagrados por la tradición del idioma, ó sea de los tipos y modos vencedores en la selección que va operándose en las lenguas y que alcanza su momento culminante en los llamados siglos de oro. Quiero decir, además, que el Sr. Campión domina el castellano en otro sentido más *profundo*, que afecta más á la médula del lenguaje, dominio que consiste en el exacto sentimiento de la medida entre lo expresado y la expresión, en el ritmo del pensamiento y la palabra.

Lo primero, el uso de un lenguaje castizo, no basta para



dar títulos de escritor, aunque sea cosa recomendable é importante en el orden externo á que pertenece. Se puede escribir en castellano muy castizo, y resultar, sin embargo, el lenguaje pobre, monótono, afectado y soso; pues no basta para escribir literariamente la imitación de los clásicos (algunos de los cuales no eran castizos en su tiempo) ni el hábito de emplear un vocabulario de palabras *arraigadas* en el idioma y una colección de giros y locuciones de antiguo y reconocido linaje. Lo segundo representa la verdadera encarnación de la idea en el vocablo; entonces es la palabra verdadero *verbo*. Y así se observa que los escritores que llegan á esta comprensión íntima del lenguaje, resultan escritores en sentido literario, aun cuando sean incorrectos en la forma y se aparten de la tradición castiza. Claro está que si encima fuesen correctos y castizos, todavía escribirían mejor.

Se ve, además, en el libro del Sr. Campión, que sobre estas facultades literarias posee otras no menos apreciables, especialmente las requeridas para cultivar el género novelesco en sus diversas variedades. A este género pertenecen la mayor parte de los trabajos coleccionados en el libro *Fantasia y realidad*, y en ellos se observa esa viva percepción de la realidad, condición indispensable para llegar á la representación dramática y animada de la vida, que es lo principal y lo característico de la novela moderna y ha sido siempre aspiración de la novela de cualquier tiempo, si bien ahora nos damos más exacta cuenta de lo importante que es esta parte *representativa*.

En los escritos del Sr. Campión contenidos en el citado volumen, hay gran variedad, no sólo de asunto, sino de tono y manera literaria. Esa monotonía de los escritores que no saben dar más que una nota (y que generalmente es indicio de pobreza intelectual, aunque á veces dependa de la excesiva intensidad con que se han aplicado las facultades á un solo orden de objetos, descuidando los otros) no es defecto que pueda imputarse al autor de *Fantasia y realidad*.

La variedad de estos escritos, que es tan grande, como



puede fácilmente observarse comparando el cuadro naturalista titulado *Contrastes* con las escenas de aquelarre de *Una noche en Zugarramurdi* y *Grachima*, sobria y hermosamente pintadas, con *color histórico* y verdadero sentido artístico, no impide que en todos ellos haya un fondo común de ideas y sentimientos vigorosamente acentuados. El Sr. Campión no es un *dilettante* que mariposee de una en otra idea ó de una en otra imagen, descubriendo y apreciando el contenido artístico de cada una, pero sin dejarse cautivar por ninguna; ve los diferentes aspectos de la realidad exterior é interior, y sabe sacar partido de ellos y expresarlos, mas su pensamiento tiene un norte fijo, una inclinación constante.

Lo más saliente y característico de ese fondo común de ideas y sentimientos que se descubre en todos sus escritos, es el espíritu regional ó regionalista, para usar el término consagrado en el lenguaje corriente. Acentúase este rasgo en la novelita *Pedro Mari*, cuyo protagonista, soldado de Ricardos, se siente más compatriota de los vascos franceses que pelean en el ejército republicano, que de los castellanos que forman en el ejército español á que él pertenece, pues para él la lengua común es el verdadero lazo y la verdadera expresión de la *connacionalidad*; resalta también en el pintoresco cuadro *Contrastes*, comparación en que, naturalmente, no fué león el pintor, entre la grosería y el descoco de la plebe madrileña y andaluza y las patriarcales costumbres y buena educación de los eúskaros; en la poesía *Sarta Aurrean*, traducción de cierta composición rusa, que aparece en el libro vertida al vascuence y al castellano, y en los cuartetos de *El bardo eúskaro*. Pero el sentimiento regionalista no está ausente de los demás escritos, y en todos ellos, ó en casi todos, se muestra alguna vez, aunque sea de un modo accidental y pasajero.

\*  
\*  
\*



Esta cuestión del regionalismo es de gran actualidad ahora, pues tomando por ocasión ó pretexto el establecimiento de la autonomía en la isla de Cuba, se ha tratado, con fines políticos probablemente, de excitar á las provincias forales para que solicitasen ó exigieran también su antigua autonomía, residuo de la independencia que tuvieron en días lejanos, antes de unirse para formar la monarquía española. Este intento ha fracasado por completo hasta ahora, y ha ofrecido todos los caracteres de una agitación superficial que no ha llegado á interesar á las masas, por lo general pasivas y obedientes; mas es, con todo, una nueva fe de vida que ha exhibido el regionalismo, mostrando que está dispuesto á aprovechar todas las ocasiones que le parezcan favorables para su causa.

No creo que deba considerarse como punto de partida impropio ó baladí una obra puramente literaria, para tratar de ese exaltado sentimiento regional que de algún tiempo á esta parte viene manifestándose con más frecuencia y atrevimiento que antes. En obras de esta clase aparecen con espontaneidad y sinceridad mayores tales sentimientos, por lo mismo que no son el fin á que el propósito del autor se encamina, ni éste los manifiesta tras detenida deliberación y maduro estudio, como sucede en los trabajos doctrinales y de propaganda, sino que, al contrario, se le escapan casi á pesar suyo, y brotan en el curso de la narración con toda la verdad de los impulsos naturales no desviados de su expresión y forma propias por ninguna de las industrias y artificios que pone en juego la prudencia.

La cuestión del regionalismo es una de las que entre nosotros no suelen ni apenas pueden discutirse con serenidad de ánimo. Es gran desdicha que la intransigencia heredada que late en el fondo de nuestro carácter nos impulse á denostar al adversario y á *argumentarle* con injurias y amenazas, en vez de discutir con él de buena fe y de procurar convencerle con razones. Así, los regionalistas achacan una explotación y una tiranía ilusorias á la infeliz Castilla, que es, al cabo, la que más



ha puesto en todas las grandes empresas nacionales, mientras los partidarios de la unidad tratan por su parte á los adeptos del regionalismo de separatistas, de *filibusteros* (palabra cuyo uso se ha hecho tan elástico que está ya á cien leguas de su primitivo sentido), y, en suma, de criminales de Estado, dignos de que la Guardia civil y los Tribunales de justicia sean los llamados á contender con ellos.

Las opiniones profesadas sinceramente son dignas de respeto, y así como toda sociedad constituída tiene el derecho indiscutible de defender su existencia ó su manera de ser contra los que tratan de mutilarla ó de imponerla violentamente formas ó instituciones distintas de las que el consentimiento común mantiene establecidas, conviene que se respete el derecho á pensar en contra de la mayoría, y aun de procurar convencerla, pues si se borra ese derecho de convencer se corre gran peligro (aparte de toda razón de justicia) de empujar á los disidentes por el camino de la imposición y la violencia.

De ahí que, aun considerando funesto el regionalismo, estime exagerada y contraproducente la manera de combatirle que quisieran muchos ver puesta en práctica, y que ya alguna vez ha dejado de ser pura teoría. En el régimen de tolerancia á que tienden las instituciones y costumbres modernas, es forzoso soportar las opiniones que se juzgan erróneas y extraviadas, mientras no se traduzcan en provocaciones á la violencia ó en excitaciones á la guerra civil, que no son, en suma, sino la proposición de un delito en gran escala, aunque su índole moral sea distinta de las proposiciones de los crímenes comunes, cuando no obedece aquélla al egoísmo individual ni al egoísmo colectivo de un bando.

Claro es que todo esto se refiere al regionalismo político que aspira á hacer autónomas y semi-independientes á las diversas regiones que hoy forman la nación española, y que en lo pasado vivieron separadas, con dinastías, leyes y costumbres propias. El regionalismo puramente literario, que consiste en el cultivo de los dialectos ó lenguas regionales y de las litera-



turas de las regiones, nada tiene en sí de censurable, pero comunmente anda mezclado con aquella otra aspiración política.

El mismo regionalismo político es menos peligroso de lo que se cree. Más que un peligro actual, es un peligro en potencia. Se le podría comparar á esas enfermedades crónicas, de poca gravedad en sí, que el organismo puede conllevar durante mucho tiempo, sin que causen en él grandes estragos, pero que en un momento de depresión ó combinadas con otra dolencia pueden precipitar la muerte. Así, el regionalismo, que en circunstancias normales es una cuestión secundaria, ya por la pasividad de las masas, ya por ser tan sólo aspiración activa en una minoría ilustrada, adquiere gran importancia en momentos de confusión y de trastornos, ó cuando aparece combinado con las aspiraciones políticas de partidos más ó menos revolucionarios, como el federal y el carlista.

Aunque no ofreciera estos peligros, sería el regionalismo una nota triste en el cuadro de la España contemporánea, en que hay ya tantas sombras. Nota triste, porque revela un horizonte estrecho, un excesivo apego á lo pasado, un retraso en el movimiento que ha conducido á la formación de las grandes nacionalidades; pues indica que, aunque nosotros hallamos formado la nuestra (más ó menos completa) por fuera, con vínculos de ley y autoridad, no la tenemos formada por dentro, en el sentimiento ni en la idea, desde el instante en que el apego á la *patria pequeña*, á la antigua región, á la provincia, se sobrepone á la adhesión á la patria grande, al sentimiento verdaderamente nacional.

Es cierto que algunos regionalistas quieren conciliar su particularismo local con la conciencia de la *patria grande* y el amor á ella, mas aun en estos mismos el primer sentimiento aparece más poderoso y arraigado que el segundo. En cuanto á los más radicales, la distinción que establecen entre catalanes y españoles, ó vascos y españoles, declara su sentir sobradamente.

Es digno de notarse que las comarcas de España donde más



raíces tiene el regionalismo, figuran entre las que disfrutaron de mayor prosperidad, como Cataluña y las provincias Vascaas; es decir, entre las que al cabo han ganado más ó han perdido menos con la unión. El ejemplo de Portugal, que nos ofrece una elocuente experiencia histórica de los resultados prácticos á que conducen el particularismo y la tendencia á la segregación, permite afirmar que, abandonadas á sus propias fuerzas, no hubieran conseguido su actual estado de prosperidad aquellas provincias, dado que la atracción de Francia no las hubiese convertido en departamentos de la nación vecina.

Y, sin embargo, es nota característica en los escritos de la mayoría de los regionalistas la aversión y casi el odio á Castilla, que no se ha enriquecido ciertamente, ni ha prosperado gran cosa al desempeñar el papel de núcleo de la unidad española. Desde las condiciones físicas y morales de sus pobladores, hasta la aridez de su suelo, no hay cosa en la tierra castellana que no haya sido blanco de las amargas censuras de los regionalistas. Alguno de ellos hasta ha querido probar, fundándose en la altura de Madrid sobre el nivel del mar (1), que era imposible, ó punto menos, que en la capital del Reino se hiciera cosa de provecho. Mas al deprimir tanto á Castilla y á los castellanos, no calculan los que tal hacen, que, de no admitir un milagro ó plantear un enigma insoluble, vienen á enaltecer con sus mismos juicios á la provincia que detestan ó menosprecian por ver en ella como la personificación del sistema unitario. ¿Qué secreta virtud, qué maravillosa fuerza moral no tendrá la raza castellana, cuando tan mal dotada por la naturaleza y moradora de tierra tan ingrata, como aquellos dicen, ha logrado sobreponerse á los demás pueblos de la Península, dar su lengua y su civilización á un Continente, y realizar empresas de las más memorables de la historia?

El indiscutible predominio de la lengua y de la literatura

---

(1) Pompeyo Gener, *Herejías*.

E. M.—Enero 1898.



castellanas, refuta por sí solo á los regionalistas que al usar de este idioma le reconocen como *español* y confiesan su superioridad. Literariamente es un regionalismo mutilado é infecundo el que tiene que valerse de otro idioma que el de la propia región. En esto el regionalismo catalán y el regionalismo gallego (más literario que político) son los más consecuentes, sin duda porque sus dialectos son más accesibles que el vascuence, viejo idioma, tan ajeno á las lenguas romances, que se calificó de *Imposible vencido* el explicarlo y aprenderlo, y la fantasía popular ponderó las dificultades de la empresa, diciendo que el mismo diablo no había conseguido salir airoso de tan peliaguda prueba.

\*  
\* \*

La explicación de la persistencia del regionalismo en España, la tenemos en nuestra misma historia. Comenzó nuestra decadencia cuando acababa de consumarse la unidad política peninsular (unidad externa) con la anexión de Portugal. Si la monarquía española se hubiera mantenido fuerte y poderosa, es indudable que, como la francesa, hubiera conseguido unificar las regiones; pero su debilitación progresiva, las guerras extranjeras y dinásticas lo hicieron imposible, y cuando los Gobiernos constitucionales de este siglo, debilitados también por las guerras civiles y la lucha á muerte de los partidos, establecieron la unidad en principio, no lograron implantarla por completo. Puede decirse que al presente no está consumada la unidad de España. Aparte de la separación de Portugal, subsisten en materia administrativa los fueros vasco-navarros, que tan en peligro estuvieron al terminar la última guerra civil, debiéndose en gran parte el que sobrevivieran á la moderación del vencedor. En materia civil siguen en pie las legislaciones forales de Aragón, de Cataluña, de Vizcaya, de Navarra. La codificación del Derecho civil, que ha sido posible en el Imperio alemán, Confederación de Estados sobe-



ranos, no lo fué en España más que de un modo incompleto; solo como codificación del derecho común ó castellano.

En el curso de nuestra historia la misma unidad política externa ha sido la excepción. Los romanos tardaron mucho en someter toda la Península, y sabido es, por otra parte, la gran variedad de instituciones que comprendía el régimen provincial de Roma. Del Imperio visigótico puede decirse que no consiguió más que de un modo relativo la unidad. Todavía peleaba Rodrigo con los vascos, cuando se realizó la invasión de los árabes. Tampoco estos lograron imponer de un modo durable su dominio á toda la Península, presentando entonces España la dualidad capital entre Estados musulmanes y Estados cristianos. Al período de relativa unidad del Califato, sucede el de división y fraccionamiento de los reinos de taifas, de la multitud de Estadillos moros, opuestos entre sí, y que de tiempo en tiempo venía á sumergir la ola de una invasión africana para volver enseguida á la separación anterior. En los Estados cristianos ocurre lo propio, si bien en estos se manifiesta la tendencia á la unión, que llega á completarse en lo exterior, en la reunión de todas las coronas en una misma dinastía, cuando Felipe II, proclamado Rey de Portugal, es monarca de toda la Península. Pero la unidad distaba mucho de estar consumada; subsistían las leyes y las instituciones de los antiguos Estados regionales, cuyo lazo de unión era principalmente personal y dinástico. La unidad de España era entonces inferior, bajo algunos aspectos, (aunque superior en otros) á la del moderno Imperio alemán, á pesar de subsistir en éste las dinastías de los varios Estados confederados, á más de la imperial, salida del tronco de los Hohenzollern de Prusia.

Era, sin embargo, tan fuerte el poder real, que le hubiera sido posible verificar la transformación unitaria (y á ella tendieron más ó menos abiertamente los monarcas), á no haber sido tan rápida nuestra decadencia. Ya en el reinado de Felipe IV, Portugal se hace independiente, surge la guerra civil de Cataluña, que toma bien pronto carácter separatista, para



venir á parar por la lógica de las cosas en el fracasado ensayo de anexión á Francia; y hasta en Andalucía se trama otra conspiración separatista. El particularismo vuelve á manifestar sus tendencias disolventes en la época de la guerra de sucesión y hay provincias carlistas, y provincias felipistas, como luego, en las guerras civiles y en los trastornos políticos de este siglo, ha habido provincias isabelinas ó cristinas, provincias carlistas y provincias ó comarcas federales y cantonales.

El recrudecimiento del regionalismo coincide siempre con crisis nacionales, guerras y perturbaciones que crean un medio propicio para que se desarrolle el viejo germen particularista. Esto es lo que sucede ahora, aunque en menor escala, por efecto de las insurrecciones coloniales. Mas el hecho de la autonomía cubana no puede ser un argumento, ni siquiera un *precedente* para la restauración de la antigua autonomía foral en la Península. Para las personas imparciales no hay asimilación posible entre el caso de una isla, situada á gran distancia de la Metrópoli, y en la proximidad de una nación tan poderosa y preponderante en América como los Estados Unidos, isla donde hay además una gran masa de elementos abiertamente hostiles al centralismo de la Metrópoli y que han podido sostener contra ella largas y sangrientas guerras, y el caso de las regiones peninsulares, que son parte de una unidad geográfica y tienen análogos intereses y necesidades. Además, aunque el orgullo nacional se resista á reconocerlo, es indudable que la autonomía se ha otorgado á Cuba más que como un régimen bueno por sí mismo, como una transacción ó un medio para conseguir la paz, vista la ineficacia de los grandes esfuerzos hechos para reducir á los rebeldes por la sola fuerza de las armas. A no ser por la necesidad de terminar la guerra, ¿qué Gobierno se hubiera resuelto á implantar la autonomía en Cuba? El fracaso de las reformas del Sr. Maura lo demuestra claramente. Todo esto explica que hayan tenido tan escaso eco esas tentativas para crear en la Península una cuestión foral como consecuencia de la cuestión antillana. La opinión pública, con



ese buen sentido que á veces tienen las masas, no ha tragado el anzuelo; ha comprendido que nada tenía que ver una cosa con otra.

Un largo período de tranquilidad y de adelantos materiales y morales acabaría con el regionalismo político, que no es sino una aberración *misoneista*, una supervivencia de lo pasado. Pero aunque las circunstancias continuasen siendo críticas para España y llegaran á ser todavía peores que las actuales, hay que confiar, si queda aún instinto de conservación en el país, en que el regionalismo no pasará de una aspiración platónica y pasiva, ó hemos de admitir que nuestra decadencia está tan avanzada que falta poco para escribir el *Finis Hispaniæ* y para que, cual sucede con los cadáveres, se descompongan y disgreguen los elementos de esta nación infortunada.

¡Qué cuadro tan lastimoso y trágico sugiere á la imaginación la idea de una regresión de España al antiguo particularismo de las regiones! El egoísmo local, que dentro del mismo régimen unitario se pronuncia en rebeldía por la supresión de una Audiencia ó de una Capitanía general, suelto de todo freno; la amenaza separatista lanzada á cada paso y á cada sacrificio que el interés común exigiera; el Norte carlista y el Levante republicano preparados para reanudar las guerras civiles y las empresas del cantonalismo, y como término de todo, si no surgía á tiempo el áspero y amargo remedio de una despótica dictadura, la consunción progresiva, el estado del Portugal contemporáneo, agravado en tercio y quinto!

\* \* \*

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

Pero todo esto no impide que sean leídos con gusto (complacencia estética, por supuesto) los libros de los regionalistas, que ya en su propia lengua ó dialecto, ya, como el Sr. Campión, en castellano, verbo de la tierra que miran aquellos como enemiga, saben hacer vibrar las notas del arte.

Gran privilegio, en verdad, el de éste—que lo comparte con



bien pocas cosas humanas—de suspender el imperio de las pasiones y hacerse acatar por amigos y adversarios y ser objeto de contemplación desinteresada, serena, independiente de las disputas de los hombres. Es Orfeo amansando á las fieras, aunque hay fieras tan recalcitrantes que á muchos les pesó no haber silbado los dramas de Guimerá, al enterarse de que era un exaltado catalanista.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.





# LA PRENSA INTERNACIONAL.

---

## ALFONSO DAUDET

---

Días atrás, cuando el ataúd de Alfonso Daudet, puesto primero en medio de la nave mayor de la iglesia de Santa Clotilde, fué llevado después más lejos, en el crucero, bajo el catafalco iluminado por cirios, tocó el órgano á manera de marcha fúnebre el tema melancólico que en *La Arlesiana* acompaña á la salida de la tía Renaud. Cátate convertida en un himno de apoteosis aquella música de Bizet, de la cual nadie quiso en un principio oír hablar; y hete aquí á Alfonso Daudet seguido en la tumba por el triunfal recuerdo de aquella *Arlesiana*, desconocida al aparecer y que sólo llegó á ser obra maestra al día siguiente de reanudarse en el Odeón sus representaciones, al cabo de trece años de espera, de injusticia y de tristeza.

Sí, las cualidades de originalidad que todo el mundo se complace en reconocer en *La Arlesiana* pasaron inadvertidas cuando por vez primera se representó la obra, en 1872, en el teatro de Vaudeville. Lo que más se admira hoy en ese drama conmovedor de la juventud enamorada y de la maternidad crucificada, fué precisamente lo que antaño se denigró más, y sobre todo se comprendió menos. La entrevista de la tía Renaud y Baltasar, entre otros episodios, sobreexcitó el mal hu-



mor hasta la burla; y los más indulgentes eran de parecer que debía suprimirse el dúo de esos dos «tórtolos viejos», como los llama el patrón Marcos.

—Sabía que ibas á venir; no he debido quedarme aquí.

—¿Por qué?

—Para cumplir nuestro juramento.

—¡Bah! eso ya no merece la pena. Dios mismo no ha querido que muriéramos sin volvernos á ver, y por eso puso amor en el corazón de estos dos niños. Después de todo, nos lo debía para premiar nuestro ánimo.

—Sí — dice Baltasar, — mucho valor hemos necesitado. ¡Cuántas veces, al conducir mis bestias, miraba el humo de tu casa y me parecía hacerme señas: «¡Ven, aquí está ella!»

—Y yo—responde la tía Renaud,—cuando te reconocía con tu gran capa, he tenido que sacar fuerzas de flaqueza para no echar á correr hacia tí. Al cabo han terminado ahora nuestras fatigas y podemos mirarnos á la cara sin que nos salgan los colores.

Esta magnífica escena, en que el deber cumplido llora lágrimas de una tristeza tan altiva y tan nueva; esta escena en que la resignación de los corazones, voluntariamente separados por la dignidad misma de su mutuo amor, halla acentos penetrantes y conmovidos, nunca escuchados hasta entonces en el teatro, es la escena que por simpatía aconsejaban al autor sus amigos que cortase. Parecíales á unos desconsoladora, á otros pesada. Alfonso Daudet se sostuvo firme contra pareceres tan crueles y se negó á toda amputación, pues sentía en el fondo de sí mismo que, á pesar de las críticas, había escrito una página superior. La opinión pública, aún más severa que los amigos, condenó la obra entera. El público se retrajo del Vaudeville, y de ese modo, en lugar de una simple escena, suprimió de una vez la obra.

Ese fracaso produjo á Daudet suma tristeza: destruía sus más queridas ilusiones. Y no es que amase la victoria por la vanidad del triunfo; apetecíala sólo por el goce de despertar la



inteligencia del público y penetrar hasta su corazón. Se veía obligado á reconocer que esta vez había hablado con sordos y dado espectáculo á ciegos. En lugar de provocar la emoción que deseaba, sólo había producido indiferencia. Y si ni las lágrimas de la madre de Rosa Mamaï, ni las apasionadas angustias de Frederi, destrozado de amor, ni el renunciamiento glorioso de Baltasar y de la tía Renaud conmovieron jamás la sensibilidad, la delicadeza ó la fibra llorosa de los espectadores, ¿qué hacer entonces? ¿Qué escribiría en lo sucesivo? Aquella noche, si no de su talento, dudó de su porvenir Daudet. Y prueba de su angustia se halla en los *Cuentos del lunes*, cuando en su narración titulada *Una noche de estreno*, dice así:

«Ese gran edificio que ha poco ví desplegándose con ruido y con luz en toda esta parte del *boulevard* está sordo, negro, desierto, chorreando como después de un incendio. ¡Vamos! acabóse; seis meses de trabajo, de ilusiones, de fatigas, de esperanzas, todo ello se ha quemado, perdido, volado á la luz del gas de una velada.»

¡Sí, acabóse! Los directores de teatros prefieren los autores de buen éxito á los autores que inventan novedades; y Alfonso Daudet, rechazado de la escena por haberse atrevido á derribar sus tradiciones, tuvo que aguardar largo tiempo para probar de nuevo fortuna en las tablas. Veinte años de renombre, veinte años de aclamación en la novela necesitó para que sus obras teatrales fuesen al cabo aceptadas por los directores y aplaudidas por el público. Aun así, sólo se admitían cuando estaban sacadas de uno de sus libros famosos. El novelista veíase de antemano, obligado siempre, á servir de fiador del autor dramático, á quien manifestaban siempre una especie de desconfianza hasta los más complacientes.

El día del entierro, por piadosa ofrenda, ha podido poner la Comedia Francesa en la caja de Alfonso Daudet una corona de claveles blancos, como delicado recuerdo de *El clavel blanco*, piececita en un acto, representada por ella en otro tiempo, cuando apenas se dejaba presentir el maestro en sus comien-



zos. Eso no obsta para que, adquirida y reconocida definitivamente la maestría de Alfonso Daudet, no hallara éste nunca en vida en la Comedia Francesa los respetos ni el homenaje tardíos que ha encontrado después de muerto. Jamás pudo conseguir que M. Perrin se decidiese á dar otra representación de *La Arlesiana*. No se sabe qué intrigas y dificultades interiores, promovidas contra Coquelín mayor, se opusieron también á que se representase *Los reyes en el destierro*, en que este actor debía desempeñar el principal papel. Dicha obra se dió en el Gimnasio, *Numa Roumestan*, en el Odeón, y *Safo*, y después *El obstáculo*, en el Gimnasio. Apartado al principio de todos los teatros, Alfonso Daudet quedó irremisiblemente alejado del Teatro Francés, que, sin embargo, no hubiera de ningún modo comprometido su dignidad añadiendo á su repertorio moderno una obra dramática del grande y original escritor.

\*  
\* \*

No pudiendo, á pesar suyo, utilizar en el teatro sus cualidades de numen y de improvisación tan adecuadas para escribir chispeantes diálogos, no pudiendo transmitir á los actores la viveza de su despierta persona y la mímica descriptiva y apasionada de sus gestos, Alfonso Daudet se refugió en la crítica para no abandonar por completo esa escena á la cual le impelía de continuo su temperamento de conversador y de artista.

Lo mismo que en otro tiempo Collé, que rechazado en el siglo XVIII de todos los escenarios, hasta de los teatros caseros, se consoló de sus propias comedias ignoradas dando cuenta con rara perspicacia de las comedias ajenas, Alfonso Daudet aceptó enternecido la tarea de estudiar una vez por semana, en un folletín del *Diario oficial*, las diversas manifestaciones del teatro contemporáneo. Con una paciencia no rendida ni aun por la peor piececilla, analizó allí durante ocho años las



obras teatrales, no cual un pedante á quien importa menos conocer los ingenios que regirlos y doblegarlos á su sistema, sino como un curioso, como un aficionado inteligente que saca interés, recreo y hasta enseñanza de la más pobre de las producciones, y se inventa el delicado placer de alabar en ellas, á despecho de todo, una especie de dignidad intelectual. Ingéniase para descubrirla en el autor; pero también casi siempre se la presta por pura generosidad.

Se ha dicho con justicia cuán bueno era Daudet. Los escépticos que quieran buscar la prueba sensible de su caridad literaria, la encontrarán en esos artículos escritos al otro día de los estrenos. No juzgándolos sin duda el maestro bastante acabados todos ellos, sólo ha reunido en un tomo (*Entre la cornisa y el escenario*) los que le parecían mejores por su erudición histórica y su carácter pintoresco. Dan una idea incompleta de la clase de crítica ejercida por Daudet. Pero abramos cada lunes la colección del *Diario oficial*. ¡Qué claridad en los relatos, siempre tan difíciles, del enredo de una obra; qué exactitud en medio del capricho de una frase que parece estenografiada (tanta vida conserva en el papel, tanta emoción y tanto colorido); qué ingenio para denunciar las inconsecuencias de un argumento, para subrayar lo inverosímil de una situación, para indicar lo intempestivo de una escena, de la escena que no debe hacerse! Y evidenciado el error, ¡qué suaves precauciones para no afligir al dramaturgo poco feliz en sus concepciones, y para no desollar por sobra de insistencia esas opidermis de artista por él comparados á «cáscara de naranja mandarina!»

Si Daudet, defendiéndose hasta contra su natural gusto por la ironía, se guarda mucho de no regocijarse á su vez con exceso con los pasajes condenados por la risa brutal y contundente de los espectadores en vena de chungo, en cambio, ¡cómo deja desbordarse libremente su entusiasmo cuando advierte al paso una bella idea, una hermosa tirada de versos, hasta una buena intención! Su goce es descubrir



una inteligencia, revelándosela á los lectores, hasta á ella misma, y alentarla para verse adivinada, comprendida á media palabra, sospechada casi en sus oscuros sobreentendidos; y nadie mejor que Daudet, con su ciencia para penetrar lo que él llamaba «las cosas entresentidas», supo dar mejor confortamiento y confianza en sus ensayos á los principiantes, maltratados á menudo por otros.

Y además quiere á los cómicos. Los quiere por sus ridiculeces y por la fatal tristeza que les causa lo desproporcional de su condición en el teatro, donde representan papeles de héroes, y las mediocridades que les obliga á sufrir la existencia cotidiana. Puede burlarse de sus modales y pretensiones, pero se nota que siente por ellos íntima ternura y que le conmueve el sufrimiento de esos individuos, siempre condenados á emociones ficticias y que hasta la expresión misma de su dolor más sincero la reducen á artificios teatrales. Se burla de ellos como grotescos, y sin embargo no los desdeña como profesores de verdad. Después del *Assommoir*, fué el único que señaló á la admiración de los artistas la belleza siniestra de Gil Naza perdiendo en el juego, registrándose el bolsillo para pagar, sacando el moquero y hallando detrás vacía su bolsa. El cómico había encontrado así una mímica de desesperación y de honradez, cuya novedad y exactitud nota Alfonso Daudet en seguida. Y más tarde, al escribir *Safo*, cuando presenta á la enamorada trágica llorosa y suplicante bajo el peso de las recriminaciones de su amante, recuerda un ademán, una actitud observados en el teatro, y escribe en sus notas de planeo: «Valerme de la acción de Sarah Bernhardt en el papel de *Fedora*: la mano en los ojos, en la boca».

Cuando la obra de que necesita hablar se hace hartamente desesperadamente insípida y vulgar, Alfonso Daudet la saca de la nada á fuerza de poesía exterior y la eleva ligeramente á filosofías á las cuales no aspiraba de ningún modo. Salva una situación ridícula con un recuerdo de Montaigne, la equipara de pronto con Diderot por el esfuerzo de una cita oportuna.



En medio del telón de fondo, zafiamente pintado, por la memoria de un verso alejandrino evoca los vastos y luminosos paisajes de los poetas Leconte de l'Isle ó Baudelaire, y á fuerza de ideal y de ciencia se venga de la pobre decoración acerca de la cual nunca habían pensado nada los autores.

En las variaciones que ejecuta así sobre los temas más gastados, se asemeja á esos húngaros que, con su arco creador, sacan del más humilde aire callejero sinfonías que aturden por su brío y su emoción. Precisamente Alfonso Daudet se jactaba de esta facultad, con la que conseguía dar vida á las obras más muertas. Estaba orgulloso de la virtud que poseía de poder transformar en bellezas todas las fealdades de los bosquejos sin forma y sin gracia. «¡Sí! exclama en una carta íntima. Sí, soy un zíngaro. Hace mucho tiempo que lo sé, que se lo he dicho muy quedo á mis pobres nervios endemoniados. Pero usted lo adivinó, usted; y eso es un verdadero diagnóstico de buen crítico».

\*  
\* \*

Esos folletines, acerca de los cuales permítasenos insistir puesto que aún permanecen hoy casi olvidados entre la universalmente conocida labor de Alfonso Daudet, están redactados con el arranque de estilo y el buen humor de ideas que en la conversación empleaba Daudet. ¿Cómo dar idea, ahora que está para siempre condenada al silencio en el sepulcro, cómo dar idea de esa conversación á la vez ordenada y tumultuosa, constituída por inesperados enlaces y choques de palabras que echan lumbre unas contra otras, cual chispas encendidas entre dos pedernales golpeados recíprocamente?

Sin embargo, escuchad y leed en voz alta estas dos notas copiadas al acaso del manuscrito de sus estudios para *Safo*:

«Llega de noche á Avignon. Nadie en la estación. Toma un carruaje. Dos horas en Avignon. Nadie allí. Cree llegada la desgracia. Ira contra Safo. El Ródano. Deja el coche, toma



un atajo, llega por las viñas. Olor de mirtos. Trepa por las tapias. Da la hora en la torre más cercana. Voz amiga. Su infancia. Su madre, á quien hace tanto tiempo que no ha visto. ¡Ah, cuando han muerto cómo se siente el vacío! Ruinas del vetusto castillo de los Papas. La casa de Gaussin, larga y baja; alquería y castillo. Ve una luz en el primer piso, aposento de la madre. Efecto de velada mortuoria. Párase un quebrantahuesos en la ruina. Luego dice para sí que quizá no ha muerto su madre, que tendrá tiempo de verla, de dejarse ver un minuto; se figura la mirada ansiosa de su madre hacia la puerta. «¡No vendrá!» Corre. Ruedan las piedras á su paso, y de pronto se acerca una sombra. Caricia ardiente. Es Milagro. El perro viejo Milagro, que le ha reconocido, le lame. Abrevadero. El pozo. La casa á la luz de la luna llena.»

Este relato entrecortado, jadeante, donde todo se mezcla y nada se descuida; donde la angustia fisiológica se confunde tan curiosamente con el paisaje cuyo aspecto cambia, es toda la conversación de Daudet, precipitando sus palabras y promoviendo inolvidable evocación á cada una de ellas.

¿Queréis ver Marsella en tumultuoso movimiento, á orillas del Mediterráneo? Escuchad este otro apunte apenas legible en el cuadernito (¡tan lenta fué la pluma para seguir á la memoria y á la imaginación del escritor!)

«Ruidos de Marsella. Gritos en todas las lenguas sonoras: griegos, malteses, italianos, provenzales. Campanas, tambores, clarines de los puertos, vocerío de vendedores de mariscos. Al pie de la fonda un pajarero. Pájaros de las islas, cata-túas en jaula sobre la puerta, gaviotas, maullidos, y de vez en cuando el ronco mugir de un trasatlántico cruzando veloz el mar azul como agua de tinte, realzada por olas. Bosques de mástiles en paquetes, en madejas. La rada, las islas, peñascos grises, bruma sulfurosa de los puertos de mar, buques que zarpan, velas, humaredas que ascienden, los faros encendidos y por la noche se oye un mugido sordo, la voz de los viajes.»

Marsella entera vive y se agita en unas cuantas líneas don-



de nada falta, ¡ay! excepto Daudet, para hablarlas y hacerlas aún más vibrantes y tumultuosas.

A menudo, esa conversación, por siempre extinta, elevábase también á conmovedora altura de conceptos. Sus visiones filosóficas excedían aún en poderío á sus visiones pintorescas. Al día siguiente de inaugurarse el monumento de Flaubert en Rouen, al felicitar á su antiguo amigo Edmundo de Goncourt por el discurso literario por él pronunciado en dicha circunstancia, añadía empero: «¿No cree usted que nosotros, por ser quienes somos, concedemos demasiada importancia á la pura literatura? Mire usted, en Rouen, en esta gran ciudad industrial, ¿no imagina usted cuán generoso y superior hubiera sido no aislarla de la labor de Flaubert? Ahí, en los talleres, hay miles de obreros que, sacando menos gloria de ello, realizan un trabajo de inteligencia equivalente al trabajo de tristeza por el cual ha elogiado usted al autor de *La señora Bovary*. Hubiérame gustado oírle á usted hacer justicia á esos esfuerzos diferentes, aunque iguales en nobleza. ¿Por qué no ha dicho usted que, en esta paciente producción de toda una ciudad, Flaubert no era tal vez otra cosa sino la llama que por la noche se ve en lo alto de las chimeneas de las fábricas?»

Me he dispensado de insistir acerca del trabajo oficial y público de Alfonso Daudet. Acaso él sólo presenta la particularidad de que, admirado entre los literatos, ha conseguido ser rápidamente popular entre los ignorantes. Tocaba con su humanidad los corazones que los azares del nacimiento y de la educación no podían hacer sensibles á la belleza estética de una frase, correcta y francesa siempre hasta en medio de sus mayores libertades.

Ese pequeño mundo de los suburbios, de quien Alfonso Daudet había narrado tan tiernamente los humildes goces, las rudas melancolías, las abnegaciones obscuras y hasta las ridiculeces (siempre conmovedoras y lastimeras bajo su pluma), formó días atrás en pos del féretro del escritor difunto un gran séquito de simpatía y de conmiseración. Allí estaban todos



con nosotros á través de las sepulturas del cementerio, los Segismundo Planus, los Fromont joven, los Jack, las niñas Chèbe, las señoras Ebsen, los padres Joyense, también los Delobelle, los Chauvin resucitados en su barricada y dispuestos á volver á subir á ella, las obreras en perlas falsas, las repartidoras de pan, todos esos artesanos de las profesiones sin historiador y á quienes Daudet, en su amor á la inteligencia y á la vida, tomó por modelos para los personajes de sus libros. Allí estaban todos; y su homenaje espontaneo y balbuciente me pareció más glorioso que los mejor concertados homenajes de los literatos y de los artistas.

Sin duda, Emilio Zola habló desde muy alto, como convenía, en nombre de la amistad y de la novela contemporánea, hoy de luto. Sin embargo, á su arenga le falta el no haberse inspirado en las circunstancias inmediatas. Hubiera sido de desear que, olvidando por un instante su papel y [panegírico escrito, en unas cuantas frases improvisadas, para las cuales le daba elocuente tema la multitud en torno de la caja mortuoria, tras el adiós de los letrados, hubiese dirigido á Daudet: la despedida cordial y espontanea del pueblo de París.

ENRIQUE CÉARD



# CRÓNICA INTERNACIONAL.

---

Independencia del criterio nacional de todo influjo yankee.— Las nuevas reformas son un producto español puramente.— Desfavorables circunstancias que acompañan á estas reformas.— Peligros de su improvisación; peligros mayores de las suspensiones del poder parlamentario. — Torpeza en emplear para ocurrir á los males de nuestra grande Antilla, dos métodos tan contradictorios, como la reforma y la guerra.— Revocación y llamamiento del General Weyler.— Viaje y llegada de éste.— Imposibilidad absoluta de que presida un Gobierno legal cualquiera é imposibilidad absoluta de que sueñe con la dictadura. — Importancia excesiva dada por Weyler á las quejas de los proteccionistas y á sus protestas contra las autonomías arancelarias. — Deseo de que acierte nuestro Gobierno. — Promesas y esperanzas de acierto. — El mensaje de la Presidencia sajona.— Grande abuso de crítica por parte del Presidente. — Protestas necesarias contra este abuso. — Intervención indirecta. — Negativas indispensables á toda intervención. — La doctrina de Monroe falseada por Mac-Kinley.— Insinuaciones de arbitraje de todo punto inadmisibles por nosotros.— Parcialidad del árbitro en favor de los mambises.— Amenazas de intervención material.— Imposibilidad absoluta de semejante intervención. — Reflexiones. — Conclusión.

I



Desde que comenzó el gran conflicto cubano, se adoptaron para conjurarlo dos métodos contradictorios á un mismo tiempo: el método de la guerra y el método de las reformas. Y no conozco período más difícil para las reformas, que un período de guerra, ni conozco guerra ninguna que se compadezca bien por sus violencias con el procedimiento y el genio de las reformas, siempre jurídicas y, por ende, necesitadas de paz y libertad. Pero desde que comenzó la guerra, los Gobiernos todos han empleado á una, sin excepción, ambos métodos. Fué

E. M.—*Enero* 1898.



mandado por el partido más gubernamental de nuestra patria el General Martínez Campos, á dirigir la guerra de Cuba; y este General se queja siempre de que no le mandasen las reformas desde Madrid ó no las publicasen pronto en la *Gaceta* oficial, cuando estaba decretado por el Parlamento y sancionado por el monarca el plan puesto en vigor y convertido en ley por la sabia prudencia de Abarzuza. No compartió el partido más gubernamental de nuestra España las impacencias de su General en jefe, y no publicó las deseadas reformas. Pero poco después de haber vuelto este General, cuando se mandaba el reemplazo de Weyler significando la guerra opuesta por nosotros á la guerra, de súbito en la *Gaceta* estalla un plan semiautonomista concebido y formulado por la reacción conservadora. Desde tal punto sabíase que los liberales, por fuerza, tendrían que acogerse al partido autonómico en sí, para continuar significando la izquierda progresiva del país que casi le acababan de llenar los partidos y los proyectos conservadores. Con efecto, el Sr. Sagasta, muy hábil estratega, de táctica superior en el combate político, avezado á conocer las manipulaciones y maniobras de sus contrarios, soltó el verbo de la situación, soltó el nombre mágico de autonomía completa.

## II

El partido liberal tiene una extrema izquierda representada por el Sr. Moret, y una extrema derecha representada por el Sr. Gamazo. En estos dos polos de tal política, debía repercutir, por muy contraria y opuesta manera, la grave y trascendente frase. Así apercibiéronse sus seudos representantes á un verdadero combate, el cual era tanto más sabio, cuanto menos público. Y en este combate secreto pugnaron los dos combatientes por dar al programa, llamado autonomía, la correspondiente significación, por cada cual de ambos



preferida. Y, con efecto, tras una larga serie de reflexiones, llegóse á otra larga serie de componendas. Una comisión del partido liberal se nombró, compuesta por los Sres. Gamazo, Moret y Abarzuza. En esta comisión representaba la autonomía diferida el Sr. Gamazo, y el Sr. Moret, por su parte, la autonomía inmediata. Arbitro entre ambos mi amigo Abarzuza, estadista de gran solidez y de completa circunspección, convino en que la palabra se aceptase, pero no como sacramental é improvisada, especie de fórmula cabalística incompatible con un método científico; no así como corolario de una serie lógica, en que precedieran varias mejoras y como corona de una paz definitiva é imperturbable. Mientras el Sr. Moret quería, dirigiéndose á Cuba, decirle toma las autonomías y daca la paz, el Sr. Gamazo y el Sr. Abarzuza cambiaron esa oferta en esta otra: daca la paz y toma las autonomías. Pero como esto no resolvió de ninguna manera el combate aquel en ningún sentido, aunque tuviese una significación muy clara contra las impacencias de Moret, éste se aprovechó de la primer coyuntura ofrecida por los acontecimientos, y formuló en Zaragoza un proyecto de autonomía, el cual no solamente desconcertó las conciliaciones que habían Gamazo y Abarzuza concertado, borró por completo el manifiesto de Sagasta, donde aparecieran las autonomías diferidas y limitadas.

### III

En esto sobrevino la muerte de Cánovas. Con la muerte de Cánovas sobrevino la disolución de los conservadores, y con la disolución de los conservadores sobrevino el regreso del partido liberal á la pública gobernación del Estado. Y no habiendo en la pública gobernación del Estado problema que se asemejara en gravedad al problema cubano, seguidamente dentro de la crisis ministerial y del tránsito de un Gobierno á otro Gobierno, estalló la grande contradicción entre unas au-



tonomías diferidas y unas autonomías inmediatas. La gente se maravilló mucho de que no perteneciera el Sr. Gamazo al nuevo Gobierno, de que se hubiese ido en aquellas circunstancias á París desde Biarritz el Sr. Abarzuza, en vez de venirse á Madrid; pero extrañáronse las gentes porque juzgan por cierto con bien erróneo juicio á todos nuestros estadistas ambiciosos, y creen que hay en sus actos la menor cantidad de idealismo posible. Sin embargo, si estudiaran las gentes con algún cuidado las circunstancias políticas, vieran cómo había quedado diferido el programa de las autonomías aplazadas y victorioso el programa de las autonomías inmediatas. El combate se hallaba empeñado entre un manifiesto como el que pusieran Abarzuza y Gamazo á la firma de Sagasta y un discurso como el que pronunciara Moret en la insigne Zaragoza. Venido el bando liberal á la gobernación pública bajo las fascinaciones del gran orador que representa su extrema izquierda, y puesta en olvido la proclama del jefe que otros hicieran y no él, imponíase la solución Moret, quedando vencida por completo la solución Gamazo. Y como se imponía la solución Moret, no cabe dudarlo, el partido liberal tuvo que abrazarse á ella, y omitiendo ú olvidando la proclama del jefe, siempre dócil al impulso de los acontecimientos, admitió las autonomías inmediatas, que triunfaron en toda la línea.

#### IV

Yo no repugno el régimen autonómico. La distancia entre Cuba y su metrópoli; el opuesto carácter de sus contrarios climas; las especialidades varias que un medio ambiente lejano y diverso del nuestro imponen á sus naturales, justifican el reconocimiento á Cuba del derecho al gobierno por sí misma, con mayor amplitud y mayor descentralización que las demás regiones hispanas. Las leyes contenidas en los Códigos llamados de Indias por los tiempos del absolutismo, las espe-



ciales sustentadas aún por los Gobiernos más reaccionarios, no significan otra cosa que una proclamación indirecta del derecho de Cuba y los cubanos á gobernarse de una manera particular y por sí mismos. Así, pues, ni el Ministerio propio de Cuba, ni las dos Cámaras insulares, ni el reconocimiento en estos poderes de facultades para nombrar los funcionarios públicos me asusta, pues se hallan en verdadera y completa congruencia con los principios radicales sustentados por mí toda la vida y congénitos con los comienzos de mi vieja historia. Lo que me asusta, y muchísimo, es el conjunto de circunstancias particularísimas en que los decretos proclamando el régimen autonómico se dan y se promulgan. Ha precedido á ellos una impaciencia propia de cualquiera Junta revolucionaria, y acompañádoslos una serie de súbitas improvisaciones á cual más peligrosas. Las gestaciones rápidas traen aparejados consigo seres fugaces, los cuales, por lo mismo que ha costado poco su vida, se hallan muy expuestos á la muerte. Un Gobierno que gasta cuatro semanas en estudiar y formular el nuevo régimen de las Antillas españolas, y tres ó cuatro sesiones de dos ó tres horas cada una en aprobarlo, me parece, repito, cualquier Junta revolucionaria de aquellas que, tras un pronunciamiento victorioso, removían cielo y tierra en busca de innovaciones que, apenas decretadas, eran suprimidas. Así no he podido menos que indignarme cuando he visto á los autonomistas cubanos que sufrieran el antiguo régimen por tanto tiempo, impacientarse y pedir la improvisación del nuevo régimen autonómico en leyes, acaso tan rápidas en su existencia como rápidas han sido en su breve é improvisada formación.

## V

Y no sólo me asusta esto, me asustan más todavía las pretericiones sistemáticas, hechas por el partido conservador y por el partido liberal, de institución tan alta como la institu-



ción parlamentaria. Un siglo nos ha costado acreditar la idea de que la nación es por completo soberana, y de que sólo en la nación reside con propia virtud el poder constituyente. Y al terminarse la centuria en que allegáramos y estableciéramos tan justos dogmas políticos, el poder real se arroga el poder constituyente y lanza una Constitución para parte considerable de nuestra patria, como pudiera lanzar cualquier decreto de aquellos reconocidos en el radio de su autoridad y hechura del legítimo número de sus prerrogativas. Una doble conjuración ha suspendido el poder parlamentario por mucho tiempo entre nosotros. Los conservadores lo han usado poco en su período último, por fatigarles las grandes discusiones á diario, y los liberales han cooperado á este enormísimo error de los conservadores, por apego al retraimiento revolucionario. Cuánto no hubiéramos ganado con que las deficiencias de nuestros Generales se apreciaran en Cámaras libres y no en camarillas obscuras; cuánto con que los gastos anualmente se hubieran examinado por aquellos mismos que los decretan y los tasan; cuánto con que se hubiera depurado en el seno de las Cámaras y por luminosos debates los programas de cada partido, en vez de depurarlos y mantenerlos en reuniones públicas sin la grande autoridad del poder parlamentario; así lo han querido los hados, la pereza del Gobierno conservador en reunir las Cámaras del país, y la impaciencia del Gobierno liberal en asaltar las cimas del Estado. Lo cierto es que han dejado nuestros partidos constitucionales á la Reina casi fuera de la Constitución, atribuyéndole prerrogativas jamás usadas por el despotismo de Fernando VII y demás reyes absolutos; porque todos estos tiranos recibían en herencia un poder ya constituido, y casi nunca se arrogaban el supremo poder constituyente. Así, cambio de situaciones, designación de Ministros, reparto de dispendios, grandes operaciones de crédito, metamorfosis de un régimen constitucional en régimen republicano, organización de poderes públicos en una parte considerable de nuestros dominios, nuevas Cámaras le-



gislativas, nuevos Ministros extraños, nuevas transformaciones del veto real, todo esto ha dependido exclusivamente de la Reina, expuesta por ello á que le reclamen las responsabilidades de lo hecho y decretado, por sus temerarias usurpaciones, al advenimiento de las grandes desgracias, frecuentísimas durante todo nuestro siglo en los anales de las monarquías europeas. Las circunstancias, en verdad, son supremas y extraordinarias; extraordinariamente se ha procedido. Al cabo sucederá que si la victoria llega, como pedimos á Dios, sus rayos acabarán por borrar todas estas tenebrosas obscuridades del procedimiento. Que venga pronto la paz á Cuba. Ya la tenemos en Filipinas. Loores á la Providencia.

## VI

Todavía tienen otra laca para mí las reformas. Y es la facilidad con que se atribuye su improvisación en la mente ministerial y su planteamiento en la *Gaceta* del Gobierno, á influjo y apremio de los Estados Unidos. La garrulidad de tantos corresponsales como improvisan exámenes rápidos y juicios ligeros de los hechos más graves; las complacencias y docilidades serviles de algunos ministros con el Gobierno americano; la petulancia de los yankees, empeñados en hacer para todo el Nuevo Mundo la lluvia y el buen tiempo; la insolencia de algunos Embajadores ignorantes del alfabeto y del catecismo de la diplomacia, quieren acreditar de verdad cierta ese infame y erróneo aserto, contra el cual protestamos, porque no hay Gobierno alguno español capaz de semejante bajeza, y si lo hubiera impidiéramosla todos los españoles. Necesítase un descaro sin ejemplo, como el descaro de que adolecen los legisladores del Capitolio, para ostentar como la cosa más natural del mundo una intervención suya en los negocios peculiarísimos de nuestra nacionalidad y de nuestro Gobierno; pero así como está patente descaro tal, está por su parte patente tam-



bién la resolución de todo Gobierno castellano á rechazar ingerencias incompatibles con nuestra sacra libertad y con nuestra histórica honra; no, aquí no queremos la intervención de los Estados Unidos, ni siquiera con apariencias de consejo, resueltos á conservar la independencia nacional y el gobierno propio, por los cuales tantos sacrificios hemos hecho en la más alta ocasión de nuestra historia. Daremos á los cubanos su autonomía, les reconoceremos todos los derechos connaturales á la especie humana, les consentiremos un ministerio propio y dos Cámaras, les concederemos el nombramiento de todos los funcionarios cubanos, pero por nuestra voluntad, por nuestro libre albedrío, por nuestra conciencia colectiva, por nuestro poder patrio y no por extrañas ingerencias, alguna vez ofrecidas en el desvarío de soberbia connatural á los yankees, pero siempre rechazada por nuestro pueblo y por nuestro Gobierno, independientes y autónomos.

## VII

Y digo esto, no á humo de paja; dígolo con verdadera oportunidad, porque se ha querido atribuir acto tan propio de nuestra soberanía, como el llamamiento de Weyler, á ingerencias é influjos de los Estados Unidos. Desconoce la serie de los hechos políticos recientes quien desconozca la existencia de dos criterios en el partido liberal y en el partido conservador, criterios contradictorios respecto al gobierno de Cuba. Liberales y conservadores querían las reformas y la guerra, pero los conservadores ponían la guerra sobre las reformas, y los liberales las reformas sobre la guerra. Representaba el criterio conservador la persona del general Weyler y representaba el criterio liberal, por miles de circunstancias, la persona del general Blanco. Los conservadores, sin excluir la semiautonomía ya formulada por ellos en decreto, apreciaban más la fuerza, y los liberales, sin despreciar la guerra por su parte, aprecia-



ban más que la guerra una pronta y completa y radical autonomía. Por estas razones dialécticas, Weyler gobernó á Cuba, desde que fracasara Martínez Campos, bajo la dirección del partido conservador y Weyler debió saber, en cuanto los conservadores cayeron, que, no pudiendo sustituirle allí el general Martínez Campos, le sustituiría un general de Martínez Campos tan próximo como el general Blanco. Por consecuencia, no hubo en el llamamiento de Weyler ninguna mediación americana; hubo lo que no podía menos de haber: el cumplimiento de un compromiso tomado por los liberales con su propia voluntad y conciencia. El no haberse aplicado en la guerra de Cuba un criterio único, el criterio nacional, y haberse dividido los factores fundamentales de nuestros Gobiernos en cuestión de suyo tan grave, nos ha traído este reemplazo de generales cubanos según han ido reemplazándose los Gobiernos, y esta diversidad compleja de soluciones, las cuales debieron ampliarse más y generalizarse más para que fuesen obra de todo el pueblo y no de un solo bando. Pero sea esto lo que quiera, la ingerencia de los extraños no ha tenido nada que ver con el llamamiento de Weyler.

## VIII

Y así como no han tenido que ver cosa ninguna en el llamamiento de Weyler las mediaciones extrañas, tampoco el llamamiento y el viaje de Weyler han alcanzado las proporciones y trascendencias aguardadas por los factores natos de perturbación, tan inquietos y escandalosos en casi todas las naciones latinas. Despedidas un poco más ó menos despechadas del Capitán general destituido; resistencias á dar posesión en el Palacio al nuevo personificador del poder público; manifestaciones más ó menos entusiastas al adiós y partida de Weyler; recalar en un puerto cubano donde se tributan al viajero errante honores de General con mando; viaje por las sole-



dades inmensas del Atlántico, llegada con grande aparato á la Coruña; circunvalación de la Península, ganando por mar el puerto de Barcelona, tan fácil de ganar desde la Coruña por tierra; entrada triunfal en Barcelona: todos estos incidentes no han revestido la importancia excepcional temida por los ministeriales y esperada por la oposición. Mucha palabrería en el General, mucha más de la que acostumbran los Generales en todas las naciones europeas; *desahucio* del proyecto que acariciaba Romero Robledo al ofrecer á Weyler un partido hecho y derecho de que pudiera ser cabeza; zalamelechg á los carlistas y á los republicanos por sus aclamaciones, aunque abriendo más el oído á los primeros que á los segundos; consejos al partido conservador para que se reorganice pronto, insinuando al mismo tiempo no pertenecer á tamaño partido; grande fervor y entusiasmo hacia la protección y los proteccionistas, acompañados de protestas vivas contra las autonomías arancelarias; todo esto ha ofrecido el General Weyler en su peregrinación y de todo esto no pueden adivinarse todavía las naturales consecuencias en medio de la confusión traída por los últimos cambios de nuestra tormentosa política.

## IX

No puede haber ya en España Gobiernos presididos por los Generales, al modo y manera históricos y antiguos. El predominio militar llevó en la cabeza un golpe fortísimo al proclamarse la República y verse que podían dirigirla entre tantos escollos hombres de pura complexión y de puros caracteres civiles. Tal sentimiento de adhesión á Ministerios presididos por oradores y publicistas, se afianzó durante la Restauración. Así, los dos grandes partidos que han gobernado España los últimos lustros, presididos fueron por dos grandes parlamentarios. Ni el General Martínez Campos, ni el General Jovellar, los dos únicos presidentes militares de Ministerios en



los veintidós años últimos del reinado de Don Alfonso y de la Regencia, llegaron á constituir otra cosa que situaciones interinas. Ni el General Serrano, con todos los recuerdos que despertaba, ni el General López Domínguez, con todas las esperanzas que promovía, llegaron á presidir jamás una situación liberal dentro de las restauraciones. Cualquier Ministerio que venga presidido por un soldado, contará los pocos días del Ministerio Azcárraga, siquier este General fuese tan popular y estuviera en el concepto público tan acreditado. Así no puede soñar el General Weyler con presidir ninguno de los Gobiernos que se organizan para lo futuro y que se columbran en las perspectivas actuales. Si no puede presidir un Ministerio regular, menos puede prometerse de nuestra política la imposible, aunque por muchos aguardada en vano, dictadura militar, que no consienten los altivos afectos de nuestra grandiosa patria. Entre tantas guerras civiles como hemos atravesado, á la oscilación de pronunciamientos tan propicios á un poder anormal y revolucionario, magüer los caudillos que nos han ganado batallas gloriosas en los conflictos perdurables, ninguno de estos caudillos ha optado á la dictadura, y menos podía optar á ella y conseguirla el general Weyler.

## X

Hoy mismo aparece árbitro de nuestros destinos un orador tan popular y tan parlamentario como el fecundo é inspirado Moret. Todo á su voluntad se pliega. Él designó los Ministros; formó la situación, dando de mano á sus émulos y rivales; impuso por programa ministerial su arenga de Zaragoza; revocó á Weyler para nombrar á Blanco, porque representaba el primero la guerra implacable y representaba el segundo la conciliación posible, llegando al extremo de leer rápidamente hoy una Constitución en el Consejo de Ministros, y ponerla mañana en los fastos de la *Gaceta* oficial. Por consiguiente, los



fantasmas de la dictadura militar son fantasmas soñados y la realidad viva es, que si no mandan los Parlamentos, mandan los parlamentarios. El regreso de Weyler, pues, ha pasado á la categoría de los hechos que no dejan estela ninguna en lo presente, dirigida con seguridad al porvenir. Moret da su autonomía política, su autonomía económica, su autonomía administrativa, sin obstáculo de ningún género, que solamente surgen de la autonomía estimada por él más indispensable, de la autonomía arancelaria. Y tengo que decirlo con toda lisura: mientras los cubanos todos carecen de razón en absoluto para quejarse de un derecho político el cual aventaja con mucho á todos los derechos reconocidos en las Constituciones modernas, se quejan y se quejan á una, con justo motivo, en la cuestión arancelaria. Les hemos obligado á recibir todos los productos peninsulares, y nos hemos resistido á sostener la recíproca en los productos insulares. Sobre todo, los derechos puestos al azúcar y á los alcoholes para mantener industrias cismarinas de bien poco fuste, merecen la reprobación universal y piden un pronto radicalísimo remedio.

## XI

Y, sin embargo, donde más resistencias ha encontrado el Sr. Moret al proyecto de su Constitución autonomista es en este punto, donde todo le daba la razón, lo mismo á él que á los principios por él representados. Estas resistencias han tenido tal carácter de gravedad, que muchos las creen capaces de producir una revolución radical en las ciudades catalanas y una guerra civil en los desfiladeros. Digo de todo esto lo que antes decía de las esperanzas puestas por los perturbadores en el regreso de Weyler. Los principios democráticos ingertos por los republicanos en la Constitución española, con tantos esfuerzos y tantas dificultades, han dado una solidez al suelo



y una serenidad al aire nacional, que no pueden temerse ni terremotos abajo ni arriba tempestades. Mucho se podrán mover los carlistas y los demagogos, bajo su bandera flordelisada los unos y bajo su bandera roja los otros: el pueblo está contento con sus libertades y fía el desarrollo de sus intereses y el advenimiento de novísimos progresos á la conciencia y á la voluntad colectivas. Equivócanse los proteccionistas al creer posibles grandes sacrificios por los intereses, que sólo se hacen por las ideas. El privilegio de algunos jamás interesará como el derecho de todos. Puede muy bien el Sr. Moret dejar á Cuba que busque sus mercados y envíe sus productos donde más le plazca; los proteccionistas elevarán protestas, pero no engendrarán revoluciones. Unicamente puede generarlas un marro de la obra con tanta dificultad erigida y una frustración de las esperanzas por él inspiradas, porque sería terrible, al despertar, el desengaño. Traíganos, pues, la paz, como nos la ha prometido, con su autonomía, y no miraremos las abdicaciones que hayamos hecho en aras de tal paz. Que venga pronto después de habérsela prometido con tan honrada seguridad. Si así sucede, que Dios se lo premie, y si no sucede, que Dios se lo demande.

## XII

Con el asunto gravísimo de China, compite hoy en la opinión é interés europeos el Mensaje americano. Debo decirlo con toda sinceridad. El Presidente de la Unión ha defraudado las esperanzas puestas en él por todos cuantos le creíamos de tradición y sangre puritanas y, por lo mismo, incapacitado de guardar serviles complacencias con los jingoes, y de extender ningún relampagueo guerrero sobre los dos más progresivos y cultos continentes de nuestro planeta. Por mucho que la obra de reconstrucción americana se haya empeñado en soldar las dos secciones de aquel mundo, los Estados del Norte



y los Estados del Sur quedan divididos, no ya por oposiciones de sus viejas historias, por creencias y dogmas del tiempo corriente. Grandes enemigos entre sí, generados y generadores de una perpetua discordia, en el Norte se halla la pura liturgia escocesa, la tradición que desde Holanda pasó á Ginebra, y desde Ginebra pasó con Knox á Edimburgo; el amor á la libertad y á la república; el aroma de aquella flor de Mayo que perfumará eternamente los Estados Unidos, envolviéndolos en sacra nube de mirra é incienso; las ideas progresivas que abren los inmensos horizontes de lo porvenir, y prometen á los pueblos un régimen de trabajo é industria en que reinen la paz y la libertad, perfectas cristalizaciones sociales del revelador cristianismo. Todo al revés en el Mediodía, donde las tierras vendidas como predio por sus antiguos poseedores á los Estados Unidos; la perdurable permanencia de un crimen social enorme como la esclavitud; el arribo á las playas aquellas de los antiguos filibusteros que pirateaban por todos los mares y amenazaban las sacras propiedades de todos los pueblos, han cooperado á reunir una hez de sangre hirviendo en ambiciones, achaque natural de las oligarquías negreras, que pugnan, como las especies inferiores, crueles y esterminadoras, por la conquista y por la guerra.

### XIII

Perteneciente á un estado medio entre las tierras del Norte y las tierras del Sur, el primer personificador de la gran República sajona debió inspirar su política en la tradición cristiana de los puritanos y no en el despotismo guerrero de los piratas. Leyendo el Mensaje suyo con atención, se nota en seguida que todo él, desde la cruz á la fecha, tiene por objeto explicar á los oligarcas del Sur, cómo aunque los asista la razón y la justicia no puede hacer cosa ninguna por ellos en materia cubana el Presidente, atado al duro banco de su au-



toridad, muy restringida por la Constitución de los Estados Unidos y las relaciones de los Estados Unidos con los demás pueblos de la tierra. Perdón por no haber intentado más en pro de los mambises; apercibimiento de que hará muy poco en lo sucesivo; demostraciones de que ni la conquista podría suceder en derecho, ni la beligerancia y su reconocimiento podría reportar ninguna ventaja; críticas acerbas é infundadas de nuestro régimen, desconocido por completo en América ó falseado por la superstición universal contra nosotros; mención fría é indiferente de las grandes reformas hechas por nuestro Gobierno, como si estas reformas no alcanzaran importancia inenarrable y no tuvieran trascendencia perpetua en lo porvenir; bomba final prometiendo lo que no podría jamás cumplir: una intervención material en nuestra grande Antilla, intervención cuyas consecuencias serían, sin que nadie lo pudiera remediar, un choque tremendo entre los dos más cultos continentes del planeta, un inmediato desastre de la República sajona, convertida de industrial en conquistadora, un retroceso de todos los adelantos, una ruina de toda la civilización. He ahí el Mensaje.

#### XIV

Parece imposible se hallen tan ensimismadas las razas inglesas del Nuevo Mundo, que no comprendan las relaciones de unos pueblos con otros pueblos, y el respeto debido al derecho, gozado por todos, de gobernarse á sí mismos, en plena independencia y absoluta soberanía, según les convenga y les plazca. Esa temeridad con que un Presidente desde el Capitolio trata en su orgullo á los demás pueblos, maldice de su política, entra en el seno de sus privativas instituciones, combate los Gobiernos que le parece, dirige las amenazas que le pasan por la mollera, zaja y corta y tunde cualquier organismo social, caído por incidencia en sus manos ó complicado con sus



intereses; esa temeridad no puede continuar, porque la crítica solemne por un Estado hecha, de otro Estado amigo, no debe tolerarse ni consentirse, pues dentro de tal proceder se halla un asomo de intervención, al cual se resistirán siempre todas las naciones. Indudablemente la primera y más necesaria de cuantas reclamaciones deben dirigirse á los Estados Unidos, la capital, es aquesta: la reclamación justa y necesaria de que callen la boca y no se metan donde no los llaman, dando el Presidente con el tornavoz de su alta sede resonancias increíbles á los artículos de oposición, escritos contra nuestra patria por periódicos, los cuales no publican comentarios justos y serenos; publican, para encender la manigua y perpetuar la guerra, artículos incendiarios, abortos del odio, indignos, por lo mismo, de quien habla desde un sitio sacrosanto, al cual habíamos creído todos los republicanos faro de justicia encendido por el progreso para iluminar las vías del derecho humano y de la libertad universal.

## XV

Cada Estado se gobierna como le place y nadie tiene derecho en ese Gobierno á mezclarse con advertencias indiscretas, con vejámenes odiosos, con frases incendiarias, desde la jefatura del Estado, cuando le quedan las vías diplomáticas abiertas á sus reclamaciones y á sus quejas. Para intervenir los austriacos en Venecia y Milán; para intervenir los rusos en Buda y Pest; para intervenir los imperiales en Méjico; para intervenir los cien mil hijos de San Luis en España; para consumir todas las escandalosas violaciones del derecho humano é impeller atrás las sociedades progresivas, no han seguido los déspotas otro proceder que criticar el Gobierno constitucional de los pueblos libres, como dicen ahora los Estados Unidos, que no se puede vivir en Cuba regida por España, quien ha dado á su colonia una prosperidad, una riqueza, una ilustración, una



paz, un gobierno, como jamás los tuvieron entre las regiones de América, ni las más libres, ni las más felices, ni las más alabadas. El Presidente, para criticarnos así, para criticar administradores y administraciones que no le conciernen, para criticar procedimientos de mando que no le importan, para poner fuera del derecho de gentes soldados muy superiores en humanidad á todos sus soldados, en verdad, antes de lanzar tales páginas á la voracidad política, debió llamar su representante de Madrid, debió despedir nuestro representante en Wsshington, notificándonos los asomos de una guerra, menos agresiva y menos afrentosa que sus desplantes sin motivo, sus salidas de tono sin razón, sus amenazas sin consecuencia, sus acusaciones sin fundamento, esa tremenda fiscalización para la cual no tiene derecho reconocido en la jurisprudencia consuetudinaria y común que rige á las naciones, ni puede ofrecer más excusa que la de hallarse muy lejos insultando sin riesgo, con España, también á Europa entera, como los valientes que se meten, sin escrúpulo y sin empacho, con enemigos resueltos á no admitir un duelo y no contestar á un reto por no permitirlo fatales é invencibles obstáculos.

## XVI

Para todo esto invoca el tópicó, ya insufrible por gastado, del Mensaje de Monroe á las Cámaras, estableciendo á su gusto y guisa las relaciones entre Europa y América el año 23. Lo hemos dicho mil veces y nunca nos cansaremos de repetirlo, ya sea oportuna ya sea inoportunamente, como decía San Pablo. La doctrina de Monroe no corta el cable que une los viejos continentes con el nuevo y no desconoce la maternidad histórica por un derecho natural casi, correspondiente á nuestra madre España en sus dos Antillas. Todo lo contrario: la doctrina de Monroe proclama la unión eterna é indisoluble de Cuba con su gloriosa Metrópoli. Ahora, que para conocer el



sentido de una doctrina es necesario penetrarse del momento en que la doctrina brota. El infame Fernando VII, aquel monstruo puesto por la humanidad en el infierno donde yacen los Neronés y Calígulas, acababa de consumir la más infame de todas las reacciones el año 23. Y como ya hubiese vendido muchas tierras americanas y traspasádolas cual si dispusiese de su propio patrimonio, susurróse iba el tirano á pagar los servicios prestados por sus primos de París, regalándoles como esmeralda de su corona restaurada la isla de Cuba, y entonces Monroe dijo que no consentirían los Estados Unidos y América entera tal cesión á Francia ni á ninguna otra potencia europea, porque Cuba debía estar bajo el dominio de la gran Metrópoli, quien le diera el ser, el espíritu, la religión, la vida. Sabiendo esto, no viene á cuento la doctrina de Monroe, conmemorada en un discurso que comienza por establecer una especie de tribunal crítico sobre nuestros actos y concluye amenazándonos con la intervención, con esa maldita intervención, la cual sería una de tantas irrupciones como las muchas que ha maldecido la Historia y que Dios ha castigado en su implacable justicia.

## XVII

Una monomanía increíble aqueja en estos momentos á los Gobiernos americanos. Parapetados tras una especie tan infundada como la especie de que rechaza Cuba el dominio español, ofrece una intervención, una especie de arbitraje, muy natural y muy legítimo en los combates internacionales, muy escandaloso é injusto en los combates nacionales. El anterior Presidente disfrazaba esta pretensión infame, atentatoria por completo á nuestra honra y ataque brutal á nuestra independencia, con unos visos de interés y de amistad por España, contradictorios con los actos y con los procedimientos de su administración. Las mediaciones afectuosas presuponen una grande amis-



tad por las dos partes contendientes, y esta grande amistad no pueden mostrarla de modo alguno los Estados Unidos por nuestros rebeldes, sin desdorar-se á los ojos del mundo y sin delatar ante los tribunales de la conciencia humana su complicidad con la insurrección criminal, contra un Gobierno á quien llaman los americanos amigo, y que, lejos de merecer esas reprobaciones insensatas de América, tiene derecho á la consideración que se guardan todos los pueblos entre sí cuando no están en guerra, y al respeto universal de su integridad y de su independencia. La triste ligereza, mostrada por los Estados Unidos en estas proposiciones de intervención, ya sea hostil ó amistosa, muestra cómo no alcanzan á medir la trascendencia de lo que dicen. Cuba no es la primera, ni la única región americana en guerra perdurable. Hay República del centro de América, donde las revoluciones caen periódicamente como las lluvias; hay Presidencias en otros puntos que duran un relámpago, y á su generación y á su muerte dejan rastros de sangre inextinguible. Diez años duró el sitio de una ciudad, como el sitio de Troya; Chile anteayer; ayer el Brasil; hoy Guatemala; mañana cualquier otro pueblo, arden, y los Estados Unidos nada dicen. ¿Por qué? Porque no los codician y codician á Cuba. He ahí la triste madre del cordero. Pues nosotros hemos sido los enemigos de todos los conquistadores, y para medirse con nosotros se necesita ser ó César ó Napoleón en la Historia. ¿Cuántos Napoleones y cuántos Césares tienen los Estados Unidos entre sus jingoes y entre sus filibusteros?

## XVIII

La verdad es que débiles, muy débiles en estas circunstancias los conservadores y los republicanos de América, se dejan imponer por torpe turba de inquietos demagogos, preferencias hacia una política de intervención, repulsiva en todo á sus



íntimos sentimientos y á su heredado espíritu. Estos jingoes, nacidos en una piratería verdaderamente atávica, aterran á los santos kuáqueros que han predicado en los desiertos y en las poblaciones el dogma evangélico de la paz y de la libertad humana. Y no hay demostración tan palmaria de nuestro aserto, como las frases empleadas por el discurso de la presidencia en examen de nuestras palabras y de nuestros actos. Mientras la parte juzgada por los americanos abominable de nuestro proceder y de nuestra conducta se pone de relieve y de bulto con amplísima insistencia, la supuesta ferocidad de los combates, las calamidades múltiples de la concentración y las demás plagas connaturales á una guerra; todo cuanto se ha hecho en verdadera consonancia con las constantes aspiraciones del pueblo americano, autonomía, cámaras, gobierno colonial, libertad mercantil, administración propia, municipios parecidos á las comunidades helvecias, todo esto se pone con habilidad en orden y sitios tan secundarios, que no resalta ni su mérito propio, ni el mérito de aquellos estadistas que lo han realizado, con riesgo de su popularidad, en bien y provecho de la paz americana. Quien así propende del lado de nuestros enemigos y así manifiesta su nativa hostilidad á nosotros, no puede aspirar á un arbitraje mediador, muy recusable, primeramente porque su mediación violaría los derechos españoles, y después porque su mediación resultaría en bien de nuestros enemigos y de su horrorosa é implacable guerra.

## XIX

La parte del Mensaje referente á la beligerancia, corrobora más y más el aserto de que tendríamos españoles y rebeldes, si cupiese reconocer un oficial y solemne litigio entre lo verdaderamente legítimo y lo ilegítimo, siendo esto segundo un crimen, árbitro muy parcial en la Presidencia y Gobierno de



los Estados Unidos. No ataca el Mensaje la beligerancia por irracional, por injusta, por imposible, por *vulnerar* el derecho de gentes, por intervenir en los conflictos ajenos, por carecer una parte de los beligerantes del Gobierno, del Estado, del sitio necesario á una capitalidad, de todo cuanto constituye un organismo regular, capaz de ser reconocido entre los demás regulares organismos extranjeros: atácala, con un cinismo sin ejemplo, fundado en la razón inverosímil de que tal reconocimiento de beligerancia por los Estados Unidos cedería en bien de nuestra España y en daño de la desastrosa insurrección. Cuando tal aserto se puede aducir sin género alguno de reserva y de contemplaciones, tenemos derecho á creer que no se halla en América un Gobierno amigo, un Gobierno aliado, un Gobierno con obligación de socorrernos en nuestras desgracias moralmente, y de ayudarnos á extinguir el incendio con solo detener los incendiarios salidos de sus costas, las teas humeando en los puños; nos hallamos ante un poder hostil, resuelto á toda clase de usurpaciones, interviniendo allí donde no le llaman y no le necesitan; aleve mantenedor de la guerra civil, so pretexto de que dura mucho, como si en América no fuesen perdurables las guerras; indigno de nuestra grande amistad por su alevosía y por su perfidia; merecedor de que lo delatemos ante la conciencia humana como el principal agente de nuestras desventuras, como el principal autor de nuestras desgracias. Y si cupiese duda de ningún género, ahí está el final de su Mensaje con la dinamita de una intervención, formulada sin restricciones y sin escrúpulos.

## XX

¡La intervención! ¿En qué podría fundarse tal atentado sino en un crimen como el cometido por los déspotas en Polonia, escándalo verdadero de todas las generaciones, mancha indeleble caída sobre todos los siglos? Yo sé muy bien que así como se apela entre los turcos al panislamismo, entre los mos-



covitas al panslavismo, se apela entre los americanos al pan-americanismo, el cual quiere decir extensión de los sajones desde el Potoma hasta la Patagonia. Pero los sajones no comprenden la diferencia de los sueños conquistadores y de los apocalipsis guerreros entre una República y un Imperio. Todo imperio se fortalece combatiendo, como se fortalecen el tigre y el león matando; pero una República como la República del Norte americano, venida para prosperar el trabajo y la industria, no puede guerrear por sistema sin caer al pie del cesarismo en deshonroso é irreparable suicidio. Para intervenir en Cuba, tendría que armarse hasta los dientes América; tendría que poner una formidable escuadra en sus mares del comercio y del trabajo; tendría que aumentar su presupuesto al nivel de los presupuestos cesaristas; tendría que convertir sus creadoras legiones de jornaleros en legiones exterminadoras, como los ángeles malditos del juicio final; tendría que indisponerse con todos los americanos españoles, amenazadísimos en la integridad é independencia de sus respectivos territorios; tendría que indisponerse con todo el mundo civilizado, resuelto á protestar de la conquista; tendría que perder su libertad, su democracia, su República y que convertir el Capitolio, donde se presta culto á todos los derechos, en una ergástula de siervos que manchase toda la tierra y deshonorase á toda la humanidad. Lo más fácil para el mundo americano y para su representación augusta, es abstenerse de toda ingerencia en nuestros privativos asuntos; celar las expediciones salidas de sus costas en daño de nuestra patria; persuadir á los filibusteros conciudadanos suyos á que desistan de conjuras y cruzadas criminales contra un pueblo amigo; cerrar el horizonte de las esperanzas del insurrecto, asegurándole que no puede hacer en lo humano nada por él sin desdoro de su nombre y sin peligro de su patria, dejándonos así concluir la guerra con nuestros propios esfuerzos y coronar la paz con nuestros santos derechos.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 31 de Diciembre de 1897.



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

---

**La Femme-Avocat.—En cause de Mlle. Joanne Chauvin**, por Louis Frank.—  
Un vol. de 314 páginas.—V. Giard y E. Briere. París, 1898.—Su precio  
6 francos.

Un libro, obra de un escritor muy competente, dedicado hace tiempo á estudiar las profesiones que las leyes ó los prejuicios sociales prohíben ó dificultan á la mujer, y que sale á luz con oportunidad indiscutible. El Sr. Frank, abogado de los Tribunales de Bruselas y Vicepresidente de la Federación feminista universal, ha publicado folletos ó libros acerca de *La condición política de las mujeres*, *La mujer en los empleos públicos*, *Las Mujeres en la enseñanza superior*, resumiendo en breves y aprovechadas páginas la situación actual de la condición social, política y legal de la mujer en el mundo culto, en un excelente trabajo titulado: *Le grand Catechisme de la femme*. La oportunidad indiscutable de la publicación de *La Femme-Avocat*, proviene de la circunstancia á que el mismo libro se refiere, cuando alude al caso de la señorita Chauvin. Seguramente que el lector sabe de qué se trata, pues toda la prensa se ha referido, con más ó menos conocimiento de causa, al caso indicado, sobre el cual fué llamado á decidir, pocos días hace, uno de los Tribunales de París.

La cosa es bien sencilla: una joven de talento y animosa, ha estudiado en la Facultad de Derecho de París la carrera de abogado, siguiendo los cursos necesarios, sufriendo los correspondientes exámenes y obteniendo siempre los éxitos más li-sonjeros, hasta alcanzar varias menciones de honor y un premio en Derecho civil. En posesión de su título oficial, esta joven ha querido ejercer la profesión capital para que el mismo



sirve, según la ley, y al efecto, ha solicitado la oportuna licencia para prestar el juramento de abogado. Ahora bien: en este estado las pretensiones de la señorita de Chauvin, el Sr. Frank ha conceptuado justificada la oportunidad de escribir su libro, que contiene un examen muy detenido y meditado de las aptitudes de la mujer para el ejercicio de la abogacía, y en general para el de todas las profesiones que se quieren reservar al sexo masculino, y del derecho que la mujer tiene á que desaparezcan todos los obstáculos que se oponen á la libre manifestación de sus actividades y tendencias.

Pero no se ha limitado el Sr. Frank á escribir el estudio que dejo apuntado. Compréndese éste en la introducción. El libro del distinguido escritor feminista es una monografía eruditísima de la *mujer abogado*: en los varios capítulos en que el contenido propio de la obra se divide, se expone primeramente un resumen histórico muy completo, haciendo luego una amplia información acerca del ejercicio de la abogacía por la mujer en el siglo XIX. Y no sólo esto: no contento el señor Frank con la argumentación desenvuelta en la introducción, considera, en dos largos capítulos, el problema en su aspecto sociológico y ante la ciencia jurídica. El libro termina insertando las conclusiones formuladas ante el Tribunal de París al mantener sus pretensiones la señorita Chauvin.

Sabido es, aunque el libro nada nos diga, por haber sido publicado antes que el Tribunal decidiese, que la señorita Chauvin, que al parecer se ha defendido por sí misma, se dice, con gran habilidad y elocuencia, no ha sido admitida por el Tribunal á prestar su juramento de abogado. Verdad es que los fundamentos de la decisión distan mucho de ser justos y, según las gentes peritas, es muy dudoso que puedan sostenerse ni aun en el terreno de la más estricta legalidad.

ADOLFO POSADA.

---



**Principios elementales de la ciencia económica**, por J. Piernas Hurtado.  
—*Segundo cuaderno*. Madrid, Victoriano Suárez.—Precio: 2 pesetas.

El título acusa, desde luego, que el libro que tenemos á la vista no es un estudio monográfico del rango de los otros, que dieron á su autor tanta reputación y nombradía. Trátase ahora de una obra sistemática de Economía, continuación muy meditada de otro libro titulado *Introducción al estudio de la ciencia económica*, y antecedente de otros que saldrán á la luz de tarde en tarde, por lo visto, y que juntos formarán un tratado completo.

El que se publica ahora, comprende sólo los comienzos de la *Parte general*: el libro I, destinado al estudio de *La vida económica en sí misma*, y el libro II, *Los actos económicos*, con la parte consagrada á la *Teoría de la producción*. Veré si acierto á resumir la doctrina que contienen, amoldándome como pueda á los estrechos límites de estas crónicas de libros.

En los *Preliminares* nos orienta el autor en el estudio que se propone. La vida económica no es toda la vida del hombre; representa una de las finalidades humanas, que no disuelven, por ser varias, la unidad que las preside; como todas, requiere la determinación de su sustantividad como fin, el conocimiento de los medios adecuados y la aplicación de estos medios al fin que los reclama. *El fin económico* no es, pues, el único, como quieren algunos, ni está desligado de los demás, como quieren otros. Consiste en «la adquisición de los medios materiales necesarios para el hombre», tiene por móvil la «necesidad» que crece con nuestra perfectibilidad de toda la vida. En armonía con esta progresión de la necesidad, progresan también *los medios económicos* que obtenemos de la Naturaleza con el trabajo; son las utilidades sensibles y las energías espirituales destinadas á nuestras necesidades humano-corporales, en cierto modo remoto, otros «servicios profesionales» que tienen también su importancia «material mediata», que diría Schäffle. *La actividad económica* pone en relación los medios y las necesidades, modifica la utilidad le da y el «va-



lor». De esta relación nace la propiedad por la limitación del sujeto, como nace después el «aprovechamiento exclusivo» de la limitación del objeto. Tiene esta actividad *sus leyes*; pero ni las que se basan en el «interés», ni las que se llamaron «naturales» con los fisiócratas, le son peculiares; se subordina, como todas, al criterio de la moralidad, pero sin implicar ese criterio un orden natural con carácter necesario.

La producción y el consumo, según se deduce de lo que precede, son los dos «actos económicos» esenciales. Intermedio entre ambos puede serlo el cambio, pero sin que se entienda que estos tres momentos destruyan la unidad fundamental de la Economía. Producir no es, como dice Bastiat, «dotar de utilidad á las cosas» que son ya útiles en sí mismas; la producción les da el valor solo. Son sus *elementos*, *la materia productiva* ó utilidad sensible, y sobre todo *el trabajo*. *El capital*, fruto del trabajo, es un factor intermedio y beneficiosísimo, de cuya licitud no cabe dudar, si por él se entiende la riqueza que se pone al servicio activo de la industria, «el producto destinado á nueva producción.» De la combinación de todos esos elementos nace *la industria*, siempre localizada por la materia productiva, organizada por la «división del trabajo» é impulsada por la «asociación económica» de la actividad industrial, *los productos económicos*, cifrados en el valor, y de la suma de todos ellos, *la riqueza*.

Esta es la doctrina. Al autor ¿quién no le conoce? Es el ilustradísimo catedrático de la Central, padre de tantas obras de Economía, distinguido polemista y ardiente partidario de las instituciones cooperativas.

En cuanto á método y desenvolvimiento del sistema, es un libro acabado. Todo él está influido por una filosofía *armónica*, racionalísima; parece que la invoca el autor al indagar los conceptos, al formular las definiciones, sin pensar, como Thorold Rogers, que 'eso pueda matar la Economía; por ello se explica su afán de demostrar siempre que el fin económico se coordina con los demás, que no es el único; tendencia simpá-



tica, por cierto, enfrente de las corrientes que hoy equiparan la Economía á todo, ó la hacen por lo menos *objeto* supremo de todas nuestras ansias. La importancia que atribuye al trabajo, que no es un mal, una pena (uno de los argumentos que aduce Gaston Richard para demostrar que el socialismo no es cristiano); la consideración de la propiedad como institución económica por excelencia, si no nuevas, son verdades que, difundidas, pueden dar siempre excelentes frutos y respeto.

LEOPOLDO PALACIOS.

---

**Pro e contro il socialismo.**—Esposizioni critica dei principii e dei sistemi socialisti, per Saverio Merlino.—Milano, Fratelli Treves, editori, 1897. Un volumen de 382 págs., 3,50 liras.

No se trata simplemente de «un libro más» acerca de una de las materias que á la hora presente cuenta con abundantísima literatura, para todos los gustos. La reciente obra de Merlino no se puede poner al nivel de tantas otras como por ahí pululan. El autor, que escribe con suma competencia, con perfecto conocimiento de las múltiples direcciones y manifestaciones, así doctrinales como prácticas, del socialismo contemporáneo, reúne á esta excelente condición otras, á mi parecer, aún más estimables, á saber: una gran sinceridad é independencia de juicio, ausencia de *parti pris*, crítica objetiva é imparcial de los varios sistemas socialistas, propósito resuelto de atribuir á cada uno lo que le corresponda, bueno ó malo, y de decirles á todos la verdad. Desde el comienzo de la obra, en las pocas líneas dirigidas «al lector», se ven ya las siguientes, que contienen una promesa, á la cual no se falta en el resto del libro: «El que escribe ha procurado, en lo que ha podido, pensar con su propia cabeza, y se ha impuesto como un deber el decir francamente lo que pensaba..... Yo creo que para tener el derecho de decir la verdad á los adversarios, hay que comenzar por decírnosla á nosotros mismos.»



Ateniéndose á lo cual, Merlino, que propende hacia el socialismo anarquista, no disimula los defectos que ofrece este sistema, tal y como lo conciben algunos de sus más reputados mantenedores, y afirma que, aun en la organización social más perfecta, no puede menos de existir una cierta coacción, un *mínimum* de propiedad individual, etc. La exigencia interna del socialismo, los principios fundamentales de éste le parecen aceptables y llamados á predominar; lo que no acepta en modo alguno son las teorías ó afirmaciones que tales ó cuales escuelas, partidos ó escritores han formulado y pretenden hacer pasar como partes integrantes del infalible credo socialista. Y es que en el socialismo deben distinguirse dos cosas (en la cual distinción insiste mucho y muy oportunamente Merlino): la esencia del mismo, la aspiración al bienestar general, á la igualdad de condiciones sociales para todos los hombres, y los diferentes sistemas socialistas, los varios «cuerpos de doctrinas económicas, políticas, filosóficas y morales en que se viene concretando aquella aspiración, y á la cual suelen ir unidos.» El autor defiende sólo el socialismo en sí, aceptando, por tanto, la parte de los sistemas que se conforme con él y facilite su actuación, y rechazando todo cuanto, á su juicio, la estorbe. Por eso el título *Pro e [contro il socialismo* que á la obra ha puesto le cuadra perfectamente.

Leyéndola, puede uno orientarse en lo que es y quiere el socialismo actual en sus principales matices, así económicos como políticos, así autoritarios como libertarios ó anarquistas.

P. DORADO.



## OBRAS NUEVAS

---

- Abati y Diaz (J.)—Los litigantes; juguete cómico en un acto y en prosa. En 4.º mayor, 27 páginas: 1 peseta.
- Agüeros (V.)—Obras literarias. *Tomo I. Artículos sueltos.* Méjico. Impr. de V. Agüeros, 1897. En 8.º, xxix-483 págs. Retrato del autor: 6 pesetas.  
Biblioteca de autores mejicanos, volumen 8.
- Aguilar y Cuadrado (M.)—Principios fundamentales, fórmulas y tablas de la nivelación barométrica. Sucesores de Cuesta, 1897. En 4.º, viii-82 págs.: 2,50 y 2,75 pesetas.
- Alcahalí (Barón de).—Diccionario biográfico de artistas valencianos. En 4.º mayor, 444 páginas: 10 pesetas.
- Almanaque de la familia cristiana para 1898. *Año IX.* En 4.º, 72 páginas: 1 peseta.
- Almera (J.) y Bofill y Poch (A.)—Reconocimiento de la presencia del primer piso mediterráneo en el Panadés. En 4.º mayor, 60 páginas y vii láminas.
- Alvarez Quintero (S. y J.)—El tío dela flauta; juguete cómico en un acto. En 8.º mayor, 28 págs.: 1 peseta.
- Arnaiz (R.)—Los grandes problemas filosófico-naturales. En 4.º, 26 págs.: 1 peseta.
- Blasco (E.)—El Ángelus; comedia en tres actos y en prosa. En 8.º mayor, 85 págs.: 2 pesetas.
- Cadevall y Diars (J.)—Flora del Vallés. En 4.º mayor, 138 páginas.
- Campo Echevarría (A. del).—España en Oceanía. Descripción histórico-geográfica y estadística de nuestras posesiones en aquella parte del mundo; religión, usos, costumbres de sus habitantes, etcétera. En 8.º, 152 págs.: 1,50 pesetas.
- Cánovas juzgado por los argentinos. Buenos Aires. En 4.º, 60 páginas, con un retrato: 2 pesetas.  
Contiene 30 juicios.
- Castell (A. M.)—El regalo; juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.º mayor, 30 págs.: 1 peseta.
- Castell Ballespi (C.)—Historia de la legislación sanitaria española. En 8.º, xviii-87 págs.: 3 pesetas.
- Ceremonial para la profesión y toma de hábitos en el Instituto de las Hermanas Terciarias de San Francisco de Asís de Madrid. En 4.º, 77 páginas.
- Delgado (S.)—La Madre Abadesa; boceto lírico en un acto, en prosa y verso, original. En 8.º mayor, 32 págs.: 1 peseta.
- Dicastillo (Fr. M.)—Aula de Dios. Poema del P. Cartujo Fray Miguel Dicastillo, refundido por



- Hermilio de Olóriz. En 8.º, 24 páginas: 50 céntimos.
- Escacena (F. R.) y Muñoz y Esteban (R.)—El Buen Gusto (Modas), juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, original. En 8.º mayor, 40 págs.: 1 peseta.
- Espada (M. M.) y Pascual Zulueta (J. A.)—De la retreta á la diana; zarzuela cómica en un acto. En 8.º mayor, 37 págs.: 1 peseta.
- España (G. R.)—Memorandum de Derecho administrativo. En 8.º, 256 págs.: 3 pesetas.
- Esterlich (P.)—Las cuevas del Pirata del Predo «Son Forteza» del término de Manacor. En 8.º, 23 págs.: 25 céntimos.
- Feliú y Codina (J.)—Boca de fraile; paso de comedia, en prosa, original. En 8.º mayor, 24 págs.: 1 peseta.
- Fola Igúrbide (J.)—La nueva ciencia geométrica. (Geometría del círculo). En 4.º, 386 págs.: 12 pesetas.
- Gamero (E.)—Folletos literarios. III. En 8.º, 46 págs.: 1 peseta.
- García Aparicio (B.)—Estudios sobre organización militar. Las escuelas militares europeas. En 4.º menor, VIII-385 págs.: 14 pesetas.
- García Icazbalceta (J.)—Obras. *Tomo V. Biografía de D. Fr. Juan de Zumárraga*. México, imprenta de V. Agüeros, 1897. En 8.º, 519 págs.: 6 pesetas.
- García Purón (J.)—La moral en ejemplos históricos. 1897. En 8.º, 189 págs.: 5 pesetas.
- Gil (R.)—Oro de ley. Séneca. Ovidio. Poetas arábigo-cordobeses. En 8.º, 103 págs.: 2 pesetas.
- Giné y Partagas (J.)—Compendio de patología quirúrgica. En 4.º, 840-XLII págs.: 20 pesetas.
- Guillamet y Coma (R.)—Sermón. En 8.º, 14 págs.
- Gutiérrez (F. de A.)—Obligaciones, deberes y atribuciones de los carteros rurales y municipales. En 8.º mayor, 16 págs.: 60 céntimos.
- Labayru y Goicoechea (E. J. de.)—Historia general del Señorío de Bizcaya. *Tomo II*. En fol., 882 págs. con 26 láminas: 22 pesetas.
- Lasarte (M.)—El problema de mi vida. En 4.º, 104 págs.: 1 peseta.
- León (Fr. L. de.)—La perfecta casada. En 12.º, xv-224 págs.: 1,50 pesetas.
- Letamendi (J. de.)—Prolegómenos de anatomía. En 4.º, 145 páginas: 2 pesetas.
- López-Ballesteros (L.)—Semblanzas y cuentos. En 8.º, 262 páginas: 3 pesetas.
- López Toral (F.)—Arte de redactar la correspondencia mercantil, *1.ª parte*. En 8.º mayor, 62 páginas: 1,50 pesetas.
- Id.—La contabilidad de las Compañías mercantiles. En 8.º, 31 páginas: 1,50 pesetas.
- Lorente (F.)—Estudio sobre la leche. En 8.º, 223 págs.: 4 pesetas.
- Lozano y Ponce de León (P.)—Tratado popular. En 8.º, XII-244 págs.: 3 pesetas.
- Luceño (T.)—La niña del Estanquero; sainete en tres cuadros, en prosa y verso, original. En 8.º mayor, 35 págs.: 1 peseta.
- Llorente (V.)—Conferencias dadas en el Colegio de médicos de Madrid. En 8.º mayor, 22 págs.: 2 pesetas.
- Maraver (M.)—Muerte de una libertina ó un drama en el hospital. En 8.º, 31 págs.: 40 céntimos.



- Martín (A. J.) - Nociones de historia de España. En 8.º, 102 págs.
- Martínez García (R.) - Una excursión en dieciséis jornadas. En 8.º, 114 págs.: 1,50 pesetas.
- Martínez Marín (F. M.) - Consideraciones en forma de plática sobre los Símbolos Bíblicos del Sagrado Corazón de Jesús. En 8.º, 496 págs.: 4 pesetas.
- Mauricio. - La Masonería ante la Iglesia y la Patria. En 8.º, 84 páginas: 25 céntimos.
- Monasterio (M.) - Anuario de construcción. En 8.º, 387 págs.: 10 pesetas.
- Montoto y Rautenstrauch (L.) - Necrología. En 8.º, 45 págs.
- Moral y Religión. Cuentos y ejemplos. En 8.º 177 págs.: 50 céntimos.
- Moré y Gil (Sres.) - Teoría musical en preguntas y respuestas. En 4.º, 35 págs.: 50 céntimos.
- Moreno Espinosa (A.) - Compendio de geografía. En 8.º, 586 páginas, hol.: 10 pesetas.
- Múgica (P.) - Maraña del diccionario de la Academia. Tomo 1.º En 8.º, xvi-120 págs.: 2 pesetas.
- Parellada (P.) - El teléfono, juguete en un acto. En 8.º mayor, 33 páginas: 1 peseta.
- Peñaranda (C.) - Por la patria, colección de artículos. (Manila. 1895-1897.) En 16.º, xiii-2 de índice y 319 págs.: 3 pesetas.
- Pérez Escrich (E.) - Los cazadores. En 8.º, 330 págs.: 3 pesetas.
- Pérez López (J.) - La despedida de un quinto, monólogo original. En 8.º mayor, 13 págs.: 50 céntimos.
- Pérez Nieva (A.) - Tomás el torero. En 16.º, 123 págs.: 1,50 pesetas.
- Perrín (G.) y Palacios (M. de.) - El petrolero, juguete cómico. En 8.º mayor, 53 págs.: 1 peseta.
- Pineda (R.) - I. Límite en que se debe ejercer el poder político. II. Recurso de casación. Tegucigalpa. Tip. Nacional. En 4.º menor, 53 págs.
- Posada (A.) - Tratado de Derecho administrativo. En 8.º mayor, 544 páginas: 8 pesetas.
- Pradell (F.) - ¡Embolichs!; comedia en un acto. En 8.º mayor, 19 páginas: 1 peseta.
- Proyectos de ley de Presupuestos generales del Estado para el año económico de 1897-98. En folio, 175 págs.
- Queral y Formigales (P.) - La ley del embudo, novela. En 4.º, dos tomos, xx-340 y 350 págs.: 4 pesetas.
- Ramón (S.) - El ángel de la caridad. En 2.º, 110 págs. y 25 láminas, tela: 1,50 pesetas.
- Ribas (B.) - Sermón. En 4.º, 31 páginas.
- Sepúlveda (R.) - Antiguallas. Crónicas, descripciones y costumbres españolas en los siglos pasados. En 8.º, xx-395 págs.: 8 pesetas.
- Silió y Cortés (C.) - Los que nacen y los que mueren. En 8.º mayor, 37 págs.
- Silvela (F.) - Discurso. En 8.º, 44 páginas.
- Tavira y Santos (Luis de.) - Mesa revuelta. Trabajos literarios. En 8.º, 142 págs.: 2 pesetas.
- Urra (R.) - Subida al monte Calvario ó Vía-Crucis. En 12.º, 40 páginas: 25 céntimos.
- Vázquez (J.) - Recuerdo. Trabajo literario. En 8.º, 46 págs.: 2 ptas.
- Yraizoz (F.) - La roncalesa, zarzuela en un acto y en verso. En 8.º mayor, 32 págs.: 1 peseta.



## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Camilo Lemonnier</i> .....	5
<i>La Carnicería</i> , novela, por Camilo Lemonnier.....	21
<i>Escritores franceses contemporáneos: Eduardo Rod</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	62
<i>La Leyenda de los Infantes de Lara</i> , por D. Ramón Menéndez Pidal, por Marcelino Menéndez y Pelayo.....	80
<i>El Reformatorio de Elmira</i> , estudio de derecho penal preventivo, por P. Dorado.....	106
<i>La literatura científico-militar de España</i> , en los dos últimos años, por Juan Pérez de Guzmán.....	123
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	155
<i>La prensa internacional: Alfonso Daudet</i> , por Enrique Céard....	167
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	177
<i>Notas bibliográficas</i> , por A. Posada, L. Palacios y P. Dorado....	199
<i>Obras nuevas</i> .....	205